BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No.

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO
ó
CONFERENCIAS
SOBRE LA RELIGION,

POR
EL ESCmo Sr CONDE DE FRAYSSINOUS,
OBISPO DE HERMÓPOLIS, INDIVIDUO DE LA ACADEMIA FRANCESA,
PAR DE FRANCIA, ETC., RTC.

NUEVA EDICION,

Cotejada con la última del original francés,
corregida con la mayor exactitud, y aumentada con capítulos
que estaban sin traducir,

POR EL PRESBITERO
DON JUSTO BARBAGERO,
Doctor y Catedratico de la Real Universidad de Alcalá de Henares.

TOMO IV

PARIS
LIBRERIA DE LECOINTE Y LASSERRÉ,
CALLE DE L'ÉPERON, 6.
—
1842

LOS HOMBRES ILUSTRES
DEL CRISTIANISMO.

En un siglo en que parece preferirse la ciencia á la virtud, y las apariencias del talento á las buenas costumbres, nada puede ser mas funesto á la Religion que la falsa idea de ser solo el patrimonio de los hombres sencillos y crédulos; que cualquiera con una crítica ilustrada, un poco de carácter, alguna enerjia en el raciocinio y un poco de filosofía, puede sobreponerse á la creencia vulgar; que á la verdad el cristianismo contaba en otro tiempo entre sus partidarios personajes famosos por su ingenio y sus virtudes, pero que eran solo cristianos de circunstancias y no por conviccion, dominados

por las preocupaciones de la infancia, guiados por el interés y contenidos por la política; y que en todo caso aun no habia brillado esa filosofía que debia ser la gloria del siglo diez y ocho, y disipar todos los errores para establecer el reinado de sola la verdad.

Si escuchais á nuestros pensadores modernos, os dirán sin rodeos que ellos solos poseen los tesoros de la ciencia; que ántes de ellos la razon estaba en cierto modo eclipsada por las sombras del error y de la supersticion, y que la era del entendimiento humano solo empieza verdaderamente en la época de su feliz aparicion sobre la tierra. En los cristianos de todas las edades no ven mas que un vulgo crédulo y supersticioso. Si les recordais los cristianos de la Iglesia naciente y les haceis observar que no debieron abandonar una religion tan suave, tan acomodada á las pasiones y tan profundamente arraigada como el paganismo, por abrazar una doctrina tan pura, tan severa y tan circundada de peligros y de persecuciones como la del Evangelio, sino arrastrados, por decirlo así, por los mas poderosos motivos; os responderán que aquellos cristianos eran hombres ignorantes y groseros, hombres sin ciencia ni crítica, é incapaces de reflexion y de exámen. Si les citais esos personajes ilustres que han brillado en los primeros tiempos del cristianismo, y á quienes se conoce con el nombre de *Padres de la Iglesia;*

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

quizá algun jóven incrédulo se sonreirá de compasion, mirándolos como teólogos bárbaros, sin gusto ni finura, que disertan fastidiosamente sobre sutilezas escolásticas y de los que ningun caso debe hacer un hombre de talento. Si por último les traeis á la memoria esa serie de grandes ingenios que desde la restauracion de las letras en Europa han profesado el cristianismo, se atreverán á suscitar dudas sobre su fe graduándola de sospechosa ó poco ilustrada, cuando no la miren como un tributo pagado por los grandes hombres á la debilidad humana. De modo que, en su sentir, solo los presumidos ingenios incrédulos del siglo que acaba de pasar y los que se declaran ya discípulos suyos, son los dignos maestros del género humano, y los que, rodeados de nuevas luces, fruto de nuevos descubrimientos, tienen derecho á que se les escuche como los oráculos de la razon.

¡Con que ansia escucha una juventud inconsiderada estas halagüeñas mentiras! ¡Con que placer se entrega á esas aserciones vagas y pérfidas que se dirigen á libertarla del yugo de una religion importuna á sus pasiones predilectas! Si encuentra hombres irreligiosos que se hayan distinguido en el mundo sabio y literario, la subyuga al momento su reputacion de ciencia é ilustracion; olvida todos los hombres grandes que la Religion ha tenido á su favor en los siglos pasados; se persuade de que la fe no puede her-

manarse con la ciencia y con las luces, y le falta poco para decir :

> Yerro es creer en Dios, que solo ha sido
> Allá á nuestros abuelos permitido.

Examinemos todas estas pretensiones de la incredulidad moderna. Al efecto hablaremos en esta primera conferencia de los grandes hombres que han profesado el cristianismo; y en la siguiente veremos lo que se debe pensar de esos incrédulos tenidos por hombres de ingenio.

¿Será pues cierto que la primitiva Iglesia solo estaba compuesta de cristianos de las últimas clases de la sociedad? Lo será que los Doctores y Padres de la Iglesia cristiana no tienen autoridad alguna á favor de la Religion? ¿Y será verdad por último que en nada ó casi en nada debe tenerse la fe de los grandes ingenios que han sido cristianos en Europa de tres siglos á esta parte? He aquí tres cuestiones que van á ser objeto de esta conferencia.

Si algun presuntuoso incrédulo nos hiciese la observacion de que los Apóstoles, escogidos por Jesucristo para ser los primeros fundadores de su religion, eran hombres sin educacion ni ciencia, lejos nosotros de negarlo, lo confesaríamos públicamente. Sí, Señores, los Apóstoles no tenian por su nacimiento y condicion mas patrimonio que la ignorancia; no habian sido formados en las escuelas de Roma ni de Aténas; no

estaban iniciados en los secretos de la naturaleza; les era desconocida la política, y eran débiles, pobres y sin crédito : sin embargo, esos doce ignorantes, esos pocos miserables pescadores de las orillas del Jordan, mas groseros y menos astutos que los que habitan las riberas de nuestros rios, nos presentan el raro fenómeno de haber empezado en el mundo religioso y moral esta asombrosa revolucion que dura y se perpetúa hace diez y ocho siglos, y que todos los sabios de la Grecia apenas se hubieran atrevido á intentar en una sola ciudad. Ya hemos hecho ver, en un discurso particular, que esto solo descubre en el cristianismo una fuerza enteramente divina.

Si, lleno de un soberbio desden, nos repusiese aun algun sabio del siglo, que los Apóstoles no habian procurado ilustrar mas que á los pobres, á los ignorantes y á los hombres oscuros del vulgo ; en lugar de sonrojarnos por eso de la Religion, en ello mismo revindicaríamos nosotros uno de los mas gloriosos títulos que le pertenecen y que tanto la elevan sobre la filosofía humana. En efecto, la Religion no ha ilustrado solamente á unas cuantas escuelas frecuentadas por los ricos y los afortunados del mundo ; no, Señores, sus divinas lecciones se han hecho para todos. Derivada del Padre comun de todos los hombres, á todos, sin excepcion de clases, debia llevar la luz, la virtud y los consuelos; y por

esto dijo San Augustin, que Dios se habia manifestado á los hombres con una bondad en cierto modo popular, *populari quâdam clementiâ* (1). ¿Pero será cierto en fin que la Iglesia naciente solo tuvo partidarios entre las clases mas pobres y mas oscuras? La incredulidad así lo supone; pero la historia dice lo contrario.

Abramos nuestros Evangelios y veremos que Jesucristo, aun durante su vida, contaba entre sus discípulos á Nicodemus, uno de los jefes de su nacion; á Zaqueo, hombre rico y jefe de los publicanos; á Jair, príncipe de la sinagoga; á José de Arimatea, noble decurion, y á otros muchos personajes judíos á quienes el temor impedia declararse abiertamente por él: veremos que apenas los Apóstoles dan principio á su mision en medio de la Judea, cuentan ya en el número de sus discípulos á hombres ricos que venden sus bienes para socorrer á los indigentes y á los desgraciados; y veremos tambien someterse al Evangelio un gran número de sacerdotes, es decir, lo mas ilustrado que habia en toda la nacion. Sigámosles en sus viajes evangélicos, y, entre los paganos ó judíos convertidos, hallaremos, en el camino de Gaza, al valido de la reina de Etiopia, hombre poderoso y superintendente de todos sus tesoros; en Ce-

(1) *Contra Academ.*, lib. III, cap. XIX, núm. 42.—BOSSUET, primer sermon, *sur la nativité de J. C.* hácia el fin.

sarea al centurion Cornelio; en Páfos, al procónsul romano Sergio Paulo; en Aténas, á Dionisio, miembro del Areopago; en Efeso, á Apolo, varon elocuente; y además, á aquellos hombres curiosos de saber los secretos de la naturaleza, á quienes San Pablo hizo quemar los libros de una ciencia frívola, aunque eran de un precio considerable; en Corinto, á Crispo, jefe de la sinagoga, y á Erasto, tesorero de la ciudad; en Roma, á muchos de la casa del César; en Tesalónica, á aquellos Judíos bastante hábiles para comparar la ley cristiana con los libros del antiguo testamento; en Colosas, á los que eran bastante instruidos para que hubiese necesidad de advertirles que no se dejasen seducir por una vana y falsa filosofía; y por último en diferentes parajes, á aquellas mugeres distinguidas por su nacimiento y su clase, á quienes San Pablo y San Pedro exhortaban á abstenerse de peinados elegantes y de trajes magníficos. Nadie puede tener á los cristianos que acabo de nombrar por hombres ignorantes y comunes; y ciertamente que además de estos habria otros muchos cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Entre nuestros escritores sagrados, hallamos á San Lúcas, médico de profesion, cuyo estilo mas puro denota un entendimiento cultivado por una educacion mas esmerada que los demás Evangelistas. San Pablo era un sabio en su secta y no ignoraba las letras humanas, pues cita pasajes

de tres poetas paganos, Euripides, Arato y Epiménides. El historiador de los Apóstoles nos suministra, á lo que parece, una prueba de su elocuencia cuando nos refiere que en Listra le tuvieron por Mercurio, por cuanto era el que llevaba la palabra (1). Podria citar además á los Clementes de Roma, á los Ignacios de Antioquía, á los Policarpos de Esmirna, discípulos de los mismos Apóstoles, los cuales nos han dejado algunos escritos y fueron mártires de la Religion despues de haber sido sus defensores. Así es que apenas los Apóstoles habian concluido su carrera, decia ya el pagano Plinio el jóven, gobernador de Bitinia, al emperador Trajano (1), en una carta que todo el mundo puede leer, que el cristianismo se habia propagado entre personas de todas clases y condiciones, *omnis ordinis*. ¿En dónde pues ha descubierto la incredulidad que el cristianismo no tuvo en su orígen mas partidarios que hombres de las clases mas bajas y menos ilustradas?

Los Griegos, engreidos con su vana sabiduría, se gloriaban de la ciencia de sus filósofos y de la elocuencia de sus oradores. Ved aquí la razon por que San Pablo escribia á los Corintios, que toda aquella ciencia humana no habia sido capaz de sacar á los pueblos de su ignorancia y de sus

(1) *Act. apost.*, XIV, 11.
(2) *Epist.* XCVI.

extravíos; que para mas hacer resaltar la eficacia de su divina palabra no habia escogido Dios para anunciarla á los doctos y á los sabios del siglo, sino que habia llamado á los menos sabios segun el mundo para confundir á los sabios, y á los débiles para confundir á los poderosos; que entre los cristianos llamados á la fe, no habia muchos distinguidos por el nacimiento, por la ciencia ni por las dignidades, *non multi* (1): pero no dice que no hubiese entre ellos ninguno de estas clases, segun hace observar Orígenes (2). En la sociedad cristiana sucedia entónces y sucede hoy lo mismo que en la sociedad civil: el mayor número de los que la componen no son sabios, oradores, poderosos ni ricos, y así debe suceder en toda sociedad humana, atendida la inevitable desigualdad de condiciones. Concluyamos pues de todo esto, que es manifiestamente falso cuanto se dice de la ignorancia y grosería de los primeros cristianos.

Paso á la segunda cuestion: ¿será cierto que los Padres de la Iglesia no tienen en esta materia autoridad alguna? Para hacer callar á esos espíritus frívolos y temerarios que quisieran tratar sin respeto á los Doctores de la Iglesia cristiana, me bastaria oponerles el testimonio que de ellos

(1) I *Cor.*, I, 26.
(2) *Contra Cels.*, lib. III, núm. 48, 49.

ha dado uno de los ingenios mas grandes del siglo de Luis XIV. Oid pues lo que de ellos dice Fenelon en sus *Diálogos sobre la elocuencia* (1). « Eran ingenios elevadísimos, almas grandes « llenas de sentimientos heróicos, gentes que « tenian una maravillosa experiencia del ca- « rácter y de las costumbres de los hombres, y « que habian adquirido una grande autoridad y « una grande facilidad para hablar. Se descubre « además que eran muy cultos, es decir, perfec- « tamente instruidos en todas las reglas de la « urbanidad, ya fuese para escribir, ya para « hablar en público, para la conversacion fami- « liar, ó para cumplir con todos los deberes de « la vida civil. » Es pues muy fácil probar que los Padres de la Iglesia, así llamados á causa de la grande autoridad que les dan sus escritos y virtudes, eran hombres muy versados en las letras humanas y en todas las ciencias de su tiempo; que su creencia era fruto del exámen mas detenido y de la mas profunda conviccion, y que por lo tanto su testimonio es siempre de un gran peso á los ojos de todo hombre sensato. En efecto, ¡que serie de ilustres personajes no presentan á nuestra vista los seis primeros siglos de la Iglesia cristiana!

San Justino, filósofo platónico, distinguido por su ciencia y por un hermoso ingenio, y que, no

(1) Diál. III. *OEuvres*, tom. XXI, pág. 102.

obstante las preocupaciones de la educacion y los peligros que cercaban á cuantos profesaban el cristianismo, depone al pié de la cruz la vana sabiduría de las escuelas, abraza el Evangelio, se hace su apologista y concluye siendo su mártir.

Tertuliano, nacido en medio del paganismo, talento robusto y fecundo, versadísimo en la jurisprudencia, en la antigüedad fabulosa y en los principios de todas las sectas filosóficas.

San Clemente Alejandrino, que, poseido de un deseo inmenso de saber, viaja por la Grecia, por el Asia, la Siria y el Egipto, trata en estos paises á los hombres mas hábiles en cada clase, y termina sus expediciones científicas en Alejandría. Allí se entrega al estudio de la Religion y llega á ser jefe de la academia cristiana establecida en aquella ciudad: escuela célebre, en la que, segun San Jerónimo, se sucedieron una serie de maestros llenos de ciencia y de virtudes, é igualmente versados en las sagradas letras que en la literatura profana. Allí fué donde San Clemente compuso sus obras; y, entre ellas, su *Advertencia á los gentiles,* de la que tanto se han valido los historiadores de todas las edades y de todos los pueblos, todas las sectas de filósofos y los poetas de todas las naciones.

Orígenes, que á la edad de diez y ocho años era ya un portento de sabiduría, que fué la antorcha mas luminosa de su siglo, la admiracion

de los filósofos paganos, y ante quien no se atrevió á seguir hablando el filósofo Plotinio un dia que le vió entrar en su escuela. San Jerónimo nos dice (1) que era muy versado en la dialéctica, en la geometría, en la gramática, en la retórica y la filosofía de todas las escuelas; y que reunia un concurso prodigioso de oyentes á quienes con el aliciente de las ciencias humanas sabia atraer á la de la Religion.

Eusebio, uno de los mas doctos escritores que ha habido jamás, estimadísimo por su erudicion y cuyos escritos suponen investigaciones inmensas.

A todos estos que acabo de nombrar, defensores todos de la Religion contra los Judíos y los paganos, podria añadir tambien los apologistas siguientes: Teófilo de Antioquía, Arnobio, Lactancio, llamado el Ciceron cristiano; Minucio Félix, que brilló en Roma por la elocuencia de sus defensas, y que luego que abrazó la Religion cristiana compuso en la de esta un hermoso diálogo que conservamos todavía. Nombrar aquí á San Ireneo, San Cipriano, San Cirilo de Alejandría, San Basilio, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, San Jerónimo, San Ambrosio, San Hilario, San Agustin, San Gregorio el Grande, es nombrar, Señores, á unos hombres cuyas obras no menos que las virtudes

(1) *De Script. Eccles.*, núm. 34.

han sido consagradas por la veneracion de los siglos. Léanse algunos de sus escritos que no son muy raros ni muy voluminosos, como las *Epistolas* de San Jerónimo, *la Ciudad de Dios* de San Agustin, el *Discurso* dirigido á la juventud por San Basilio *sobre la utilidad de los autores profanos;* y se verá que no ignoraban la literatura griega ni la latina, la historia, la fábula, ni los diversos ramos de conocimientos humanos de su tiempo. No nos admiremos pues de que un escritor célebre de nuestros dias haya dicho en el discurso preliminar que está al principio de la segunda parte de su *Curso de la literatura* (1): « Están muy lejos Celso, Porfirio y Simaco de « poder competir en dialéctica con un Tertu- « liano, en ciencia con un Orígenes y en talento « con un Agustin y un Crisóstomo.... ¿Qué inte- « ligente imparcial no admirará en sus escritos « aquella mezcla feliz de elevacion y de dulzura, « de fuerza y de uncion, de hermosas mociones « y de grandes ideas, y en general aquella locu- « cion fácil y natural, uno de los caractéres dis- « tintivos de los siglos que han formado época « en la historia de las letras? »

Convencidos ya, Señores, de no poder negar á los Padres de la Iglesia ni el talento ni la ciencia, ¿cómo dejaremos de reconocer la autoridad

(1) La Harpe, *Discours sur l'état des lettres depuis la fin du siècle qui a suivi celui d'Auguste jusqu'au règne de Louis XIV.*

de estos ilustres personajes, hombres tan graves, tan reflexivos, tan virtuosos y tan incapaces de precipitacion en sus juicios como de hipocresía en su conducta? ¿Se dirá que su fe era fruto de su ignorancia? No, no es posible: eran hombres muy ilustrados y muy sabios. ¿Se alegará que creyeron sin exámen? Tampoco; por el contrario, habian estudiado tan profundamente la Religion, que muchos de ellos han dejado doctísimas apologías de ella; conocian todas las objeciones de sus enemigos, las exponen en sus escritos sin desfigurarlas y disputan con tanta buena fe que nadá disimulan, y ellos mismos nos han dado á conocer lo que oponian contra el cristianismo los Judíos, ó los filósofos paganos, tales como Celso, Porfirio, Juliano y Hierocles. ¿Se dirá que escribian por preocupaciones de la educacion? Mucho menos: gran número de ellos, como San Clemente de Alejandría, Tertuliano, San Cipriano, Arnobio, Lactancio y Minucio Félix, habian sido criados en el paganismo. ¿Y quién ignora que San Agustin estuvo entregado á todos los errores y á todos los placeres ántes de convertirse al cristianismo? ¿Se dirá que se dejaron llevar del interés ó de la ambicion? ¿Pero que interés podia haber en abrazar en los tres primeros siglos de la Iglesia una religion que solo atraia odios y persecuciones? ¡Que clase de ambicion podia ser la de unos hombres que huian de las dignidades eclesiásticas con

mayor conato que el que la ambicion pone en buscarlas; que no las aceptaban sino temblando, para dedicarse en ellas á la práctica de todas las virtudes, á todos los trabajos apostólicos, y para vivir en ellas con la sencillez y pobreza de solitarios? Tales han sido los Basilios, los Gregorios Naciancenos, los Crisóstomos y otros muchos que ocuparon las primeras sillas en medio de las ciudades mas florecientes del imperio romano. ¿Se dirá por último que no tenian en el corazon la fe que profesaban exteriormente? A la verdad, Señores, que la prueba mas convincente de que se cree en el Evangelio, es practicar lo mas puro y santo que contiene, asi como el testimonio mas vivo en favor de la Religion, es padecer y morir por ella. ¿Y no han sido mártires de su fe San Ireneo, San Justino y San Cipriano? ¿No fué San Atanasio desterrado por ella cinco veces? ¿No murió San Crisóstomo en el destierro? ¿No fué San Ambrosio el blanco de la persecucion de los arrianos y de la emperatriz Justina, su protectora? ¿Y quién tuvo una vida mas pura y mas inocente que San Basilio y San Gregorio Nacianceno? Creo supérfluas mas pruebas acerca de la sinceridad de su creencia. Queda pues suficientemente demostrado que la fe de los Padres de la Iglesia era efecto de la conviccion mas profunda, mas meditada é ilustrada, y que es una insigne temeridad mirar con desprecio su autoridad.

¿Pero no se nos podrá decir: «Tambien Aténas « y Roma han producido excelentes ingenios « que han profesado el paganismo, tales como « Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Varron, « Séneca y Plutarco? ¿Deberemos por eso ser « nosotros paganos? Y si esta no es una razon « para serlo, ¿porqué hemos de ser cristianos por « haberlo sido ántes de nosotros los Padres de « la Iglesia? » En esto, Señores, no cabe paralelo alguno. Que los filósofos se declarasen exteriormente á favor de supersticiones en que habian sido criados, que hallaron consagradas por el uso y por las leyes, y que además eran tan favorables á las pasiones de que lejos de estar exentos eran mas bien esclavos, es una cosa muy natural y muy comun; pero que ingenios muy grandes, nacidos en el paganismo, se hiciesen cristianos á pesar de las preocupaciones de la infancia y de la educacion, contra el temor de las leyes, del destierro, de las prisiones y de la muerte, y aun contra el interés de las pasiones y el atractivo de los placeres; que estos grandes ingenios, llenos de conocimientos y de crítica, permaneciesen convencidos de la verdad de los hechos evangélicos; que perseverasen en una religion que todo lo tiene contra sí, si no es á la verdad que tiene en su favor, y que practicasen las virtudes mas sublimes que ella inspira; es, Señores, una cosa admirable y que solo puede ser efecto de una in-

tima conviccion, y fruto del exámen mas profundo y detenido. Para ser pagano, bastaba seguir sus inclinaciones; pero para ser cristiano, es preciso combatirlas. He citado á favor de la Religion unos hombres que creian en su doctrina hasta sacrificarlo todo por ella, miéntras que nadie ignora que los filósofos no creian en el paganismo y que solo le respetaban en apariencia. En efecto, es un hecho, que no trato de examinar, porque ninguna duda admite, que los sabios de la antigüedad pagana tenian dos doctrinas, una para ellos y otra para el pueblo; y que si exteriormente obraban como la multitud, estaban muy distantes de pensar como ella. La historia ó los escritos de Sócrates, de Platon, de Ciceron y de Séneca, atestiguan que si estosr spetaban por política ó por miedo las supersticiones populares, estaban muy lejos de hallarse convencidos de su realidad; y por esto los acusaba S. Pablo de haber retenido la verdad cautiva y de haber conocido á Dios sin haberle tributado homenajes.

En todo caso, Señores, no es mi intencion presentaros ahora la autoridad de los santos Padres como irrefragable en materia de religion; pero confesad que es muy poderosa y de un gran peso para hacer impresion en cualquier hombre razonable. Uno de los mas excelentes ingenios del mas excelente de todos los siglos, La Bruyere, no temió decir que se halla en las obras de los

santos Padres (1) « mas arte y delicadeza, mas « cultura y talento, mas riqueza de expresion, « mas nervio, rasgos mas vivos y gracias mas « naturales, que en la mayor parte de los libros « que se leen con gusto, y que acreditan y aun « envanecen á sus autores. ¡Que placer, añade, « amar la Religion y verla creida, sostenida y « explicada por tan grandes ingenios y por en- « tendimientos tan sólidos! »

Estamos ya en la tercera cuestion. ¿Es cierto que en nada debe tenerse el sufragio de los grandes hombres que de tres siglos á esta parte han sido cristianos en Europa?

Si para tener derecho á hablar de los grandes hombres que han profesado el cristianismo en los tres últimos siglos, fuese necesario estar profundamente versado en los diversos ramos de conocimientos que han cultivado con tanta gloria, conocer á fondo sus obras y su doctrina, y estar en estado de juzgar de ellas y de hacer resaltar su mérito y sus bellezas, deberiamos condenarnos al silencio acerca de muchos de los que voy á traer á vuestra memoria. Pero os ruego, Señores, reflexioneis que hay hombres cuyos apellidos estan consagrados por el tiempo y por los homenajes de la imparcial posteridad; solo el nombrarlos basta para excitar en las almas, aun de los que no han leido sus obras, sen-

(1) *Caractères*, cap. XVI.

timientos de admiracion, y recordarles todo lo que la humanidad ha producido de mas ilustre por el talento y por el genio. No tratamos de ofrecer á vuestro respeto ídolos forjados por el espíritu de partido, y derrocados luego por la verdad; de sacar del olvido nombres oscuros, ni de prevalernos del testimonio de escritores desconocidos ó de una reputacion dudosa; ántes bien consentimos en no citar aquí á ninguno de aquellos escritores de una clase inferior, aunque estimables, hábiles y sabios. ¡Pero que serie de grandes hombres voy á presentaros, aunque no es mi ánimo nombrar á todos (1)!

En las ciencias intelectuales y metafísicas y en la alta filosofía, ¡que sublimidad la de Bacon, la de Pascal, la de Arnauld, de Locke, de Descártes, de Mallebranche, de Clarke y de Leibnitz!

¡Que crítica, que erudicion, que extension

(1) Cualquiera que reflexione que el Señor Obispo de Hermópolis escribia estos discursos para batir en brecha á los filósofos impíos, á los incrédulos, ateistas y deistas que niegan toda revelacion y para quienes es indiferente creer ó no creer, no deberá extrañar que entre los grandes personajes del cristianismo que se han citado en comprobacion de ella, se valga tambien S. E. en esta cuestion y en el discurso siguiente de la nombradía de algunos heterodojos, cismáticos y protestantes, que, aunque enemigos de la Iglesia romana y disidentes en varios puntos del dogma y de la doctrina católica, al fin creen en Jesucristo y en la vida futura; estan acordes en varios artículos capitales del catolicismo; y son por eso menos sospechosos á los incrédulos, impíos y demás sectas referidas, siendo su testimonio para esta casta de gentes del mayor peso y autoridad. Tengase presente esta nota siempre que el Autor cite, en apoyo de las verdades que asienta, á los que todo católico conoce por cismáticos, protestantes y heterodojos, ó á lo menos sospechosos de herejía por sus doctrinas peligrosas y cuyos escritos en parte *redolent jansenismum*.

tan vasta de conocimientos la de un Erasmo, de un Userio, de un Baronio, de un Duperron, de un Renaudot, de un Tomasino, de un Tillemont, de un Montfaucon, de un Mabillon, de un Sirmond, de un Petavio, de un Bochart, de un Vosio, de un Huet y de un Fleury!

¡Que fondo de doctrina en los jurisconsultos, en los publicistas y magistrados, como Tomas More, l'Hopital, Dumoulin, Talon, Bignon, Seguier, Le Tellier, Pussort, Grocio, Puffendorf, Lamoignon, Domat y d'Aguesseau!

¡Que talentos singulares, que poetas, que oradores y que escritores, el Taso, Malherbe, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon, Corneille, Racine, Boileau, Lafontaine, Polignac, La Bruyere, Addisson y Juan-Bautista Rousseau!

En las ciencias naturales, físicas y matemáticas, creo que son bastante esclarecidos los nombres de Copérnico, de Galileo, de Newton, de Kepler, de Boyle, de Boerhaave, de Hoffman, de Sidenham, de Vanswieten, de Haller, de Jussieu, de Reaumur, de Linneo, de Bernoulli, de la Caille y de Euler.

Si quisiese nombrar á los grandes políticos, á los grandes capitanes y grandes artistas que han sido cristianos, y cristianos piadosísimos, ¡que nueva lista podria formar de nombres para siempre memorables! No dejaré sin embargo de haceros presente, aunque de paso,

que no fueron impios aquellos hombres ilustres cuyo elogio ha hecho Fontenelle.

¡Cuán consolador es, Señores, para un cristiano, advertir que no hace mas que caminar por las huellas de tantos grandes ingenios! ¿Y deberá, cuando se ve precedido en la fe por los hombres mas grandes y mas sublimes, afligirse por el murmullo de todos esos sofistas modernos que nos acusan de simples y de crédulos? He citado á hombres de un ingenio superior, y tales, que si han tenido iguales, ninguno les ha sobrepujado. Si ciertos novadores, ó espíritus singulares, han insultado su memoria en algunos momentos de desvarío, su nombre sin embargo ha triunfado de las injurias de la envidia, como de las del tiempo; y los ultrajes de un delirio pasajero no han conseguido otra cosa que hacer mas profunda y unánime la veneracion que merecian su talento y sus virtudes.

¿Y qué se ha imaginado para eludir ó debilitar la autoridad de estos grandes hombres en favor de la Religion? Se ha dicho primeramente que no habian examinado las cosas con la severidad de una crítica rigurosa; que todo su cristianismo dependia mas bien del nacimiento y de la educacion que de la razon, y que por consiguiente su fe no era ilustrada. Se ha dicho tambien que guiados por sentimientos de cierta condescendencia para con las opiniones erróneas, habian profesado por política ó por miedo

una religion en que no creian, y que por tanto su fe no era sincera. Se ha dicho en tercer lugar, que los grandes hombres que he citado no estaban acordes sobre los puntos de su creencia, pues unos eran católicos y otros protestantes, y que así su fe no era uniforme. Por último, se ha dicho que su autoridad en favor de la Religion está contrapesada por la de los eruditos que se han declarado contra ella. Esto es, Señores, á mi parecer todo lo que se puede objetar.

Se dice primeramente que su fe no era ilustrada. Pero sin hablar particularmente de los escritores del estado eclesiástico, que por razon de su ministerio y por la naturaleza de sus estudios particulares estaban profundamente versados en la ciencia de la religion, como los Polignac, los Fenelon, los Bossuet, los Huet, los Mabillon y otros muchos, ¡cuántos no podria citar de entre los grandes hombres, dedicados mas especialmente á las letras y á las ciencias humanas, que estaban perfectamente instruidos en las materias de la religion! El que primero se presenta á la cabeza de las ciencias humanas entre los modernos, Bacon, ha dado en sus obras pruebas de su vasto saber en esta materia; el físico, el geómetra Pascal, ha dejado acerca de la religion *Pensamientos* cuya sublimidad asombra; el famoso médico Boerhaave era muy versado en la lengua caldea y en la hebrea, y en la crítica del nuevo y del viejo

Testamento; el padre de la física experimental, Boyle, se ha mostrado en muchos escritos panegirista ilustrado de la revelacion; el metafísico Locke compuso su *Cristianismo razonable;* el sublime físico Newton hizo un tratado sobre la concordancia de los Evangelios; el sabio jurisconsulto Grocio compuso un excelente *Tratado de la verdad de la Religion;* es bien conocido el hermoso capítulo de La Bruyere acerca de los *Espíritus fuertes;* Leibnitz y d'Aguesseau eran muy sabios téologos; el literato Addisson ha expuesto en una obra particular las pruebas del cristianismo; Hoffman, uno de los mas grandes médicos que jamás ha habido, y Haller, uno de los mas grandes fisiologistas, han dejado uno y otro diversos escritos contra los incrédulos; el ideólogo, el naturalista Carlos Bonnet, ha compuesto sus *Indagaciones filosóficas acerca del cristianismo;* y en fin, el primer geómetra del siglo XVIII, Euler, ha dejado sus *Cartas* llenas de ideas excelentes contra los ateos y los deistas. ¿Y se nos dirá despues de esto que la fe de estos ilustres escritores no era ilustrada? Miraban con un interés demasiado vivo á la Religion, y como un deber demasiado sério el practicarla, para que no fuese objeto de sus reflexiones y de su estudio. Así pues, yo no sé cómo calificar la acusacion que se hace á estos grandes hombres, de no haber sido su fe examinada por la razon.

Mas infundado todavía es decir que estos grandes hombres aparentaban creer, pero que no creian en la realidad. ¿En qué se funda en efecto tan grave acusacion? ¿Cuáles son sus pruebas? No nos contentemos con ligeras conjeturas : no, Señores, se necesitan pruebas incontestables. Cuando en el comercio de la vida pasaria por un insigne calumniador el que sin motivo legítimo se propasase á hacer sospechosa la fe de un hombre cualquiera, ¿cómo deberemos calificar los indignos manejos de esos sofistas que nos presentan como charlatanes á los mas célebres defensores y panegiristas de la Religion? Cuando su fe, sus escritos, su vida así pública como privada, sus virtudes, su muerte, la opinion misma de sus contemporáneos deponen á su favor; cuando todo nos dice que eran tan cristianos en el corazon como exteriormente, ¿será permitido á vanos detractores convertirlos en hipócritas sin el menor motivo ni aun aparente, y solo porque á ellos les agrade ser impíos y porque se reconozcan humillados á la vista de tantos grandes hombres, y como abrumados con el peso de su talento y de sus virtudes?

Es conocer muy mal el corazon humano el imaginar que tan grandes personajes hubiesen sido impíos sin dejar traslucir su impiedad en sus escritos, en sus conversaciones ó en sus cartas, en ese comercio de la amistad en que el

corazon se desahoga enteramente. La probidad tiene un carácter peculiar, y la verdad sus rasgos característicos que no puede contrahacer la impostura. El hipócrita se da siempre á conocer en alguna cosa sin advertirlo él mismo; pero cuando la conducta de un grande escritor está de acuerdo con sus escritos, y que no se sabe nada de positivo en que fundar la sospecha de hipocresía, ¿qué debemos pensar del que se atreve á intentar hacerle tal acusacion?

Es cierto que ha habido escritores ó personajes que han aparecido con lucimiento en la escena del mundo, y cuya fe es sin embargo sospechosa; pero esto es cosa que nadie ignora, ya porque se infiera de sus mismos escritos, ya porque sus confianzas se hayan hecho despues públicas, ya por ciertas anécdotas, y últimamente por la historia, que, conservando sus nombres, ha conservado tambien las sospechas concebidas acerca de su religion: lo mismo pues sucederia respecto de los grandes hombres que he citado, si su religion no hubiese sido sincera. Tenian estos por otra parte una alma demasiado elevada, para escribir tantas veces y de un modo tan terminante en favor de una religion que hubiesen despreciado; si la hubieran respetado solo por política, nunca habrian sido tan bajos ni tan viles que se hubiesen hecho sus apologistas. No creer en una religion y sin embargo defenderla, mirarla como falsa, y á pesar de esto

presentarla como verdadera y como divina, seria figurar como sofistas tenebrosos que quieren hacer de la verdad un negocio de interés. Si no hubiesen estado convencidos dichos grandes hombres de las verdades del cristianismo, hubieran podido respetar su culto exterior, pero no habrian tenido la simpleza y el valor de practicar sus virtudes.

Se quiere que Montaigne no haya sido mas que un precursor de la incredulidad; pero sin pretender justificar todo lo que ha salido de su cínica y desordenada pluma, no puede sin embargo dudarse segun sus escritos, su conducta y aun sus últimos momentos, que su adhesion á la Religion era sincera y que su escepticismo no versaba acerca de ella. Se ha pretendido igualmente hacer pasar á Bacon y á Leibnitz por lo que se llama filósofos; pero léanse las dos obras intituladas, una *el Cristianismo de Bacon*, y otra *Pensamientos de Leibnitz sobre la religion y la moral*, y se verá cuán loca y desatinada es semejante pretension. Tambien se ha intentado hacer pasar á Pascal por ateo, pero abusando de algunas palabras exageradas acerca de la debilidad de la razon, y desentendiéndose enteramente de lo que en sus escritos lleva el sello de una conviccion profunda. No me detendré en vindicar particularmente la fe de Bossuet y de Fenelon; los ataques dirigidos sobre esto han sido rechazados mas de una vez con una fuerza

tal, que deberia impedir renovarlos, si los enemigos de la Religion pudiesen cesar de combatirla por los medios menos legítimos. Y á la verdad, cuando se sabe que el obispo de Meaux defendió el dogma y la moral con el tono de la conviccion mas profunda, sostenida por la práctica de todas las virtudes, y que Fenelon con todo el candor de su alma se mostró hasta el último suspiro penetrado de los sentimientos de la mas tierna piedad, cualquiera conoce que se necesita toda la impudencia de una imaginacion desenfrenada, para atreverse á atacar la sinceridad de la doctrina de estos dos ilustres prelados de la Iglesia Galicana. Queda pues demostrado que la fe de nuestros grandes hombres era tan sincera como ilustrada.

Se dice en tercer lugar que su fe no es uniforme y que su division debilita su autoridad. Es cierto, Señores, que desde el siglo XVI han estado divididos acerca de ciertos puntos de la revelacion; pero esta misma division, lejos de perjudicar, no hace mas que dar nueva fuerza á la unanimidad de sus opiniones acerca del cristianismo. Por desgracia se ha visto en todos tiempos que talentos muy grandes se hayan dejado extraviar por el imperio de la educacion, por la política ó la vanidad, en una palabra, por las pasiones; pero ¿cómo puede suceder que unos hombres nacidos en comuniones diferentes, y divididos por preocupaciones nacionales, con-

vengan todos en mirar á la Religion cristiana como la obra de Dios, que se abajen ante ella como ante una barrera sagrada, y que si disputan sobre algunos artículos de la doctrina de Jesucristo, le reconozcan sin embargo todos como enviado por Dios para iluminar á los hombres? ¿De dónde procede esta conformidad de los espíritus mas sublimes, mas independientes y mas incapaces de debilidad y de disimulacion? Su division acerca de algunos puntos se explica por las preocupaciones y las pasiones de que algunos de ellos no han sabido libertarse; pero su conformidad acerca de la existencia de una revelacion divina, no puede explicarse sino por la impresion que en todos ha hecho la verdad, y que ha sido el resultado del exámen mas profundo. La verdad es pues la que los ha subyugado; y ved aquí cómo la diversidad de su doctrina sobre algunos puntos hace mas admirable su concordancia sobre todo lo demás.

Ultimamente, se nos objetará que la autoridad de los grandes hombres que han creido en la Religion en los tres últimos siglos, se halla equilibrada por la autoridad de los eruditos que la han combatido. Esto ofrece una discusion bastante extensa é interesante para hacerlo objeto de una conferencia particular; en ella veremos lo que se debe pensar de los presuntuosos incrédulos. Entretanto os recordaré estas memorables palabras de uno de los jefes de la incredu-

lidad, de d'Alembert, en su *Memoria* sobre la vida de *Juan Bernoulli;* vedlas aquí literalmente: « Bernoulli era sinceramente adicto á la « Religion y la respetó toda su vida sin osten- « tacion y sin fausto. Entre sus papeles se han « hallado pruebas de sus sentimientos á favor de « ella, y es necesario aumentar con su nombre « la lista de los grandes hombres que la han « mirado como la obra de Dios; lista capaz, aun « ántes de examinarla, de hacer dudar á los me- « jores ingenios; pero suficiente al menos para « imponer silencio á una multitud de conjurados, « débiles enemigos de algunas verdades necesa- « rias á los hombres, que Pascal ha defendido, que « Newton creia y que Descártes ha respetado. »

¡Cuán dulce es para un francés y para un cristiano, haber podido vindicar ante vosotros la fe de esos grandes hombres que han sido la gloria de la Religion, y de aquellos en particular que han sido al mismo tiempo la gloria de nuestra patria! Ilustres por su talento, é ilustres no menos por sus virtudes, se presentan á nuestra vista rodeados de cuanto es capaz de grangearles nuestro respeto y nuestros homenajes. Y cuando vemos á los mas hermosos ingenios someter su inteligencia al yugo de la fe, ¿no será un motivo poderoso para que los incrédulos desconfien de sus opiniones irreligiosas, para que el cristiano vacilante se afirme en la Religion, y para que el cristiano sumiso la profese con mas confianza?

En las obras de estos inmortales secuaces del cristianismo que he traido á vuestra memoria, se halla lo que tienen de mas sutil la dialéctica, de mas exquisito la erudicion, de mas secreto las ciencias, de mas penetrante la razon, de mas elevado el sentimiento, y lo mas amable y heróico que posee la virtud; y nunca podrá negarse, para gloria de la Religion, que los mas sublimes descubrimientos, en todos los ramos de nuestros conocimientos, se deben á hombres eminentemente religiosos. La virtud separada del ingenio inspira veneracion sin subyugar enteramente el entendimiento, y el ingenio sin la virtud infunde desconfianza acerca del uso de sus fuerzas; pero la union de la virtud y del ingenio es lo mas á propósito para dominar y para arrebatar. En otro tiempo hacia el Apóstol San Pablo la enumeracion de los santos personajes de la antigua ley, que desde el orígen del mundo habian dado testimonio de la revelacion primitiva por medio de una piedad magnánima; recordaba la fe de Abel, de Noé, de Abrahan, de José, de Moises, de Samuel, de David y de los Profetas, y decia: « Ya que estamos pues rodeados de una tan « grande nube de testigos que han confesado la « fe por sus obras, corramos con valor en la « carrera que se nos ha propuesto. » *Tantam habentes impositam nubem testium, curramus ad propositum nobis certamen* (1). Y nosotros, Señores,

(1) *Hebr.*, XII, 1.

presentando á la vista de la juventud esta serie de grandes hombres que, desde el origen del cristianismo, han honrado la humanidad y la religion con el brillo de su ingenio y con el heroismo de sus virtudes, le decimos : Temblad de blasfemar de aquello que han adorado estos grandes hombres; hágaos su autoridad mas circunspectos y mas reverentes; si ella no os subyuga, respetadla á lo menos; y, si no teneis valor para imitar las virtudes de tan ilustres personajes, tened la buena fe de examinar la religion que ha podido inspirárselas!

LOS INCRÉDULOS

REPUTADOS POR SABIOS.

El siglo de Luis XIV con todos los grandes hombres que ha producido, los cuales, gloriándose de profesar el cristianismo, le defendian con sus escritos ó le honraban con sus virtudes, este gran siglo no dejaba de ser por si solo una autoridad demasiado importuna para la incredulidad moderna; así es que esta ha intentado presentar como sospechosa ó poco ilustrada la fe de aquel tiempo tan fecundo en grandes ingenios, sin reparar en acusarles, ó de haber aparentado una creencia que no tenian, ó de no haber creido sino por ignorancia y preocupacion. Ya en nuestro último discurso hemos vindicado suficientemente al mas hermoso de los siglos modernos de una acusacion tan odiosa como ridicula; y despues de un exámen bastante extenso, habréis á mi parecer quedado convencidos de que la fe de todos aquellos sublimes

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

talentos que brillaron en el siglo XVII, en los diferentes ramos de conocimientos humanos, y que serán para siempre la gloria de su patria y de la Religion, fué tan sincera como meditada. Con razon hemos unido su autoridad, aunque de inferior órden, á la del gran número de personajes eminentes, asi en piedad como en doctrina, que ilustraron los seis primeros siglos de la Iglesia cristiana; y hemos podido decir que la autoridad reunida de unos y de otros era de un peso inmenso á favor de la religion, capaz, en opinion del mismo d'Alembert, de imponer silencio á todos esos detractores vulgares de una religion que generalmente ignoran.

¿Pero no podrá tambien la incredulidad valerse de los ingenios distinguidos que han sido zelosos defensores suyos, y oponer ventajosamente á los grandes hombres del cristianismo los que ella se gloria de contar bajo sus banderas? Esta es una cuestion que no carece de importancia y que creemos deber discutir algo extensamente, porque acaso acertarémos á disipar mas de una preocupacion funesta á la fe del Evangelio. Tres son las cosas de que se ha gloriado y aun se gloria la incredulidad, á saber, del gran número de sus partidarios, de sus muchos conocimientos y sobre todo de su filosofía. Ahora bien, Señores, es preciso que fijemos el número de esos incrédulos,

que graduemos sus luces y juzguemos su filosofía.

¿Pero cuál ha sido nuestro modo de proceder al responder á la acusacion de ignorancia y de credulidad que un odio siempre arrebatado, ó una preocupacion siempre ciega, se atreve á hacer contra la Iglesia cristiana? Bien sabeis, Señores, que en nuestro último discurso hemos consentido en no valernos, en favor de la religion, de un gran número de escritores, muy ilustrados y estimables por sus virtudes, que han profesado el cristianismo; únicamente hemos invocado el testimonio de todos aquellos grandes ingenios cuyo nombre está consagrado por la veneracion de la posteridad. Porque, en efecto, aquí se trata menos de hacer una enumeracion de autoridades, que de pesarlas; siga tambien la incredulidad el mismo método, y, si quiere alegar el número de sus partidarios y oponer á los grandes hombres del cristianismo los que ella cree tener á favor suyo, separe todo lo que es mediano, todo lo que ha caido en el olvido ó pertenece á una clase inferior, y no cite mas que hombres dignos de formar autoridad por una alta reputacion. Pero si la incredulidad no debe alegar á favor suyo otro testimonio que el de aquellos que puedan realmente autorizarla, ¡que multitud de incrédulos no tendré yo derecho de recusar! Voy á hablar sin rebozo, aunque sin

acrimonia, porque vengo, Señores, á instruir una causa de la que vosotros mismos seréis jueces; y faltaria á mi ministerio y mereceria la reconvencion de intentar sorprender vuestra buena fe, si no expusiese fielmente cuanto puede ilustraros. Así pues diré sin rodeo:

Que cuento por nada, en favor de la incredulidad, á esas mujeres presumidas de sabias, alimentadas de la lectura de libros frívolos y aun licenciosos, que, atemorizadas acaso por sus propios sueños, se burlan de las amenazas de la vida futura, adoptando como mas cómodas para ellas las máximas de la incredulidad.

Tampoco á esa turba de jóvenes de poca instruccion y doctrina, que, ignorando las reglas del raciocinio y de la crítica, son incapaces de tener opinion alguna razonada; ó bien que, sin carecer de disposicion ni de talento, son sin embargo incrédulos porque lo son otros; hacen de impíos por moda, y no conocen el cristianismo mas que por los falsos bosquejos trazados por sus enemigos, sin buscar en sus apologistas su verdadero retrato.

Tampoco á esos hombres débiles y sin carácter, dispuestos á dejarse llevar de cuanto los rodea; que parecen tener todos los vicios, porque ninguno tienen dominante; que son impíos con los impíos, y religiosos tambien alguna vez con los que lo son.

Tampoco contemos á esos incrédulos entregados á un grosero desenfreno, cuyos argumentos son hijos de la corrupcion de su corazon; porque ¿no es evidente que su conducta prueba contra su doctrina? Sus costumbres explican claramente su incredulidad; y, al verlos entregados á pasiones vergonzosas, puedo sospechar juiciosamente que ellas son la única causa de su irreligion.

Tampoco puedo contar á esos espíritus vacilantes que parecen fluctuar entre la religion y la incredulidad, que no son en favor ni en contra del cristianismo, ó bien que, despues de haber insultado á la Religion, acaban por tributarle homenaje en sus escritos ó en su conducta: la incertidumbre de los unos demuestra que no estan convencidos de sus sistemas, y la mudanza de los otros arguye contra su incredulidad anterior.

Tampoco cuento á esa multitud de escritores efímeros, que aparecen por un instante en la escena del mundo literario, y desaparecen para siempre: yo supongo en ellos mas agudeza que juicio; pero no forman autoridad.

Ultimamente tampoco cuento en favor de la incredulidad aquellos hombres que, aunque distinguidos por su saber y talento, no han estudiado suficientemente la Religion. Porque, ¿qué importa que hayan sido poetas, gramáticos, físicos, geómetras, y hayan gozado de una

grande reputacion de talento y de conocimientos, si no estaban versados en el estudio de la Religion? El que no la conoce, no tiene ni aun el derecho aparente de condenarla.

Así, Señores, si quereis citarme incrédulos que tengan autoridad, citadme primero incrédulos dotados de un talento superior; segundo, incrédulos bien convencidos de sus sistemas; tercero, incrédulos que hayan hecho un estudio sério de la Religion; cuarto, incrédulos que hayan observado una conducta honrosa. Con uno solo de estos caractéres que les falte, desde luego los recuso; porque en efecto, si no son hombres de ingenio, ninguna autoridad tienen, pues en el paralelo de los creyentes con los no creyentes, hemos convenido en no citar sugetos de una clase inferior á los de la primera. Si vuestros incrédulos no estan intimamente convencidos de su incredulidad, no es suficiente su voto para asegurar á sus discípulos; si no tienen mas que un conocimiento superficial de la Religion, son jueces poco ilustrados que deciden sobre una cosa que les es desconocida; y por último, si observan una conducta enteramente condenada por el Evangelio, nada me sorprende que le reprueben. Si, Señores, aun cuando un escritor incrédulo tuviera toda la nobleza y dignidad de Buffon, la originalidad y agudeza de Montesquieu, el nervio y fuego de Juan Santiago Rousseau, y toda la fecundidad y

el ingenio de Voltaire, si fundadamente pudiera creerle entregado á todos los extravios del orgullo y los deleites, su incredulidad no me haria ninguna impresion : yo no le disputaria ni el saber ni el talento; pero su conducta me advertiria que me precaviese de sus sistemas, porque tendria un interés manisfiesto en encontrarfalsa una religion que le es tan opuesta. Advertid, Señores, la diferencia que en esta parte hay entre el cristiano y el incrédulo. En el cristiano que mancilla su religion con malas costumbres, yo veo un hombre inconsiguiente, un corazon débil que no tiene valor para practicar lo que cree; pero sus mismos desórdenes hacen su fe mas y mas digna de atencion; pues es preciso que esté bien convencido de su verdad para no desechar una religion que le condena. Admiro su buena fe que ha salvado su entendimiento de la seduccion de su corazon; pero en cuanto al incrédulo dominado siempre por sus pasiones, su misma conducta será la explicacion de su incredulidad.

En una palabra, ved aquí las cuatro circunstancias que exijo en un incrédulo para que su nombre merezca autoridad : ingenio, convencimiento de su incredulidad, conocimiento de la Religion y conducta apreciable. Ahora bien : ¿conoceis á muchos que reunan todos estos caractéres? Y si hay algunos, ¿qué son en comparacion de esa multitud de grandes ingenios

que han profesado el cristianismo en Europa de diez y ocho siglos á esta parte? Ya veis, Señores, cuán pequeño es el número de los incrédulos cuando se trata de valuarle reduciéndole á los que pueden formar autoridad. Nos sorprendemos de hallar incrédulos por todas partes, y es ciertamente un espectáculo deplorable; pero en realidad ¿cómo es posible que deje de haberlos? La Religion tiene contra sí, por sus misterios, todas las preoccupaciones del entendimiento, y por su moral, todas las pasiones del corazon. Es cosa muy fácil ser incrédulo : para ello no se necesita ni de ingenio, ni de ciencia, ni de firmeza de carácter; basta seguir las malas inclinaciones que tanto amamos y que el cristianismo reprime. Pero para ser cristiano, es preciso combatirlas; y cuando yo pienso con que santa severidad condena el Evangelio todos los vicios y todas las pasiones desordenadas, el orgullo, el deleite y la avaricia, no me admiro, Señores, de que haya incrédulos; me admiro mas bien de que haya cristianos, porque en efecto la Religion todo lo tiene contra sí, excepto la verdad.

Hemos dicho lo bastante para reducir á su justo valor el número de sugetos de que la incredulidad puede prevalerse; tratemos ahora de graduar las luces de estos últimos tiempos que han sido como el reinado de la incredulidad. Mucho se han ensalzado los descubrimientos del

siglo XVIII, los progresos de la ciencias y el vuelo que habia tomado el espíritu humano, como si ántes de esta época hubiese estado la Europa en una profunda ignorancia, y por fin hubiese salido el sol de verdad para disipar sus tinieblas. Yo, Señores, no quitaré al último siglo la parte de gloria que le pertenece: esto seria un empeño tan injusto como inútil; pero evitemos todo exceso en esta materia, y no nos dejemos alucinar ni por la manía de ensalzar demasiado lo pasado, ni por la de deprimir demasiado lo presente; seamos justos y nada digamos que no deba ser afirmado por todo hombre imparcial.

Ahora mas que nunca voy á tomarme la licencia de entrar en pormenores enteramente profanos y literarios, desusados hasta aquí en la cátedra cristiana; pero el interés de la causa que me he propuesto defender autoriza y aun hace necesaria esta innovacion. ¿Cómo en efecto hacer volver á la Religion á una juventud alucinada, si está imbuida en el error de que el siglo de la incredulidad ha sido precisamente el siglo de las luces y de la razon, y que anteriormente se creia solo por ignorancia y por simplicidad? ¿Y cómo destruir este error, por mas absurdo que sea, sin hacer comparaciones y sin entrar en discusiones puramente filosóficas? ¿Pero porqué nos hemos de ver obligados á usar en la cátedra del Evangelio de un lenguaje que hasta ahora

le ha sido desconocido? Lamentemos esta necesidad; pero sometámonos á ella por el bien mismo de la Religion. Séame, pues, permitido no servirme de perífrasis ni de circunloquios, que, aunque diesen mas dignidad al discurso, le harian tambien mas enredoso y oscuro. Considerad, Señores, este auditorio como un auditorio á parte, y que la clase de nuestras instrucciones permite un estilo mas sencillo y mas familiar.

Así pues, para llamar las cosas con sus verdaderos nombres, diré que en estos tiempos mas inmediatos á nosotros, se han extendido los límites de la física experimental, de la astronomía, de la química, de la botánica y de la historia natural; que las diversas partes de las matemáticas se han enriquecido con nuevos métodos, con cálculos mas simplificados y con aplicaciones muy oportunas; que cierta mayor perfeccion en los pormenores de las ciencias, y observaciones mejor dirigidas, han proporcionado á la agricultura, á las artes, á la mecánica y á la navegacion, métodos tan ingeniosos como útiles; no se trata de poner esto en duda: el descubrimiento de cuatro nuevos planetas, los prodigios de la electricidad, la mineralogía reducida á ciencia, los viajes célebres al rededor del mundo, el instituto de los sordomudos, el de los ciegos, y aun si se quiere los globos aerostáticos, son cosas mas ó menos glo-

riosas para el siglo XVIII. Ya veis que no le niego lo que le es ventajoso; pero no por hacerle justicia, seamos injustos con los siglos anteriores: convengamos de buena fe en que ántes del último siglo estaba ya abierta la carrera de las ciencias y de las artes, que estaban ya hechos los mas grandes descubrimientos, y que el ingenio habia recorrido con gloria las regiones mas elevadas del mundo físico, igualmente que las del mundo intelectual. Así, Señores, la imprenta, la brújula, la pólvora, las leyes del movimiento de los astros, la gravedad del aire, la aplicacion de la álgebra á la geometría, los logaritmos, el cálculo diferencial é integral, la gravitacion universal, el analísis de la luz, el cálculo de los cometas, el barómetro, el termómetro, el microscopio, la máquina neumática, todos esos descubrimientos tan famosos, que tanto han contribuido á los progresos del entendimiento humano en las ciencias matemáticas y físicas, se deben á tiempos anteriores al siglo XVIII. Estos son hechos que los hombres no pueden destruir. En efecto, obreros hábiles, constantes y laboriosos, habrán podido en el último siglo disponer todas las partes del edificio con mas arte y simetría, restaurar y perfeccionar algunas de sus columnas, y facilitar su entrada al vulgo; pero ántes de ellos habian aparecido los arquitectos que trazaron su plan con mano atrevida y sabia. En apoyo de esto citaré como testimonio irrecusable

á M. de Montucla, quien en su *Historia de las matemáticas* (1), despues de haber elogiado á los geómetras de su tiempo, añade: « Sin em- « bargo, si se considera con atencion el vuelo « prodigioso que en el siglo XVII tomaron las « ciencias, y sobre todo las matemáticas, habrá « que convenir en que cualquiera que sea la per- « feccion que reciban en los siglos siguientes, « debe recaer una gran parte de la gloria sobre « el que tan felizmente ha abierto la carrera. »

Yo convendré sin dificultad en que las ciencias naturales y las matemáticas han sido mas generalmente cultivadas en el último siglo; pero al mismo tiempo os haré observar que en esta materia debe atenderse menos al número de los que se han dedicado á ellas, que al talento de los grandes maestros. Newton, por ejemplo, da mas honor á estas ciencias, que cincuenta sabios de una clase inferior, así como Bossuet honra mas la elocuencia que cien oradores medianos. Observemos además, que aunque las matemáticas sean una ciencia hermosísima, son sin embargo extrañas al conocimiento del hombre, á sus deberes y al modo de conducirse en los negocios domésticos y civiles; que el objeto mas digno del hombre es el hombre mismo, y que se puede creer, sin ser falto de razon, que la ciencia es solo para algunos, el trabajo cor-

(1) Part. IV, lib. 1, núm 7.

poral para el mayor número, y la virtud para todos; y últimamente que el siglo XVIII, que parecia querer hacer populares las matemáticas, deberia mas bien avergonzarse que gloriarse de su entusiasmo por el cálculo. Seria pues un error muy grosero pensar que apenas estaba conocida la carrera de las ciencias ántes del último siglo.

Pero aun se replicará que este fué el siglo del análisis, de la filosofía y de la razon; que fué el siglo mas enemigo de las preocupaciones, y que por consiguiente su autoridad es superior á la de todas las edades precedentes. Veamos, Señores, qué debe pensarse de la filosofía del último siglo y de ese título de *siglo filosófico*.

Si la filosofía consiste en ese espíritu de ateismo que habla continuamente de la naturaleza, para mejor hacer olvidar á su autor; que justifica todos los vicios y degrada todas las virtudes, haciendo del hombre una especie de máquina, una planta, ó cuando mas un animal sometido á las leyes de la necesidad; y que, desterrando á Dios de los corazones como del universo, destruye aquellos sentimientos religiosos por cuyo medio, mejor que por todos los demás, se civilizan los pueblos bárbaros y se conservan los civilizados; si la filosofía consiste en ese espíritu de presuncion y de temeridad que en nada estima la experiencia de los siglos, desprecia la autoridad de los grandes hombres, se burla de las institu-

ciones consagradas por el tiempo, en todo quiere la novedad y no ve en todo lo que existe mas que el efecto de una simplicidad ignorante; si la filosofía consiste en ese espíritu de libertinaje que trunca y desnaturaliza los libros santos para ridiculizarlos, que los traduce ó comenta con toda la licencia de una imaginacion depravada, que amontona con complacencia en los anales de la Iglesia los vicios y los escándalos, para denigrar con ellos una religion que los llora y los condena, que guarda un silencio culpable acerca de las sublimes virtudes de que solo esta religion ha dado ejemplo á la tierra, y echa un velo sobre los bienes inmensos que le debe la humanidad: en una palabra, si la filosofía no es otra cosa que el ateismo, el materialismo, el fatalismo, el deismo y el escepticismo, ¡oh! yo convengo en que el siglo XVIII fué un siglo eminentemente filosófico. Jamás, en efecto, hubo en el seno de una nacion cristiana tan gran número de escritores que á un mismo tiempo enseñasen claramente que no hay Dios, que la Providencia es solo una palabra, que la vida futura no es mas que una quimera, el hombre un ser sin libre albedrío, el vicio y la virtud una invencion humana y el cristianismo un conjunto de supersticiones. Todas estas doctrinas han sido enseñadas tan pública y frecuentemente en el último siglo, se hallan consignadas en tantas obras que han dado alguna reputacion á sus

autores, y el hecho es tan notorio, confesado por los enemigos de la religion y tan incontestable, que toda cita seria mas que supérflua para probarle.

No es ciertamente en estas doctrinas, efecto y causa alternativamente de la perversidad humana, en lo que nosotros haremos consistir la filosofia. No, no nos dejemos engañar por palabras vacías de sentido, ni respetemos doctrinas insensatas, porque se hallen revestidas de un bello nombre; no separemos la filosofía de la sabiduría, de la sana razon, de la verdad, de la moral y de todo lo que se dirige á hacer á los hombres buenos y felices. Una falsa filosofía ha adormecido á la Europa durante sesenta años con el vano ruido de sus sistemas y de sus gritos contra las preocupaciones; ¿no será ya tiempo de dispertar nosotros y de juzgar á la que sin mision ni autoridad ha juzgado al universo? O no nos entendemos cuando hablamos de filosofía, ó esta consiste para un pueblo en pensar y raciocinar bien acerca de los diferentes ramos de los conocimientos humanos. En efecto, cuantas mas ideas sanas, morales, sociales y capaces de hacer florecer la paz, la justicia y las leyes, haya en una nacion, será esta tanto mas sabia y racional y por consiguiente mas filósofa. No es pues un gusto exclusivo por las ciencias exactas y naturales, ni el amor dominante á las letras y á las artes, lo que constituye

la filosofía; no se llega á ser filósofo por haber leido á Bossuet, por haber estudiado á Locke, ni por haber meditado á Montesquieu; el espíritu filosófico no consiste en la disecacion de una planta, en un teorema, ni en un silogismo. Podrá muy bien un hombre amontonar en su cabeza términos técnicos de todas las ciencias, todas las nomenclaturas, todos los métodos y todas las fórmulas científicas; podrá disertar toda su vida sobre las sensaciones y las ideas, sobre lo físico y lo moral del hombre, sobre la política y los gobiernos; y con todo esto podria ser un lógico mediano, un pésimo razonador, un entendimiento extravagante, y por consecuencia un sofista y no un filósofo: testigos esos escritores que han compuesto obras enteras para enseñar el ateismo, último término del error humano, ó que han divulgado acerca de las leyes, de la autoridad, de la moral, de la educacion y de las letras, tantas paradojas filosóficas abandonadas hoy al desprecio y á las que por fin ha hecho justicia la experiencia. El que en cualquier género de conocimientos ame la verdad, el que la busque con ardor y tome los caminos que pueden conducirle á ella, el que manifieste, así en sus acciones como en sus discursos, pensamientos sanos y rectos, ese es, Señores, el verdadero sabio y el verdadero filósofo: un entendimiento recto, un buen juicio, una razon sana y un espíritu filosófico son cosas que

no deben distinguirse. Así como el siglo mas virtuoso no es aquel en que mas se habla de virtud, sino aquel en que esta se practica mas; así tambien el siglo mas filosófico no es aquel en que mas se habla de filosofía, sino aquel en que se piensa y se raciocina mejor acerca de los diversos objetos de nuestros conocimientos; y esto es tan manifiesto, que sin mas que con decirlo, conoce todo el mundo su verdad. Esta pues debe ser la regla para juzgar con exactitud si el siglo XVIII ha sido mas filosófico que el precedente: con este objeto recorramos por un momento los diversos ramos de nuestros conocimientos.

Subir hasta las causas y los principios de las cosas, separar las luces verdaderas de las que solo tienen la apariencia de tales, pesar las opiniones vulgares en la balanza de la razon y trazar á los entendimientos la marcha que deben seguir en la investigacion de la verdad, esto es lo que se llama filosofía en las cosas intelectuales. ¿Y quién dejará de reconocer todos estos caractéres en Bacon, en Descártes, en Leibnitz, en Mallebranche y Locke, que no pertenecieron al siglo XVIII?

Observar la naturaleza, estudiar los hechos y los fenómenos, preferir la experiencia á vanas teorías, y buscar así, no lo que puede ser, sino lo que realmente es; no las hipótesis, sino el verdadero sistema de las leyes de la naturaleza; he aquí lo que se llama filosofía en las ciencias físi-

cas. ¿Y cómo dejar de reconocer como grandes filósofos en esta parte á Copérnico, á Kepler, á Galileo, Pascal, Boyle y Newton que no pertenecieron al siglo XVIII?

Llevar en el estudio de la historia y de las antigüedades aquella crítica severa é ilustrada sin ser demasiado atrevida, que designa lo verdadero, califica lo verosímil y desecha lo falso; sacar de los anales de los pueblos, como del profundo conocimiento de los hombres, grandes y memorables lecciones; esto es lo que se llama filosofía en la historia y en la política. ¿Y será posible no nombrar aquí á un Mabillon, á un Petavio, á un Tillemont, á un Fleury y á un Bossuet, que tampoco pertenecieron á dicho siglo?

Por último, desentrañar los secretos del corazon humano, explicar las reglas de las costumbres, exponer con una profunda sagacidad el conjunto, el espíritu y la concordancia de las leyes; esto es lo que se llama filosofía en la moral y en la jurisprudencia. ¿Y quién no reconoce aquí á un Massillon, á un Bourdaloue, á un La Bruyere y á un Domat, que pertenecen al siglo de Luis XIV?

Y ¿qué falta, pregunto yo ahora, para que un siglo que posee tales ingenios, y otros muchos que no nombro, con tales miras y tales métodos, raciocine bien y sea verdaderamente filosófico? No diré que en aquel tiempo no fuese tan fácil

engañarse como lo es en el dia, porque la debilidad del espíritu humano es de todos los tiempos y de todos los lugares, y no hay filosofía que liberte de todo error; pero es evidente que, ántes del último siglo, habia llegado la ciencia del raciocinio á un punto muy alto en todas las cosas á que puede dedicarse el hombre en la tierra.

Pero ¿qué es lo que se ha imaginado, para deprimir el siglo de Luis XIV y realzar el siguiente? Se han comparado las cualidades que se han creido dominantes en cada uno de los dos, pero de manera que resultase siempre la ventaja á favor del último; se ha dicho que el siglo XVII habia sido el siglo de las brillantes ficciones de la imaginacion y de las bellas letras, y que el XVIII ha sido el de la razon; y como todos los errores tienen cierta relacion unos con otros, no se ha dejado de hacer la observacion de que la incredulidad habia triunfado precisamente en el siglo de la razon. Tal es en sustancia un pensamiento que ha sido presentado bajo diversas formas y que vamos á examinar brevemente.

Se dice que el siglo de Luis XIV fué tan solo el siglo de la imaginacion. Pero á la verdad, Señores, que si con sola la imaginacion se han podido adivinar, como adivinó Pascal, las matemáticas; inventar una filosofía nueva, como Descártes; descubrir como Newton un sistema, que, aunque no fuese cierto, seria una obra

maestra del entendimiento humano ; si con sola la imaginacion se han podido formar planes de campaña que mandaban los sucesos y la victoria, como Turena ; meditar esos célebres reglamentos, fruto de las conferencias tenidas por los Seguier y los Talon; gobernar como Luis XIV, administrar como Colbert y fortificar las plazas como Vauban; si con sola la imaginacion se ha podido componer ese *discurso* tan sabio, tan elocuente y tan político que compuso Bossuet *sobre la historia universal;* ó dar, como Fenelon, lecciones tan persuasivas á los reyes y á los pueblos; si la imaginacion sola ha sido suficiente á estos grandes ingenios para sus obras ó para sus acciones inmortales, ¡feliz entónces el siglo de la imaginacion! ¡Ojalá que reviva y se perpetúe para siempre entre todas las naciones del mundo! Pero ¿quién no advierte que todas estas bellas y grandes cosas que os he recordado, suponen en sus autores una razon vigorosa, un espíritu penetrante, mucha sagacidad en sus juicios, y una profundidad de miras que son el mas grande esfuerzo del entendimiento humano?

Se añade que el siglo de Luis XIV fué el siglo de las bellas letras: sea así en hora buena; esta confesion forzada de nuestros adversarios me basta para impugnarles con buen éxito. Convenís, les diré, en que el imperio de la literatura corresponde al siglo de Luis; esto es todo

lo que yo necesito para establecer que por esto mismo fué eminentemente el siglo de la razon. Yo no sé si esta proposicion parecerá extraordinaria á algunos, porque desde el reinado de los sofistas, y desde que estos han esparcido un sin número de errores, el sentido comun ha llegado á ser una paradoja. Sí, Señores, yo sostengo que el siglo de la perfeccion en las letras es necesariamente un siglo de buena filosofía. En efecto, la perfeccion en las letras supone siempre un sentimiento profundo por lo honesto y por lo bello, un discernimiento exquisito y muy exacto que penetra las relaciones y el enlace de unas cosas con otras, que desecha lo falso para fijarse solamente en lo verdadero, y que une todas las partes para formar de ellas un hermoso conjunto; verificándose en todo esta máxima del poeta romano, que la razon es el principio y el orígen de lo bello. ¡Que idea tan extraña se formaria de la elocuencia el que solo la mirase como el miserable talento de arreglar palabras y compasar frases! Es cierto que los pensamientos no brillan sino por la expresion, así como los objetos no se muestran á la vista sino por la luz que los colora; pero tambien las palabras sin la verdad de los pensamientos no son mas que un vano ruido que se disipa. El que no sepa establecer principios, presentar con órden sus pruebas, ilustrar el espíritu con luces vivas, ni

herirle por medio de conceptos fuertes, podrá muy bien ser un hombre locuaz, pero no será un orador. Un hermoso discurso y un hermoso poema ¿no suponen un plan, una composicion, una union íntima de partes que hacen un todo, y un gran fondo de verdad en los pensamientos y en los caractéres? ¿Que idea se formaria del talento de escribir el que separase la lógica de la elocuencia, colocando, por decirlo así, por un lado las palabras y por otro las cosas? Nada es bueno ni hermoso sino lo verdadero; y ved aquí porqué el filosofismo del último siglo ni es bueno ni hermoso, y porqué tantas obras del siglo de Luis XIV estan marcadas con el sello de la inmortalidad.

¿Y de dónde ha podido provenir esa especie de clasificacion de talentos y de facultades, por la que se ha creido deber llamar al siglo de Luis XIV el siglo de la imaginacion, y al siguiente el siglo de la razon? ¿Provendrá esto de habérseles antojado á algunos escritores trazar un cuadro sistemático de los conocimientos humanos, en el que unos se refieran á la memoria, como la historia, y otros á la imaginacion, como la poesia y las artes? Pero no nos deslumbremos con estas distinciones mas sutiles que sólidas; de ellas diré que no solo son inútiles é incapaces de hacer dar un paso al entendimiento humano, sino que son falsas y por lo mismo peligrosas. Así pues, en un *sistema figu-*

rado, que todo el mundo puede haber visto, se aplica la historia á la memoria; pero ¿hay cosa mas insignificante? Es cierto que con memoria se sabe mucho, y que sin ella nada se sabria; ¿pero bastará la memoria sin el juicio para componer una obra histórica? ¿Escribieron la historia con solo la memoria Tácito, Bossuet y Robertson? ¿Y quién no conoce que sin una crítica sana, sin un gran discernimiento de los hombres y de las cosas, en una palabra, sin una razon muy ilustrada, jamás se haria un escritor superior á los escritores vulgares? Se aplica la poesía á la imaginacion; pero la imaginacion separada del buen juicio se asemeja á la locura. ¿Que mérito tendria una obra en la que las ideas careciesen de exactitud, por mas que se las revistiese de brillantes colores? ¿Han merecido por sola la imaginacion el poeta romano y el poeta francés, mirados como legisladores en la república de las letras, ser llamados los poetas de la razon? Dividir las facultades del alma para asignar á cada una su dominio exclusivo, es ciertamente una invencion mas extravagante que filosófica. Es cierto que un buen juicio sin imaginacion no podrá sacar á un hombre de la clase de mediano; pero tambien lo es que la imaginacion sin juicio es una loca que se precipita. Todas nuestras facultades estan unidas entre sí y se sostienen mútuamente: de esta armonía y de esta union de fuer-

zas resulta el talento; y, cuando reunidas así llegan á un grado mas elevado, resulta el genio. Si yo quisiera presentar bajo la forma silogística todo lo que acaba de decirse, lo haria así: La buena filosofía consiste en pensar y raciocinar bien acerca de los diversos ramos de nuestros conocimientos; este es un principio evidente: pues, en el siglo de Luis XIV se ha pensado y se ha raciocinado tan bien como en el siglo siguiente, segun hemos demostrado: luego ha habido tanta filosofía en el primero como en el segundo; y ya veis que mi conclusion no es nada exagerada.

Séame ahora permitido hacer una suposicion que acaso parecerá singular, pero que voy á aventurar, porque hará mas palpable el resultado de esta conferencia y de la precedente. Hagamos revivir y acerquemos á nosotros por medio del pensamiento todas las generaciones desde el renacimiento de las letras, es decir, desde el reinado de Francisco I; pongamos á un lado los ingenios que han impugnado la revelacion, y al otro los que la han defendido de tres siglos á esta parte. Yo me figuro ver delante de mi dos templos abiertos, y que en el frontispicio del uno leo, *Templo de la razon,* y en el del otro, *Templo del cristianismo.*

Entro primero en el llamado de la razon; en él encuentro á la incrédulidad predicando, bajo el nombre de filosofía, una moral fácil que en

sustancia no es mas que egoismo y amor á los placeres, prometiendo á sus sectarios la nada por toda recompensa, ó por intervalos alguna cosa vaga é incierta; allí veo un grande número de sus discípulos, unos casi ignorados, otros algo mas conocidos, y algunos en fin de mayor reputacion. Fíjase mi atencion en estos últimos, y entre ellos veo á Baile, teniendo en su mano una pluma que parece fluctuar en el vacio, y despide á su rededor un humo denso mezclado con algunas ráfagas de luz viva; á Voltaire, que se burla y mofa de todo, se rie de Dios lo mismo que de los hombres, se gloria de haber participado de los misterios de la Religion sin creer en ella, presenta con una mano títulos que le hacen digno de gloria, y con la otra escritos en que la disolucion sazona sin cesar la blasfemia; de repente prorumpe en imprecaciones contra el cristianismo y exclama: *Amigos mios, aniquilemos al infame.* A esta voz de reunion despierta y se reanima toda la turba de adeptos. Diderot, como amante furioso de la libertad, proclama, en un lenguaje que no me es permitido repetir, que el mundo no será feliz sino cuando no haya sobre la tierra sacerdotes ni reyes. El autor del *Sistema de la naturaleza* explica todos los afectos del corazon, los sentimientos de amor ó de odio, por el mecanismo de la atraccion y de la repulsion; y de cuando en cuando dirige á la naturaleza, al gran todo, á la universalidad de los seres, en

fin á una abstraccion, apóstrofes llenos de fuego. D'Alembert saca de debajo de su manto filosófico una correspondencia secreta llena de una hiel en extremo grosera, y quiere que se sepa toda la parte que ha tenido por sus oscuros manejos en la destruccion de las *preocupaciones*. Raynal se alaba con descaro de haber sido apóstata bajo de dos aspectos; va á tratar de comercio y factorías y exhala su impiedad en violentas declamaciones; se calma sin embargo, parece articular la expresion del arrepentimiento y hacer una especie de retractacion pública de su arrebato y de su furia. Cada uno quiere tomar á su vez la palabra; todo se vuelve exponer sistemas acerca de la moral, de la sociedad, de la educacion, de las letras y de las artes; se trata nada menos que de regenerar al hombre y el órden social todo entero. En medio de este cáos de opiniones incoherentes, grita con furor un desconocido : *Pueblos ¿quereis ser felices? derribad los tronos y los templos*. Entónces un rey del norte, gran guerrero y gran político, favorecedor por largo tiempo de la impiedad, pero que ningun deseo tenia de bajar del trono, lanza á su alrededor una mirada de indignacion y con rostro ceñudo prorumpe en las siguientes palabras : « Mi opi- « nion seria enviar á estos señores á gobernar « una provincia que mereciese ser castigada. » El mismo Juan Santiago Rousseau, que en otras ocasiones no es ciertamente muy escrupuloso, se

escandaliza de oir sistemas tan monstruosos y exclama : « Huid de esos hombres que siembran « en los corazones doctrinas desoladoras. » Advertido por este grito de alarma, echo una mirada sobre todos los adoradores de la *razon,* y, creyendo ver marcado sobre su frente el sello del orgullo y del cinismo, me retiro con el corazon angustiado de lo que acabo de ver y oir.

En seguida entro en el templo del cristianismo (1): en él veo á la Religion sentada sobre sus altares, mostrando con una mano el Evangelio y ofreciendo con la otra coronas de inmortalidad á los fieles observadores de su ley; allí veo colocados á su rededor una multitud de espíritus sublimes que han brillado en Europa de tres siglos á esta parte; entre los filósofos cuento á Bacon, á Descártes, á Mallebranche y Leibnitz; entre los eruditos de primer órden, á Duperron, á Bochart, á Tillemont, á Petavio y á Mabillon; entre los moralistas á Nicole y á La Rochefoucault, á La Bruyere, á Bourdaloue y á Masillon; entre los jurisconsultos profundamente instruidos, á L'Hopital, á Talon, á Seguier, á Vignon, á Domat y á d'Aguesseau; entre los apologistas, á Grocio, á Pascal, á Abbadie, á Fenelon y á Addisson; entre los sabios,

(1) Habla aquí el autor del cristianismo en general que comprende a Iglesia católica y las demás comuniones disidentes.

á Copérnico, á Kepler, á Galileo, á Newton y á Euler; y á todos los veo rodeados del brillo de su genio y de sus virtudes. Es cierto que aquí como en otras partes se muestra la debilidad humana : estos ilustres personajes no estan acordes acerca de todos los puntos de la doctrina revelada; pero todos lo estan acerca de Dios, de la vida futura y de la providencia, acerca del vicio, de la virtud y de la moral; todos reverencian tambien unánimemente á la Religion como dada á los hombres por Dios mismo, y todos honran y predican públicamente lo que es bueno y honesto, lo que puede alentar la virtud, consolar la desgracia, purificar los afectos legítimos, consagrar las obligaciones domésticas y civiles, y hacer amar á Dios y á los hombres. Si fiado en mis débiles luces, quisiese declararme contra el cristianismo, Bacon me advierte que la poca ciencia hace incrédulos, pero que la mucha conduce á la Religion. Si quisiese adormecerme en una cómoda indiferencia, Pascal me dice que podemos no inquietarnos sobre el sistema de Copérnico, pero que nos interesa mucho saber si nuestra alma es mortal ó inmortal, porque, conforme ello sea, deben nuestras acciones y nuestros sentimientos tomar sendas diferentes. Si me sintiese arrastrar á la incredulidad por la autoridad de algunos incrédulos de talento, Massillon me hace observar que las pasiones son la cuna de la incredulidad,

que no se sacude el yugo de la fe sino para sacudir el yugo de los deberes, y que si la Religion no hubiera sido enemiga del desarreglo y del vicio, jamás hubiera tenido enemigos. Pero he aquí que toma la palabra el primero de todos por su talento en tan augusta asamblea; levanta su voz contra esos temerarios que toman por vigor de la razon lo que no es mas que su delirio, y que se juzgan libres porque su espíritu carece ya de freno. Bossuet les dice que no tienen en que fundar la esperanza de esa nada á que aspiran despues de esta vida, y que ni aun tendrán este miserable recurso; que con sus dudas é incertidumbres se precipitan en los abismos del ateismo, y que en vano buscan su reposo en un furor de que apenas son susceptibles las almas; que es mas difícil sostener los absurdos en que caen negando la Religion, que las verdades cuya profundidad les asombra; y que, por no querer creer misterios incomprensibles, caen, de uno en otro, en incomprensibles errores. ¿Y cómo es posible que deje de causarme impresion la fe de tantos grandes hombres? ¡Que armonía en efecto y que fuerza de testimonios! Al verlos humillarse ante la Religion, ante aquel que es el Salvador y la luz del mundo, me siento arrastrado á mezclar mis adoraciones con sus homenajes y me digo á mí mismo: A la verdad, si es preciso decidirse en favor ó en contra de la Religion por la autoridad de los

que la han profesado, ó de los que la han impugnado, no tengo en qué vacilar : lejos de mi la incredulidad, gloria á Jesucristo, soy cristiano.

DISCURSO

SOBRE

LA NECESIDAD DE LA RELIGION

PARA LA FELICIDAD PUBLICA,

PRONUNCIADO DELANTE DE LA ACADEMIA FRANCESA,
EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE SAN LUIS,
A 25 DE AGOSTO DE 1817.

Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.
La virtud sirve para todo, como que trae consigo las promesas de la vida presente y las de la futura.
I. *Tim.*, cap. IV, v. 8.

Si en algun rey de la tierra se han verificado alguna vez estas palabras del Apóstol, es ciertamente, Señores, en aquel cuya memoria celebramos en este dia; en aquel rey que, arreglando siempre su política por su religion, llegó á ser tanto mas grande entre los hombres cuanto fué mas santo delante de Dios, y que de este modo supo hallar en su misma piedad el orígen de la gloria, tanto en la vida presente como en

la futura. *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.* Nombrar pues á san Luis, es recordaros cuanto puede haber de mas augusto, quiero decir, el talento y la virtud sentados juntos, para bien de la humanidad, en uno de los mas hermosos tronos del universo.

Sencillo en sus gustos, y magnífico por dignidad; humilde á los piés de los altares, y terrible en los combates; dulce y accesible en el comercio de la vida, pero inmutable en sus designios, san Luis reunió en su persona las cualidades mas contrarias en la apariencia; y he aquí lo que, segun la expresion de un historiador, le constituye uno de los hombres mas grandes y mas singulares que haya habido jamás. Prodigio de luces y de sabiduria para el siglo en que vivió, llegó á ser el árbitro de los príncipes de su tiempo, asi como era su modelo; legislador lleno de prevision, puso con sus leyes los cimientos de la verdadera libertad de los pueblos, así como de la verdadera grandeza de los herederos de su trono; zeloso de los derechos del trono por el bien mismo de sus súbditos, los defendió siempre por deber, sin jamás ceder en ellos por debilidad; personaje heróico, experimentó el mayor extremo de desgracia sin abatirse jamás: magnánimo en las cadenas, sublime en los brazos de la muerte, supo ser rey cristiano en todos los instantes de su vida; y si habia recibido de la na-

turaleza todas las sublimes cualidades que se admiran en los héroes mas famosos de la antigüedad, á sola su piedad debió ser preservado de los vicios de estos. *Pietas ad omnia utilis est.*

¡Cuán glorioso, Señores, es para la Francia haber sido gobernada por tan gran monarca! Y ¿que francés no se regocijará al ver á este ilustre cuerpo renovar los homenajes anuales tributados en otro tiempo por él á la memoria del santo rey! Al consagrar, digámoslo asi, la Academia francesa su renacimiento por medio de esta piadosa solemnidad, parece declarar al mundo entero que en ella subsiste el espíritu como la forma primitiva de su fundacion, y que los primeros hombres de la nacion por su mérito literario aspiran á la gloria de ser tambien los primeros en su afecto á la Religion como al trono de san Luis. Este dia feliz presagia en efecto la vuelta de todos los hombres ilustrados á aquellas verdades sagradas que habian profesado hasta nosotros los legisladores y los sabios de todos los siglos, que jamás desconocieron los pueblos impunemente, y que solas pueden rejuvenecer nuestra antigua monarquía, como solas pudieron formarla en su nacimiento y hacerla crecer en la serie de los siglos con tanta gloria y prosperidad.

¿Pero de qué nos serviria llorar algunas veces los desastres y las calamidades que han asolado nuestra patria, si no abjurásemos los perversos

sistemas que podrian acarrear nuevas desgracias? Las malas doctrinas fueron las que todo lo conmovieron; sean pues las buenas las que todo lo consoliden. Penetrado de esta idea, voy á exponer algunas consideraciones acerca del espíritu irreligioso de nuestros tiempos modernos, para hacer conocer cuánto debe temerse que destruya el reposo y la libertad de los pueblos, y cuánto importa para la felicidad pública contener sus funestos progresos. Vosotros deseais sin duda, diremos á los enemigos de la Religion, ver establecerse en nuestra patria unas instituciones durables que afiancen la tranquilidad pública, que preparen en lo presente un porvenir feliz, y precavan las disensiones, las turbulencias civiles, la anarquía y los males que á esta se siguen; en una palabra, deseais ver fundarse el órden público: pues bien, sin la religion no puede haber órden público; primera reflexion. Vosotros no quereis medidas arbitrarias, sino el imperio de la ley, y que bajo de su egida disponga cada uno libremente de su persona y use de sus bienes y de sus derechos; en una palabra, deseais ver fundarse la libertad para todos: pues bien, sin la religion no puede haber libertad pública; segunda reflexion. Tal es la division de este discurso sobre la necesidad de la religion para la felicidad social; materia importante que yo me complazco en tratar ante la flor de los escritores de la Francia, ante aque-

llos mismos que por sus escritos pueden ejercer una influencia tan favorable sobre lo futuro como sobre lo presente. El sabio que no emplea sus conocimientos en hacer triunfar la verdad y la virtud, desconoce su vocacion y profana los dones que ha recibido del autor de todo bien; debe tener siempre presente que el talento, así como el poder, no ha sido dado al hombre sino para el bien de sus semejantes, y que tan prohibido le está abusar del primero para corromper, como del segundo para oprimir. Imploremos ante todo al Dios de san Luis, por la mediacion de aquella que tan particularmente es la patrona de la Francia y de la familia de nuestros reyes. — *Ave María.*

Si hubiéramos de dar oidos á ciertos novadores modernos que han impugnado con un éxito deplorable las creencias mas arraigadas en las naciones cristianas, y muy frecuentemente hasta aquellas verdades primarias que todos los pueblos han mirado como sagradas, creeríamos que ellos solos han conocido el secreto de perfeccionar el mundo social y de establecer la libertad pública. Pero caminemos á la luz de la antorcha de la razon y de la experiencia, y veremos que es imposible que en una nacion prevalezca el espíritu irreligioso de que semejantes novadores han tenido la desgracia de hacerse apóstoles, sin que cause la ruina del órden público y de la libertad. Procuremos aclarar esta

verdad de modo que sea perceptible á todos.

Yo convengo en que los estragos de la irreligion son poco notables cuando solo la profesa un pequeño número de hombres, ó se halla confinada en algunas obras poco comunes; es una levadura funesta que no ha fermentado aun bastante para viciarlo y corromperlo todo; sucede tambien que muchas veces los hombres irreligiosos se ven contenidos en sus malas opiniones por antiguos hábitos, y que, dominados sin advertirlo por la impresion de las ideas cristianas recibidas en la primera edad, son por una feliz inconsecuencia menos malos que sus sistemas. Pero supongamos que esas doctrinas de la impiedad salen de entre las nubes que las cubrian para manifestarse al público; que, consignadas en libros extendidos entre toda clase de lectores, llegan á ser la opinion dominante del mundo sabio y literario, de los ricos y de los grandes; que alcanzan á inficionar á los padres de familia, á los maestros de la juventud, á los magistrados, á los depositarios del poder, y que por medio de progresos insensibles pasan desde las ciudades á las cabañas, haciéndose así mas ó menos populares. ¿Será posible no concebir entónces vivos temores y no temblar por el reposo de la sociedad? La irreligion con sus máximas atrevidas y cómodas remueve en el corazon de los pueblos todas las pasiones desordenadas, los hace mas inquietos y mas indóciles, los irrita

contra el yugo de las leyes y de la autoridad, relaja todos los vínculos domésticos, y de este modo prepara la discordia y el desórden en las familias y en la sociedad. Es una verdad reconocida por los buenos ingenios de todos los tiempos, consagrada por la experiencia de los siglos y por la autoridad de todos los legisladores, y ya trivial en cierto modo á fuerza de repetirse, que la sociedad se funda en la ley, la ley en la moral, y la moral en la religion; ¿y cómo no amenazará ruina el edificio social, cuando estan conmovidos sus mismos cimientos?

¡Qué! Señores; si aun en aquellos pueblos donde la Religion ejerce mas su imperio saludable para el bien de la humanidad, y en donde por su féliz ascendiente sobre las almas precave mayor número de injusticias y de atentados, aplaca mas odios y afianza mas el respeto á las leyes y á la autoridad; si aun en estos causan las pasiones demasiados estragos, ¿qué seria si se les quitase la Religion, que es la barrera mas fuerte que se les puede oponer? Entónces á todos los excesos que la Religion no evita á causa de la malicia de los hombres, se reunirian los excesos aun mas numerosos que efectivamente impide por su divina y secreta influencia; se harian mas comunes en todas las edades y en todas las clases los desórdenes de todo género, y, corroido el cuerpo social por esta levadura de corrupcion y de impiedad sediciosa, amenazaria una disolu-

cion universal. Es fácil hacer en un libro una enumeracion minuciosa de todos los males á que la Religion ha podido servir de ocasion ó pretexto por el orgullo ó la ambicion de los hombres; pero ¿porqué se ha de echar un velo sobre los bienes inmensos de que ella es orígen por sus máximas y su espíritu? La sociedad goza de sus beneficios casi sin advertirlo. Los buenos sentimientos que introduce en las almas, la compasion y la generosidad que inspira, los consuelos que derrama, son cosas que se escapan á nuestra vista; pero su accion no es menos real porque sea secreta : es como ese calor vivificante que, sin hacer perceptible su influencia, anima la naturaleza y hace germinar las plantas y madurar los frutos. Se dice muchas veces lo que ha llegado á ser un pueblo por el abuso que en él se ha podido hacer de la Religion; pero es preciso conocer tambien lo que el mundo social llegaria á ser sin ella. Diré pues, valiéndome aquí de las palabras de un orador ilustre de nuestros dias (1) : « La Religion es la vida del cuerpo polí-« tico; no le queda mas alternativa que conser-« varse con ella, ó disolverse sin ella. »

No lo dudeis, Señores, sin la Religion, veriamos ahora mas que nunca turbadas las familias por la discordia y el libertinaje, los esposos sin union, los hijos sin respeto, y los criados sin

(1) El abate de Montesquiou.

fidelidad; veriamos mas que nunca esos seres desnaturalizados, que, libres del freno de una educacion religiosa, aprenderian desde su mas tierna juventud los ardides y la audacia del crímen, y presentarian á los tribunales horrorizados el mas espantoso de todos los espectáculos, el espectáculo de los crímenes en la edad misma del candor y de la inocencia; veriamos á unos malhechores que, deponiendo el temor á la justicia divina y calculando á sangre fria la corta duracion del suplicio, marcharian al patíbulo, llevando sobre su frente, no la palidez y la vergüenza del crimen, sino casi la calma de la virtud, y dando asi al pueblo el horroroso ejemplo de un culpable que muere sin terror y sin remordimientos; veriamos á unos hombres que se arrojarian á los proyectos mas inicuos, mas insensatos y acaso mas desastrosos para su patria, con la idea de que todo termina en el sepulcro, y que, en caso necesario, podrian sustraerse al castigo y al oprobio por medio del suicidio. En fin, sin la Religion, se verian mas que nunca por todas partes egoistas, que, apartando su vista de los bienes de la vida futura, apetecerian con mayor ardor los de la vida presente, serian mas devorados de deseos ambiciosos, menos sensibles á los males ajenos, menos capaces de sacrificios generosos, y mas inclinados á todos los desórdenes que son la plaga de los estados como de las familias. ¡Ojalá que yo no hiciese aqui mas que una pin-

tura de males imaginarios, y que de ningun modo se hubiesen realizado entre nosotros! ¿Pero no podré apelar al observador, al hombre público, al magistrado, á los que estan armados de la espada de la ley contra los malhechores, y preguntarles si no es cierto que la decadencia de los sentimientos religiosos ha hecho mas comunes y precoces toda suerte de desórdenes y de delitos? Y para llamar las cosas por sus nombres, ¿no es cierto que se han visto aumentarse de una manera horrorosa los escándalos del suicidio, del infanticidio, del concubinato, de los hijos ilegítimos, y de aquel crímen que tanto se resiste á la naturaleza, que un legislador de la antigüedad creyó deber suponerle imposible?

Vosotros los que, á mediados del último siglo, levantábais la voz con el estruendo de la trompeta para predicar el odio y el desprecio de la Religion, vosotros habeis reclamado como vuestra la gloria de haber curado el cuerpo social de una enfermedad violenta, de los excesos del falso zelo, en una palabra, del fanatismo; y ¡no veiais que depositábais en su seno gérmenes de ruina y de muerte! Con vuestros sistemas no habria ya fanatismo religioso, convengo en ello, pero habria los desórdenes mas monstruosos, los vicios mas innobles y mas viles, el egoismo mas roedor, y la depravacion mas refinada, hasta que, sueltos en fin todos los vínculos sociales, se viese estallar el fanatismo

de todas las pasiones desencadenadas. El fanatismo religioso turba la sociedad, la impiedad la mata: el primero es un huracan que agita, mutila y arranca las ramas del árbol mas vigoroso; la segunda, una llaga secreta que corroe hasta sus raices; y se puede decir bien, con un famoso escritor, que la indiferencia filosófica es la tranquilidad de los sepulcros, mas destructora que la guerra misma.

Y no por esto creamos (haré de paso esta observacion) que el ateismo se manifieste solo por la indiferencia, el desprecio ó el olvido de la Religion; no, tambien tiene sus furores y sus persecuciones. Juan Santiago Rousseau, á quien nada costaban las paradojas mas inconsideradas, ha creido poder decir que el ateismo no hace derramar sangre; pero á nuestra misma vista ha desmentido bien palpablemente la experiencia esta asercion. Jamás la sangre humana ha corrido con mas abundancia que bajo el reinado del ateismo. No lo extrañemos: cuando apenas se mira á la especie humana sino como á una familia de plantas ó una raza particular de animales, ¿deberá sorprendernos que se la trate con desprecio, y se consideren sus dolores y su muerte solo como un juguete? Asemejando el hombre á los brutos, es natural acostumbrarse á tratarle como á ellos; y este hábito de barbarie será tanto mas sistemático, cuanto que, exento del temor de la justicia divina, no conoce

los remordimientos : por esto es ciertamente á los ateos á quienes con particularidad se aplican mas literalmente estas palabras del Sabio (1) : « Las entrañas de los impios son crueles. » *Viscera impiorum crudelia.* El mismo Voltaire lo habia presentido cuando decia : « Si el mundo « estuviese gobernado por ateos, seria lo mismo « que estar bajo el imperio inmediato de aquel- « los seres infernales que nos pintan cebándose « en sus víctimas. »

Yo bien sé que el mayor número de incrédulos retroceden despavoridos á la vista de los horrores del ateismo, y que se glorían de reconocer un Dios y aun de celebrar sus grandezas; estos son los deistas. Pero, Señores, de buena fe, ¿creeis que el deismo, aunque menos funesto si se quiere que el ateismo, sea suficiente para mantener el órden público? Decidme, ¿que idea se forma el deista acerca de Dios y de su providencia, de su bondad y de su justicia, de sus castigos y de sus recompensas en la vida futura? ¿Sus nociones acerca de esto no son vagas é inciertas, y dependientes de sus pasiones y caprichos? ¿Que reglas de conducta pueden derivarse de su opinion, ni que apoyo pueden hallar en ella la moral y la sociedad? ¿Que diferencia advertis entre el ateo y el deista? Si comparais su conducta habitual, ¿no es acaso

(1) *Proverb.*, XII, 10.

cierto que el deismo en su teoría se asemeja demasiado al ateismo práctico, y que en ámbos existe casi el mismo olvido de la Divinidad, de todo deber y de todo homenaje para con ella, así como de todo esfuerzo y de todo sacrificio para agradarle? ¿Y no tenia Bossuet fundamento para decir que el deismo no era mas que un ateismo disfrazado? Es preciso, Señores, observar que siempre ha presidido á todas las sociedades civilizadas una religion cualquiera, mas ó menos perfecta: esta es una regla invariable, que no ha padecido ni una sola excepcion desde que el sol ilumina al mundo; y á la verdad que no nos pertenece á nosotros desmentir la sabiduría de los siglos. Pero por religion han entendido siempre los pueblos, no algunas opiniones especulativas y estériles sobre la divinidad, sino un conjunto de creencias, de deberes y de homenajes piadosos; y de esto se componen las cadenas invisibles, pero poderosas, que no unen á los hombres con Dios su padre comun, sino para unirlos mas estrechamente unos con otros. Confesemos pues que el deismo no es mas que un fundamento ruinoso para el órden social: es una opinion, y no una religion.

Pero para hacer conocer mas y mas la necesidad de la Religion para la felicidad pública, establezcamos de una manera mas especial, que, sin la Religion, es imposible fundar la libertad de una nacion.

¿En qué consiste, Señores, que ciertos espíritus de nuestros dias miran con serenidad la decadencia del cristianismo en Europa, y parecen profetizar con tanta alegria como confianza su entera y próxima ruina? A mí se me figuran unos hijos que se alegran de los progresos de un incendio cuyas llamas amenazan reducir á cenizas la casa paternal. Cuál haya de ser la suerte de la Religion en Europa, es un secreto de Dios, que no nos está concedido penetrar. Pero en todo caso no temamos por ella, temamos por nosotros mismos; la venganza mas terrible que podria tomar de nuestros insultos y desprecios, seria la de huir lejos de nuestras comarcas, llevándose consigo las prendas mas seguras de la paz y de la prosperidad pública, y dejándonos entregados á las tinieblas y á los vicios de la barbarie, á esos desórdenes y excesos que, envileciendo las almas, las amoldan á la esclavitud, y á aquella anarquía á la que sigue el despotismo. Yo supongo, Señores, que el cristianismo llegase á extinguirse entre nosotros; que, en lugar de esta religion positiva que fija y reune los entendimientos en una creencia comun, señala á todos reglas terminantes para conducirse, y se apodera del hombre todo entero por la fuerza de su verdad, no quedase mas que un *espiritualismo* vago é incierto, y casi sin ninguna influencia sobre los sentimientos y las acciones. ¿Cuál seria el resultado? Privados entónces los gobiernos

del medio mas poderoso de contener á los pueblos en la sumision y el deber, tendrian necesidad de oponer á males extremos remedios no menos extremos. Cuanto menos reprime la Religion, ha dicho el mas célebre publicista del último siglo, tanto mas tienen que reprimir las leyes civiles (1). Sí, Señores, si desapareciese la Religion, se desenfrenarian con mayor furia todas las pasiones, y para reprimirlas seria preciso recurrir á los medios mas violentos, porque solo ellos serian eficaces : entónces la justicia consistiria solo en la fuerza, la tranquilidad no se hallaria sino en la esclavitud, y las naciones irreligiosas vendrian por último á expiar en las cadenas su atrevida rebelion contra la Divinidad.

Para dar mas extension á nuestro pensamiento, comparemos por un instante los felices efectos del cristianismo con los resultados inevitables que tendria el triunfo de la impiedad. Antes que la luz del Evangelio disipase las tinieblas del paganismo, ¿ que espectáculo presentaba aun el pueblo mas civilizado? ¿ No es evidente que la esclavitud era la condicion comun del género humano, y que solo un pequeño número de personas disfrutaba de libertad? En ninguna parte en efecto vemos que los antiguos legisladores hayan concebido el pensamiento de conciliar la

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXIV, cap. xiv.

libertad de todos con la felicidad de todos: en Esparta, en Aténas y en Roma, se veia al lado mismo de la libertad una esclavitud espantosa. Yo no sé que los filósofos antiguos hayan reclamado nunca contra un desórden en cierto modo legal, aunque tan escandaloso: solo pues al cristianismo estaba reservado contenerle, hacerle por fin desaparecer, y realizar la alianza de dos cosas que parecian inconciliables, la tranquilidad pública y la libertad universal.

Es cierto que Jesucristo no vino á dar á los hombres lecciones directas de política, ni á trazar á los pueblos una forma determinada de gobierno. El Evangelio ha ilustrado y santificado las repúblicas lo mismo que las monarquías; pero por sus máximas y su espíritu aproxima unas á otras las clases mas desiguales, inspira los sentimientos mas tiernos y generosos, consuela la desgracia, reprime fuertemente todos los vicios y consagra todas las obligaciones domésticas y civiles. Por esto solo la Religion llegó á ser para los gobiernos un medio nuevo, tan eficaz como blando, para mantener los pueblos en la obediencia; la persuasion reemplazó al temor, y las dulces insinuaciones del cristianismo hicieron sin violencia en los pueblos lo que la fuerza no hacia sino muy imperfectamente. La Religion dió á la moral mayor imperio sobre las almas; desde entónces las leyes pudieron perder sin peligro una parte de su rigor, y al fin se co-

noció, gracias al Evangelio, que se podia gobernar á los hombres sin tenerlos esclavizados. Para mejor asegurar la tranquilidad de los pueblos, dió la Religion mas peso á la autoridad, dándole un orígen sagrado, y afirmó el trono de los reyes, colocándole, como se ha dicho con tanta razon, donde el mismo Dios tiene el suyo, en las conciencias; pero igualmente distante de la tiranía que de la licencia, no prescribe menos á los soberanos la justicia que á los pueblos la sumision; y de este modo pertenece al cristianismo la gloria de haber dado á un mismo tiempo mas estabilidad á los gobiernos y mas libertad á los pueblos: esto es lo que no han querido ver sus inconsiderados detractores, pero lo que no se ocultó al autor del *Espíritu de las leyes.*

¿Se quiere ahora que por un triunfo para siempre execrable consiga la impiedad destruir la fe de los pueblos, que la Religion pierda su imperio y que no sea mas que una arma gastada y sin fuerza contra las pasiones desordenadas? Preparaos entónces á ver renacer los males que ha curado el cristianismo. Por un lado, los vicios serian mas atrevidos y los excesos de toda clase mas multiplicados; por otro, los medios represivos y conservadores no se hallarian mas que en las leyes humanas: seria pues necesario poner leyes de hierro para sujetar á un pueblo sin religion. Calabozos en lugar de altares, soldados en lugar de sacerdotes, un código de

suplicios espantosos en lugar del Evangelio, y un régimen de terror en lugar de un régimen paternal, ved lo que exigiria imperiosamente el mantenimiento del órden público; y ved cómo ciertos novadores harian con sus sistemas de irreligion retrogradar el mundo social hácia la barbarie, y cómo ellos mismos son los mayores enemigos de esa libertad de que se declaran apóstoles fogosos. No hay duda, Señores, un pueblo sin religion seria indisciplinable, no podria haber para él verdadera libertad, y por querer sustraerse del dominio de Dios se haria esclavo del hombre: sí, precisamente para los pueblos impíos han sido hechos los tiranos.

Podrá quizá suceder que, confiados los pueblos modernos en el estudio mas generalizado en el dia de las letras, de las ciencias y de las artes, crean poder evitar por medio de ellas los peligros que les amenazan, y aun suplir con su influencia la de la Religion misma: ¡vana esperanza! Yo estoy muy lejos de adoptar la paradoja del novelero Juan Santiago Rousseau sobre las ciencias y las letras, y diré al contrario con mucho gusto, sirviéndome de los mismos términos de Bossuet, que los que las cultivan con fruto son uno *de los mas bellos ornamentos del mundo.* Pero sepamos libertarnos de un entusiasmo que podria ser tan funesto como fuera de razon. El verdadero sabio podrá ciertamente ver en las letras y en las artes las decoraciones ó algunas

columnas del edificio; pero no las mirará como su cimiento. Lo que da á la moral su mas firme apoyo y asegura mas la estabilidad de las instituciones humanas; lo que consuela y alivia mas eficazmente las clases mas numerosas de la sociedad, á los desgraciados y á los indigentes; lo que ilustra á los ignorantes sin corromperlos; lo que sin cortar su vuelo al talento le contiene en justos límites, esto es el verdadero fundamento del órden y de la justicia sobre la tierra, esto es lo que reclaman con preferencia la felicidad y la libertad pública, y esto precisamente lo que se halla en la Religion. ¿De qué sirven las lecciones de nuestras sabias escuelas para la multitud que no puede comprenderlas? ¿Y se creerá acaso tampoco que las luces sean la virtud? No, Señores; si la ignorancia tiene sus vicios, tambien el saber tiene los suyos; y el entendimiento tiene su intemperancia, así como el corazon. Todas esas cosas tan alabadas pueden llegar á ser un nuevo instrumento de corrupcion, contribuir á fomentar las pasiones en lugar de precaver sus descarrios, y hacer el mal tanto mas incurable cuanto quizá se abusará de los conocimientos adquiridos para llamarle un bien. En estos tiempos felices en que se honra la Religion, el talento está contenido y dirigido por su divina autoridad; hasta los espíritus mas independientes se glorian de humillarse ante ella, y entre los homenajes de la multitud apenas se perciben

los insultos de algunos pocos. Pero cuando, por una degradacion, insensible al principio y bien pronto mas rápida y mas manifiesta, se llega á estas épocas deplorables en que la Religion no es mas que un objeto de escarnio y de desprecio, muchos de aquellos mismos á quienes la naturaleza destinaba á ilustrar á sus semejantes se inficionarán del contagio universal; serán hijos de su siglo: extraviados por las malas doctrinas en que han sido criados y educados, se harán á su vez sus propagadores, y abusarán de su talento para acreditar errores funestos, hermoseándolos con apariencias seductoras. Entónces se forma una mezcla de ateismo y de presuncion de ingenio, de ciencia y de barbarie, de urbanidad en las palabras y de depravacion en las cosas; entónces todas las verdades son alteradas, y todas las paradojas erigidas en sistemas; las creencias son sustituidas por opiniones, y de aquí ese escepticismo, esa incertidumbre, esa anarquía de los espíritus que prepara el camino á todo género de seduccion y de tiranía. Sin ir á buscar ejemplos de esto en la antigüedad, ¿no conocemos nosotros mismos, en nuestra propia historia, una época en que lo que se llama las luces no pudo salvar la Francia de los mas horribles excesos, y en que el mas alto grado de perfeccion en las ciencias se juntó con el último grado de la perversidad humana? Concluyamos pues que pretender reemplazar la

Religion con el saber, es abandonar lo necesario por correr tras de lo útil : no separemos lo que debe estar unido para el bien de la humanidad.

En lugar de contemplar la Religion por el lado mas sublime, es decir, en sus relaciones con nuestros destinos eternos, solo la he mirado por la parte menos importante á los ojos del cristiano, es decir, en sus relaciones con los intereses humanos. No permita Dios, que yo me avergüence del Evangelio. *Non erubesco Evangelium* (1). ¿ Pero porqué el espíritu del siglo nos ha de obligar á deprimir así nuestro ministerio? ¡ Ah! existe en el dia un gran número de hombres que á todo se acomodarian con tal que hallasen en la tierra la fortuna y el reposo; pues bien, es preciso decirles primeramente que sin la Religion, que tanto desprecian, ni aun conseguirán lo único que buscan; que ella es la que principalmente vela en mantener las costumbres, las leyes y la libertad, la seguridad de las personas y la conservacion de sus bienes; y que, miéntras ellos quizá la insultan, ella los defiende con su poderosa proteccion : en una palabra, es necesario decirles que si este mundo social, al que tienen la desgracia de limitar todos sus pensamientos, no estuviese vivificado por la Religion, vendria á disolverse en la anarquía ó á embrutecerse en la esclavitud; y el Rey profeta

(1) *Rom.*, I, 16.

no hacia mas que expresar bajo una imágen viva y popular una idea eminentemente política, cuando hace tres mil años decia : « Si el Señor « no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el « que la guarda.» *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustrà vigilat qui custodit eam* (1).

Yo no ignoro, Señores, que cuando el ministro de la Religion deplora alguna vez los estragos de las perversas doctrinas; cuando expresa el deseo de ver al fin detenerse los entendimientos en la carrera de la incredulidad; y cuando hace conocer cuanto esta amenaza al reposo y á la libertad de los pueblos, como que se mira en sus lamentos y deseos cierta cosa de indiscreto y supersticioso, se le acusa de querer hacer retrogradar la generacion presente, y se cree haberlo dicho todo, alegando que es preciso caminar con su siglo : máxima vaga y cómoda, verdadera bajo mas de un respecto, pero que, á fuerza de ser aplicada sin discernimiento, puede llegar á ser muy funesta y precipitarnos en un abismo. Procuremos, Señores, aclarar bien la verdad en esto; y que el uso legítimo de una máxima, tan comun en el dia, no nos impida ver los males que podrian acarrear sus falsas aplicaciones.

En efecto, Señores, en las cosas indiferentes que el tiempo hace nacer y morir, en aquellas

(1) *Psalm.* CXXIV, 1.

cosas abandonadas á las investigaciones, á las combinaciones, y en cierto modo á los caprichos del entendimiento humano, marchemos con el siglo; convengo en ello. En aquellas, por ejemplo, en que descubrimientos brillantes hayan engrandecido el imperio de los conocimientos humanos, derramado una luz mas viva sobre los diferentes ramos de las ciencias naturales, y desterrado las antiguas teorias para fundar otras nuevas, no nos obstinemos contra la experiencia, ni disputemos á nuestros contemporáneos la gloria que les pertenece; marchemos con el siglo. En lo respectivo á los nuevos usos, á las nuevas necesidades y nuevas relaciones de familia á familia y de pueblo á pueblo, que hayan podido introducir los progresos de las artes, de la industria y del comercio, dando, digámoslo asi, al mundo una faz ántes desconocida; en lo respectivo á aquellas variaciones mas ó menos grandes que el imperio del tiempo, que gasta y destruye todo lo que es humano, haya podido introducir en las leyes y en las instituciones, no insultemos la memoria de nuestros padres que habrán podido muy bien ser tan sabios como nosotros, pero tampoco tomemos á la edad media sus costumbres y su legislacion; en esto marchemos tambien con el siglo. Pero cuando las doctrinas perversas, ocultándose bajo un hermoso nombre, continúan corrompiendo las generaciones nacientes; cuando

se afecta hablar de moral para ultrajar mejor la Religion que es su apoyo mas firme; cuando con solo no ser cristiano se cree ser filósofo; cuando se llaman luces las que no son mas que tinieblas, y cuando se tiene por progresos de la razon lo que no es mas que su delirio, marchar entónces con el siglo, lejos de ser sabiduría, es debilidad de alma ó de carácter. Aquí es donde el ministro de los altares, donde el padre de familias, el maestro de la juventud, el literato y el sabio deben formar una santa liga contra los sofistas. ¡Ah Señores! El camino hácia el mal es tan rápido, y el hombre sufre tan mal todo freno, que si aquellos que, por su carácter, por sus dignidades, su edad y sus conocimientos, estan naturalmente destinados á la conservacion de las buenas doctrinas y de las buenas costumbres, no las defendiesen con valor, bien pronto caeria toda la sociedad en el desórden y en la confusion.

Traed á vuestra memoria, no esos hombres célebres que, embriagados de una falsa gloria, han hecho resonar su nombre en todo el universo llenándole de desastres y de calamidades, sino esos hombres verdaderamente grandes y que mas han honrado á la especie humana por sus virtudes ó por su ingenio, y veréis que, en lugar de marchar ciegamente en todo con sus contemporáneos, han empleado casi siempre todos sus esfuerzos en detenerlos en su insen-

sata carrera. ¿Qué hacian antiguamente Focion en la tribuna, Sócrates por medio de sus lecciones, Caton en medio del senado, y Ciceron en sus obras filosóficas? Luchaban contra los que adulaban al pueblo, contra los corruptores de la moral, contra los despreciadores de las antiguas máximas y contra los enemigos de las doctrinas religiosas. ¿Qué hacian tambien en la antigüedad los Licurgos y los Numas, en la edad media un Carlomagno y un San Luis, y en tiempos mas modernos los Jimenez y los Sully? Luchaban para contener por medio de las leyes los vicios y la ferocidad de la multitud, para desarraigar los abusos y las malas costumbres, y para comprimir la licencia y la rebelion. ¿Y qué han hecho los santos é ilustres personajes de que se honra la Iglesia cristiana, desde los Benitos hasta los Vicentes de Paul, y desde los Augustinos hasta los Fenelon? ¿Estudiaron acaso los errores de su tiempo solo para profesarlos, la corrupcion pública solo para lisonjearla, la ignorancia solo para respetar sus tinieblas, y la relajacion de costumbres y de la moral solo para dejarse arrebatar por ella? No ciertamente, sino al contrario, con sus escritos, con saludables reformas y con sabias instituciones, se opusieron al torrente de las malas doctrinas como de las malas costumbres, y la historia atestigua el buen éxito como los esfuerzos de su noble valor.

Así pues, Señores, demos al siglo lo que tiene derecho á reclamar; pero sepamos rehusarle lo que no podria obtener sino para su ruina y la de las edades siguientes. Si aun los espíritus de un órden superior deben en ciertas cosas acomodarse á su siglo, tambien en otras muchas deben dominarle, sujetarle, detenerle en sus extravíos y hacerle marchar por las sendas de la sabiduría y de la verdad. A las clases elevadas é ilustradas de la sociedad pertenece hacer triunfar las buenas doctrinas: este es su destino, este es el vuestro, Señores; la patria y la Religion os llaman á cumplirle, y fieles á su voz no defraudaréis sus esperanzas. No hay salvacion para nosotros sino en esas doctrinas sanas y conservadoras del órden y de la justicia; y la Religion es la que todas las guarda y las enseña. Reine ella en los corazones para apagar los odios y las disensiones; reine en las familias para mantener en ellas la paz y las buenas costumbres; promueva la humanidad en el rico, la resignacion en el pobre, la integridad en el magistrado, la obediencia en los pueblos y en todos la probidad, y entónces, solo entónces, podrá la autoridad ser tutelar sin ser violenta, y la seguridad pública podrá hermanarse con la libertad de todos. Sí, por la sabiduría, que no es otra cosa que una religion ilustrada y sincera, nos vendrán todos los bienes á un tiempo, como dicen nuestros libros san-

tos (1), y nuestra nacion, á pesar de sus desgracias, volverá á ser lo que debe ser, la primera de las naciones civilizadas.

Si mi voz es demasiado débil para hacer prevalecer estas grandes verdades, puedo, al concluir, apoyarme en los ejemplos y en la autoridad del santo rey que es hoy objeto de nuestra piadosa veneracion. ¡Cuánto imperio no ejerció sobre su siglo y sobre los siguientes! Puede verdaderamente decirse que su reinado fué el reinado de la Religion misma. Ella fué la que le inspiró tantas reformas atrevidas, tantas leyes llenas de sabiduría y de fuerza, tantas fundaciones tan preciosas para la humanidad ó tan favorables á los progresos de los conocimientos humanos; y ella la que, dirigiendo sus acciones, tanto en la paz como en la guerra, le hizo el padre de su pueblo, el árbitro de las naciones y de los reyes, y la admiracion de los bárbaros. ¡Cómo se manifiesta toda su alma regia y cristiana en las instrucciones que dejó al heredero de su corona! En ellas le recomienda este buen rey dedicarse á la felicidad de su pueblo; pero, para hacerle mas inviolables y sagradas sus obligaciones, le presenta la Religion como su regla suprema, y pone á la cabeza de sus deberes los que le estan impuestos para con el Señor soberano de los reyes y de los vasallos.

(1) *Sap.*, VII, 11.

Esta augusta leccion estaba impresa en el alma del monarca que el cielo tenia como de reserva para sondear y curar todos nuestros males, y que tendria en cierto modo en nada ser hijo de San Luis, si no representase en su persona sus reales virtudes. Viva tanto como lo desea nuestro amor; y merezca mas y mas la gloria de ser llamado en la posteridad mas remota el restaurador de la Religion, de las buenas costumbres, y por ellas de la monarquia. Asi sea.

SOBRE

LOS LIBROS IRRELIGIOSOS.

Sermo eorum serpit ut cancer.
Los discursos impíos son una gangrena que extiende insensiblemente su corrupcion.

Hay un mal que, despues de haber atormentado la generacion presente, podria aun causar la ruina total de las generaciones futuras; un mal que, habiéndose propagado desde la capital á las provincias, á modo de un contagio, ha llegado á inficionar los campos no menos que las ciudades, y las clases mas oscuras lo mismo que las mas elevadas; un mal en fin tan extendido y arraigado que parece incurable, y para el cual, si no se quiere que todo perezca, costumbres, leyes, instituciones, y hasta la monarquía, es preciso buscar algun remedio, ya sea para extirparle, ó ya á lo menos para disminuir sus estragos: hablo, Señores, de la circulacion cada dia mayor de una multitud de libros

contra la Religion. Tan espantoso desórden ha excitado ya el zelo de un elocuente obispo (1), que durante cincuenta años de su carrera oratoria ha dado tantos y tan gloriosos combates á la impiedad de su siglo; y quizá esta sola consideracion hubiera debido obligarnos á guardar silencio en esto; pero hemos pensado que nunca debe haber descanso en combatir un mal que no cesa de reproducirse bajo de mil formas diferentes, y que el destino de todo ministro de la Religion es defenderla en proporcion de sus fuerzas y de su talento; ¿Y habia de permanecer muda esta cátedra despues de haber sido ilustrada tanto por los Bossuet y los Massillon?

Esta es, Señores, la vez primera que impugno directamente en un discurso particular las producciones literarias de la impiedad moderna. Lo he creido un deber, ya para con la Religion cuyo especial defensor me he constituido entre vosotros por vocacion y por gusto; ya para con mi patria cuya ruina tengo por inevitable, si llegase á extinguirse en ella el cristianismo; ya en fin para con este auditorio que acaso tenga derecho á esperar de mí, que, en la nueva situacion en que me ha colocado la Providencia (2), combata con mas energía que nunca los enemigos del altar y del trono.

(1) M. de Boulogne, obispo de Troyes, que dió en 1821 una *Instruccion pastoral sobre los malos libros.*

(2) El 1821. El autor habia sido nombrado Capellan mayor del rey, el mes de noviembre de este año.

Es tal en el dia la licencia de los entendimientos, tal la costumbre de pensar, de hablar y de obrar sin regla ni freno, y por consiguiente de componer, de leer, de esparcir y de conservar las producciones mas criminales, que mi zelo acaso parecerá una cosa en cierto modo extraña, ó á lo menos muy distante de la tolerancia ilimitada de que se gloria el siglo presente. ¡Cuántas ilusiones tengo que disipar, ya en los que prostituyen su talento y sus vigilias á esas obras de iniquidad, ya en los que las propagan con el mas deplorable resultado, ó ya últimamente en los que hacen de ellas el alimento de sus almas con el ansia mas insaciable! Al declamar contra los libros irreligiosos, tengo, lo confieso, la triste certidumbre de que mi voz no será mas que un débil dique contra el torrente devastador. ¿Qué pueden en efecto todos mis esfuerzos para romper las plumas impias ó las prensas que se hacen sus cómplices? Pero no importa; no por eso ha de enmudecer la Religion ante la atrevida impiedad, ni retroceder el orador evangélico ante el sofista presuntuoso: á lo menos excitaremos el zelo de los padres de familia, de los preceptores públicos y particulares, y daremos un saludable aviso á la imprudente juventud; no, no enteramente en vano resonarán nuestras palabras en este recinto: aun no estan cerrados á la verdad todos los corazones.

Aunque confio, Señores, que me perdonaréis

use en este discurso de toda la libertad de mi ministerio, yo no me perdonaria á mi mismo usar en él de la licencia de un declamador : por lo tanto mis palabras no tendrán acrimonia. Pero si la Religion ultrajada no exije que se la vengue con insultos ni con personalidades, tampoco reconoce por defensores suyos á esas almas tímidas que tiemblan ante sus enemigos, y cuyas pusilánimes condescendencias se parecen á la complicidad.

¿Qué se debe pensar de los autores de libros contra la Religion? ¿Qué de sus propagadores? ¿Qué de sus lectores? Estas tres cuestiones serán el asunto de esta conferencia.

Si yo pusiese en una misma clase á todos los escritores enemigos de la Religion cristiana, y á todos los declarase igualmente culpables para envolverlos en un mismo anatema, se me podria tachar de exagerado é injusto. Conozco en efecto que no se debe confundir á los que reconocen algunas verdades sagradas con los que ninguna respetan, ni á los que solo conmueven algunas columnas del edificio con los que minan sus cimientos; voy pues á dividirlos en dos clases. Hay escritores que no conociendo otro Dios que la naturaleza, y no viendo en el hombre mas que sus órganos, en la vida futura mas que una quimera, y solo una invencion humana en el bien y el mal, destierran y destruyen con sus principios todo sentimiento piadoso há-

cia la Divinidad : á estos daré el nombre general de impios. Hay otros que, mirando acaso el cristianismo como una institucion útil, no ven sin embargo en él la obra de la Divinidad ; no creen en la mision divina de Jesucristo, ni admiten la revelacion : á estos llamaré simplemente incrédulos. Examinemos hasta que punto son culpables así unos como otros.

Compareced primeramente, escritores impios; yo os cito ante el tribunal del género humano. Aquí estais despojados de la pompa de vuestros sofismas y del esplendor de vuestras frases brillantes, y separados del ruidoso séquito de vuestros discípulos seducidos ó corrompidos ; pero quedaréis cargados con el peso de vuestras doctrinas cuya deformidad quiero descubrir de lleno. No examinaré vuestra vida privada ; yo no trato de saber si la licencia y el desenfreno de vuestro espíritu no ha tenido su orígen en el de vuestro corazon; tampoco os pediré cuenta de vuestros sentimientos impios miéntras han estado encerrados en vuestra alma, sino solo de su manifestacion pública; y sobre esto os acuso muy sériamente de haber cometido el mayor de los crímenes.

Para que quedeis tan convencidos de esta verdad como lo estoy yo mismo, comparemos por un momento el crimen de los escritores impios con el de esos hombres á quienes persigue y castiga la justicia humana. Es culpable sin duda

ante la ley el que toma el bien ajeno; pero ¿cuánto mas debe serlo aun el escritor impío? Aquel podrá en cierto modo haberse visto obligado por la miseria, por el hambre, por los lamentos de una esposa y de unos hijos aquejados; pero ¿el escritor impío que hace? Sin necesidad ni utilidad, y sin ninguna excusa aparente, predica, publica, se regocija de ver hacerse populares doctrinas que, rompiendo el freno de la Religion, embotan el aguijon de los remordimientos, debilitan el horror al crímen, y conspiran de este modo á hacer mas comunes y aun á justificar todos los robos y todas las injusticias. Mas culpable todavía es aquel que se atreve á atentar contra la vida de su semejante; pero quizá consumó el delito arrebatado por el furor de una venganza provocada por el ultraje, y tal vez el crímen ha sido individual y no ha herido mas que á una víctima sola; pero ¿el escritor impío que hace? Durante años enteros se ocupa con toda la calma del estudio y de la reflexion, en meditar á sangre fria una obra contra esas verdades primarias que todos los pueblos han mirado como sagradas; emplea toda su ciencia y todo su talento en hermosear, si es posible, el horroroso ateismo; y, por medio de sistemas que desenfrenan todas las pasiones y las hacen mas atrevidas y audaces para el mal, deposita á ciencia cierta en el cuerpo social gérmenes de ruina y de muerte, y de este modo mata en cuanto

está á su alcance no á un solo miembro de la sociedad sino á la sociedad entera. Cometeria indudablemente un crímen mucho mas atroz el que, envenenando los alimentos de toda una familia, arrojase al mismo sepulcro y en un solo dia al padre, á la madre, á los hijos y á los criados; mas tan execrable delito tendria á lo menos algunos límites: pero el escritor impío esparce en ciudades y en provincias enteras un tósigo que corrompe las almas y seca la virtud hasta en sus mismas raices. Si se trata de los malhechores ordinarios, sus delitos son pasajeros y mueren con ellos; pero el del escritor impío extiende sus estragos á todos los paises y á todos los tiempos; su impiedad le sobrevive, se propaga y perpetúa aun despues de su muerte; y, traducida quizá en diversas lenguas, irá á infestar á las naciones extranjeras y á la posteridad. Sí, Señores, lejos de acabar con él su impiedad, se hace universal y en cierto modo inmortal; y el escritor impío es por lo tanto responsable de todos los excesos y de todos los crímenes que hagan cometer sus obras irreligiosas. ¡Ved aquí, escritores impíos, ved aquí los trofeos de vuestro sepulcro!

¿Querréis justificaros alegando que no habeis hecho mas que expresar vuestra opinion? Pero responded de buena fe: ¿Estábais íntima y profundamente convencidos de que no existia Dios? ¿Os decia vuestra conciencia que podiais estar

tan firmes y tranquilos en vuestra impiedad como en todas aquellas verdades de que nadie duda? ¿Os entregábais tranquilamente á la idea de que realmente los pueblos serian mas felices sin religion y sin Dios? Vosotros no ignorábais la historia del género humano, ni la de esa multitud de genios inmortales que han brillado sobre la tierra, y que parecen haber sido colocados de distancia en distancia como fanales para alumbrar á las naciones y á los siglos. Vosotros conociais mejor que nosotros, y á esos hombres prodigiosos que han civilizado las ciudades y los pueblos, y á esos entendimientos sublimes que desde Platon hasta Bossuet han escrito de tiempo en tiempo sobre el arte tan difícil de gobernar á los hombres; y á esos sabios extraordinarios que desde Galileo hasta Newton han aparecido en nuestra Europa de tres siglos á esta parte, y á quienes veneramos aun como fundadores de las ciencias humanas; y á esos admirables bienhechores de sus semejantes, que, como los Vicentes de Paul, han sido los ángeles consoladores de todas las miserias y de todos los infortunios. Vosotros sabiais muy bien que todos habian estado penetrados de sentimientos religiosos mas ó menos puros; que sus escritos, sus leyes, sus instituciones, presentan sin cesar la marca sagrada de ello; que todos han pensado, como ha dicho uno de ellos, que *era tan imposible fundar una sociedad sin reli-*

gion, como fundar una ciudad en el aire ; todo esto lo sabiais, y sin embargo no habeis temido luchar vosotros solos contra todo el género humano, ni perderos en las tinieblas, desdeñándoos de seguir las huellas luminosas de esa muchedumbre inmortal de ingenios creadores. No alegueis la fuerza de vuestros argumentos; esos argumentos fueron conocidos tan bien como por vosotros por los grandes hombres que acabo de citar; pero ellos supieron resolverlos, y vosotros, no: á vosotros os han vencido las dificultades de que ellos supieron triunfar, y habeis creido fortaleza de alma lo que realmente no era en vosotros mas que debilidad. ¡Ah! no os avergonceis de confesarlo; al pensar en ese Dios de quien blasfemábais, pero que existe, habeis experimentado mas de una vez terrores secretos; acaso, al escribir vuestras líneas impías, la pluma se habrá estremecido alguna vez en vuestra mano; y jamás, sí, jamás habeis podido tener mas que á lo sumo vagas incertidumbres. Y en medio de esas dudas ¿no os dictaba la recta razon deteneros en vuestra insensata carrera? Pero no, vosotros habeis resistido á la voz de la naturaleza humana, al grito de vuestro corazon, para arrojaros locamente en una singularidad monstruosa.

Ahora me dirijo á aquellos escritores que, respetando algunas verdades sagradas, como las de un Dios, de una Providencia y de una vida

futura, desconocen é impugnan sin embargo en sus obras la religion cristiana, y les digo: Si á vuestros ojos y delante de la Divinidad son iguales, como decís, todas las religiones, ¿á qué ese encarnizamiento por destruir la que está establecida en vuestro pais? Si, como confesais, no puede subsistir la sociedad sin religion, ¿porqué esa mania de querer arruinar la que hace catorce siglos es la religion de vuestra patria, la que ha llegado á ser como el patrimonio de todas las familias, la que civilizó á nuestros padres, y está tan íntimamente enlazada con todas sus instituciones? ¿No debiais temer conmover el estado atacando á la religion? ¿O habréis pensado que podriais darle otra nueva inventada por vosotros, que fuese mas capaz de reprimir los vicios, mas consoladora y mas saludable? Si todos los pueblos civilizados han profesado, como confesais, una religion positiva con sus creencias, sus preceptos y su culto, ¿porqué os limitais á predicarnos algunas verdades especulativas sobre Dios y su providencia, despojándolas de todo lo que las hace sensibles, las mantiene presentes al entendimiento y les da tanto imperio? ¿No veis cuánta fuerza dan á estas primeras verdades nuestros misterios, nuestras ceremonias, nuestros usos y nuestras prácticas religiosas, y que minar el cristianismo es casi minar en la práctica la fe de esas mismas verdades que quereis conservar? ¿Qué importa que respeteis

la moral evangélica, si la despojais de lo que es su apoyo y asegura mejor su fiel observancia? Conoced pues, que, si el deismo puede ser la opinion de algunos filósofos, jamás ha sido ni será la religion de la multitud; y que vuestro sistema de religion natural, aunque menos repugnante en teoria, es casi tan estéril en virtudes, y tan funesto en sus consecuencias, como la impiedad mas decidida.

Yo no me admiro de aquella expresion de Bossuet tantas veces citada, que el deismo no es mas que un ateismo disfrazado. Tampoco me admiro de que, sobresaltados los pastores y los magistrados en el último siglo al ver aumentarse los progresos de la incredulidad, presagiasen los males que debian seguirse de ella, designando á los enemigos del cristianismo como enemigos del trono. Sus elocuentes reclamaciones eran un homenaje rendido á la verdad á la vista misma de sus enemigos ya demasiado poderosos: fueron, es cierto, inútiles; su voz profética no fué oida en el choque y tumulto de opiniones insensatas, y se ahogó á la manera que un ruido ligero se confunde en el estruendo de la tempestad. Continuándose en desconocer todas las verdades, y en erigir en sistemas todos los errores, rompieron los entendimientos todo freno; así, cuando llegó el momento, todas las pasiones se sublevaron á la vez armadas de sofismas para justificar sus propios excesos; nada se respetó de

cuanto existia, se tratornó todo, y la sociedad se convirtió en un monton de ruinas; y si la irreligion no fué la única causa de esa grande calamidad que se ha llamado revolucion, á lo menos le imprimió un carácter de perversidad y de destruccion, que la distingue como una época en los anales del mundo. ¡Escritores incrédulos! tal fué en parte vuestra obra; vosotros no quereis confundiros con esos escritores sin Dios ni religion, pero nosotros tenemos derecho á denunciaros como cómplices suyos.

Acabamos de ver lo que se debe pensar de los autores de libros contra la Religion; veamos lo que debe pensarse de sus propagadores, que es la segunda cuestion.

Una emulacion espantosa se ha apoderado en nuestros dias de los enemigos de la Religion; parece que se disputan y se envidian el triste honor de darle los golpes mas pérfidos y mortales. Ya que han dejado de perseguirla con el puñal en la mano, aspiran á la horrible gloria de arruinarla en el ánimo de los pueblos, impugnando su doctrina, haciéndola odiosa y ridícula, y atrayendo sobre sus ministros un odio y un desprecio que al fin vienen á recaer sobre ella misma. No es bastante que en cierta época se la haya proscripto y arrojado de sus templos, degollado á sus discípulos y sacerdotes, y mezclado la sangre de sus ministros con la de los reyes, como para hacer una libacion ante los

altares de lo que llamaban la *razon*: he aquí que, cansada la irreligion por el valor y la paciencia de las víctimas en aquel terrible combate, emplea hoy otras armas; llama en su socorro á todas las artes y las hace servir de instrumento á sus designios. El buril y el pincel auxilian las plumas de los escritores, y las prensas publican sus producciones, empleando así los medios mas capaces de hacer mas prontos y universales sus efectos. La impiedad no se limita á los escritos de sus apóstoles actuales, sino que hace revivir los de sus apóstoles del siglo pasado, y nada omite de cuanto puede hacerlos circular por toda la Francia con mayor rapidez y mejor éxito. Para que no espante el número de volúmenes, se han hecho compendios, en los que se ha procurado con esmero extractar todo lo mas perverso é impío; para evitar el inconveniente de que un precio alto retráiga un gran número de compradores, se ha hallado el medio de rebajarle y de hacerle cómodo á todos, empleando algunos métodos económicos; y, para que no incomode la magnitud de los volúmenes, se han dado á las obras formas mas ligeras y mas fáciles de manejar. Sí, Señores, no solamente recorre la impiedad nuestras provincias por medio de los escritos, sino que se muestra á los habitantes de las aldeas, lo mismo que á los de las ciudades, en estampas, en pinturas y en canciones, y de este modo habla á los ojos y al oido de la

multitud ignorante en un lenguaje que su corazon entiende. Todos aquellos, pues, que de un modo ú otro concurren á publicar, á vender, acreditar y extender los escritos contra la Religion, son los que yo llamo sus propagadores; ¿y será posible no acusar á todos de una complicidad criminal, aunque no todos sean igualmente culpables? A todos se les puede decir: Miéntras que las doctrinas impias no estan escritas mas que sobre el papel, al cual las ha confiado su autor, no son peligrosas mas que para él solo, ó para un pequeño número de personas que pueden tener conocimiento de ellas; estan envueltas en las tinieblas, y apenas se percibe su funesto influjo; pero vosotros sois los que les dais vida, los que las sacais á la luz pública, los que facilitais y extendeis sus estragos. De un fuego que hubiera permanecido oculto entre cenizas, ó que no hubiera consumido mas que una casa, vosotros haceis un grande incendio que va á devorar las ciudades y las provincias. ¡Que profesion, Señores, la de esparcir por todas partes cuanto puede inficionar las almas y los corazones, é introducir en las familias el vicio, la corrupcion y la discordia, con doctrinas que no pueden servir mas que para fomentarlas!

¿Y con qué se podrá cohonestar tan vituperable conducta? ¿Se dirá que en esto tienen su interés las artes y el comercio? Guardémonos de ver la gloria de las artes en lo que precisamente

las deshonra. Retratar la bella naturaleza y aun hermosearla, procurar llegar hasta aquel grado de perfeccion indefinible de que tenemos un sentimiento confuso en nuestras almas, y que existe mas bien en nuestra inteligencia que en ningun objeto criado, este es el noble destino de las bellas artes, y cualquier otro las degrada. El escultor y el pintor profanan su talento, no menos que el autor y el poeta, desviándose de una vocacion tan pura y tan elevada. ¿Es acaso la impiedad el camino de la gloria? No : los Fidias y los Rafaeles no debieron su inmortalidad á obras impias.

Esto forma, se dirá, un ramo útil de comercio. Es cierto, Señores; no me entregaré yo á vanas é injustas declamaciones contra el comercio y la industria, ni negaré las ventajas que proporcionan; no se trata tampoco de convertir á los franceses en un pueblo de cenobitas, ni de imponer á este reino las leyes suntuarias de la antigua Lacedemonia. El mas grande, y al mismo tiempo el mas santo de nuestros reyes, supo muy bien dar al comercio y á las artes toda la extension de que entónces eran susceptibles; y la historia atestigua que, cuando era necesario, era el príncipe mas magnífico de su tiempo. Pero sepamos tambien sobreponernos á consideraciones puramente materiales; no veamos en la sociedad civil una reunion de animales cuyo instinto se limite á sus necesidades físicas; veamos mas

bien en ella una reunion de seres racionales que no solo se alimentan de un pan grosero, sino tambien del pan espiritual de la verdad. Que el buey encuentre únicamente su patria en el pasto que le alimenta y engorda, es una cosa natural; pero en cuanto á mí, no solamente es mi patria el suelo que piso, sino que lo es tambien mi Religion y mi rey, nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestras costumbres nacionales, nuestros usos, nuestros antepasados y sus honrosos recuerdos; y he aquí la razon porqué, si debemos no prescindir de lo que en cierto modo hace la vida animal del cuerpo social, debemos tambien mirar con mucho mayor interés lo que constituye la vida moral é intelectual, y por consiguiente precavernos contra las doctrinas que la corrompen y la arruinan.

Aun iré mas adelante y no temeré decir que lo que mas interesa al comercio es la Religion. El comercio prospera por aquella probidad que prohibe las ganancias ilícitas, los fraudes y la falta de cumplimiento en los contratos; prospera por aquella moderacion que impide correr á la fortuna por caminos escabrosos, señalados frecuentemente con caidas desastrosas no solamente para el especulador temerario, sino tambien para una multitud de familias cuyos intereses estan mezclados con los suyos; prospera por aquella prudente economía que no permite disipar en un dia en los caprichos de un lujo rui-

noso el trabajo de muchos años, y que precave de este modo muchas catástrofes; y en fin prospera por aquella buena fe pública que inspira confianza é inclina aun á los mas prudentes á hacer especulaciones para lo futuro. ¿Y no es la Religion la garantía mas firme de esta probidad, de esta moderacion, de esta economía y de esta buena fe? ¿Qué pensaríamos de un hombre que, para conservarse en un estado de vigor y de salud, cargase su cuerpo con vestidos magníficos y su cabeza con diamantes, y no temiese tragar una bebida envenenada que tarde ó temprano debe hacerle expirar en medio de las mas horribles convulsiones? He aquí la imágen de un pueblo que, deslumbrado por el brillo de las artes y de los productos de la industria, mire con indiferencia la circulacion de esas doctrinas impías que, destruyendo insensiblemente las costumbres y las leyes, causan por último un trastorno universal.

¿Se me dirá acaso que yo soy mas severo que la ley, y que puedo muy bien tolerar lo que ella tolera? No me pertenece ciertamente trazar á los gobiernos el camino que deben seguir, para atajar el progreso de unas doctrinas cuyo triunfo ocasionaria inevitablemente la ruina de su autoridad; pero, como defensor de la moral cristiana, me corresponde decir lo que ella permite y lo que prohibe. San Pablo nos enseña que el supremo Juez condena no solamente á los que

hacen el mal, sino tambien á los que le aprueban; ¿y puede aprobarse de un modo mas manifiesto que procurando propagarle? ¿No se sabe tambien que en todos los pueblos han existido desórdenes y vicios, que, no porque hayan sido tolerados por las leyes, dejan de estar reprobados por la sana razon? ¿No son cosas vergonzosas y condenables la ingratitud y la avaricia porque la ley no señale penas contra ellas? ¿Es acaso inocente el libertinaje porque no sea un crímen de que entiendan nuestros tribunales; ó se deberán aprobar en las representaciones teatrales las obscenidades que pueden afearlas, bajo el pretexto de que la ley tolera los teatros?

Hay personas á quienes admira, y casi causa indignacion, el zelo de los moralistas contra los malos libros; pero ved cuánta es en esto su inconsecuencia y ligereza. Cuando una enfermedad contagiosa amenaza nuestras provincias, ¡qué de precauciones no se toman para preservarlas de ella! ¡Que espantosa severidad para hacer ejecutar las medidas adoptadas! Se quisiera, si posible fuese, oponerla barreras insuperables; todo esto se mira como efecto de un amor ilustrado á la humanidad, y hace parte de la solicitud de un gobierno paternal. Nada se omite en favor del cuerpo; pero ¿qué hacemos en beneficio de las almas? Lejos de causarnos espanto esa peste moral que las inficiona, y que altera ó destruye los principios de la vida social,

esa circulacion de folletos apestados y de libros impios, la miramos casi con indiferencia, y no tememos que, impregnado el cuerpo social de todos esos venenos, y despues de haber agotado en movimientos convulsivos el poco vigor que puede quedarle, se consuma lentamente y venga por último á disolverse.

Padres y madres de familia, maestros de la niñez, vosotros todos á quienes la divina Providencia ha confiado el cuidado de la primera edad, temed las resultas de vuestro descuido, temed haceros cómplices de la impiedad. Vosotros arrancariais de las manos de la juventud la copa envenenada que podria darle la muerte, y dejais á su vista los libros que pueden corromper su razon y su corazon, formar hijos desnaturalizados para desgracia de las familias, y malos ciudadanos para desgracia del estado; vosotros guardais cuidadosamente esas obras apestadas, veneno hereditario que por culpa vuestra pasará de generacion en generacion, y os pondréis con semejante conducta en el número de los culpables propagadores de la impiedad

Vengo á la tercera cuestion: ¿qué deberemos pensar de los lectores de libros contra la Religion?

Pasaron ya aquellos dias en que la fe era muy comun y rarísima la impiedad; aquellos dias en que el francés se espantaba de una blasfemia como de una palabra siniestra; en que los escri-

tos irreligiosos circulaban clandestinamente y en la oscuridad, y en que, dóciles los cristianos á la voz de sus pastores, respetaban sus prohibiciones; desapareció ya aquella docilidad para ser reemplazada por una curiosidad soberbia, y la juventud en particular se indigna de que se quiera poner un freno, aunque legítimo, á la intemperancia de sus deseos. ¿Y que pretextos son los que alegan los lectores de estos libros? Unos dicen que ellos no son impíos ni tratan de serlo, y pretenden que su fe es bastante firme para que no la haga vacilar semejante lectura: ¡excusa llena de temeridad! Otros, ocultándose á sí mismos las disposiciones secretas de su corazon, pretenden no llevar otro objeto que el de ilustrarse é instruirse, para decidir con conocimiento de causa entre el cristianismo y la incredulidad: ¡excusa llena de ilusion! Los hay en fin que alegan no buscar mas que las gracias del estilo, y que para ellos es un deber no desconocer producciones de que tanto se ha hablado ó se habla: ¡excusa llena de frivolidad!

Sí, Señores, todos aquellos que sin tener necesidad no reparan en leer obras contra la Religion, bajo el pretexto de que su fe es bastante firme, todos son imprudentes y temerarios. En efecto, nuestro entendimiento se rebela contra la sublimidad de los misterios del cristianismo; nuestra molicie nos inclina á desechar el yugo de sus preceptos; nos es penoso sujetarnos á sus

prácticas y á sus observancias; en fin nuestros libros santos estan llenos de expresiones que, por defecto de luces suficientes para explicarlas, pueden fácilmente confundirnos. Débiles y soberbios, indolentes y curiosos al mismo tiempo, nos vemos obligados á estar siempre alerta contra estas disposiciones secretas de nuestro corazon. ¿Y qué haceis vosotros? En lugar de alimentaros con lecturas que fortifiquen vuestra fe, y os suministren armas para defenderla, buscais todo lo que puede contribuir á debilitarla en vuestra alma y á entibiar vuestro zelo por sus intereses. ¡Qué! ¿creéis poder leer ese cúmulo de sofismas con que la incredulidad impugna nuestros misterios, sofismas que acaso no sois capaces de descifrar suficientemente, sin recelar que un argumento sutil os deslumbre con una apariencia de verdad, persiga vuestro espíritu, le fatigue, y acaso llegue á entibiar vuestro corazon en el momento mismo en que mas deberia anonadarse ante la majestad del Dios tres veces santo? ¿Leeréis un libro de máximas epicúreas, segun las cuales la moral cristiana debe pareceros intolerable en ciertos puntos á nuestra debilidad, y cuando ya llevais con tanto trabajo el yugo de la simple ley natural, no os sentiréis tentados á sustraeros del de la moral mas pura y mas perfecta del Evangelio? ¿No es temible que una obra que ridiculiza y desprecia las prácticas mas reverenciadas de la

piedad cristiana, y que se burla de la sencillez de los hombres instruidos que se someten á ellas lo mismo que el vulgo, no es temible que os inspire cierto disgusto hácia esas prácticas piadosas, y que por último vengais á mirarlas como devociones populares indignas de vosotros? Cuando, en un libro en que se halla una mezcla de erudicion y de frivolidad, de sentimientos á veces respetuosos, pero tambien de bufonadas picantes, se os presenten las santas Escrituras bajo un punto de vista falso y odioso, ¿creeis que no podrá alterarse vuestro respeto hácia ellas? ¡Ah! temed mas bien que, tocando al fruto prohibido, seáis castigados aun mas severamente por vuestra curiosidad, y que, despues de haber dado el primer paso por imprudencia, vengais á parar por último en la apostasía. Yo quiero suponer que no llegue á apagarse vuestra fe, pero solo despedirá una luz pálida y sin calor. Desconceptuadas á vuestros ojos las verdades sagradas, perderán mucha parte de su imperio sobre vuestro corazon. El convencimiento es lo que da fuerza al alma; cuanto es mas vivo y mas profundo, tanto mas inspira resoluciones generosas. El hombre que duda, para nada es bueno: desde el momento en que vacila está ya medio vencido, y su conducta es débil como sus opiniones. Las obras serán lánguidas como la fe, y si el árbol no llega á secarse hasta la raiz, dejará á lo menos de dar fruto.

Pero ¿no será permitido examinar y escuchar á los enemigos de la Religion, para saber lo que alegan contra ella? Examinemos esta segunda excusa. No es ciertamente el cristianismo una religion de tinieblas; al contrario, ama la luz porque nada tiene de que avergonzarse con respecto á su origen, á sus propagadores, á su doctrina, ni á sus conquistas; los vicios de muchos de los que le profesan, no manchan la pureza de sus máximas, así como los vapores de la tierra no manchan los rayos del sol; y sus mismos discípulos dejan de ser dignos de este nombre, desde el momento en que empiezan á ser viciosos. Lo que le obliga á lamentarse, y en lo que funda sus justas quejas, es la indolencia de aquellos que encuentran mas cómodo condenarle sin haberle oido. Nuestra sumision es la de un ser inteligente que cede á la verdad; y como ha dicho el mas grave de los oradores cristianos, nuestra fe debe ser racional. ¿Y cómo podria serlo si no interviniese en ella la razon? Examinemos pues, yo lo quiero; pero no llamemos exámen lo que no seria mas que un vano simulacro de él. Hay algunos que queriendo examinar la Religion leen con delicia los libros contra ella y los hacen materia de sus conversaciones, deseando fortificar las impresiones que han excitado en ellos, por medio de las que han experimentado los que pueden tambien haberlos leido; pero semejantes al juez inicuo cuyos oidos, siempre abiertos

á los clamores altaneros del acusador, estan constantemente cerrados á la voz modesta del acusado, jamás hojean los libros de sus apologistas, ni procuran conocer las refutaciones victoriosas de las dificultades que los detienen : este es un exámen lleno de parcialidad y de injusticia. Dominados otros por una presuntuosa confianza, desdeñan las luces ajenas y creerian humillar su inteligencia consultando á los doctores de la ley; á lo que se sigue erigirse en árbitros supremos sobre todas materias, y aun ser algunas veces tanto mas desdeñosos cuanto debieran ser mas modestos : el exámen de estos es un exámen lleno de orgullo. Muchos en fin, temiendo convencerse de la verdad de una religion pura en sus preceptos, la estudian con el deseo secreto de hallar lleno de fuerza cuanto la combate y muy débil lo que está consagrado á su defensa; queriendo así sustraerse á la luz de la verdad, para evadirse de los deberes que impone, y, como dicen nuestros libros santos, no comprender para estar dispensados de obrar bien ; *noluit intelligere ut bene ageret* (1) : el exámen de estos está lleno de debilidad. Si vuestro exámen es de cualquiera de estas clases, ¿que confianza puede inspiraros? El secreto para conocer la verdad, es desearla; el que la ama, la encuentra; ella se muestra á los corazones pu-

(1) *Ps.* XXXV, 4.

ros, pero se oculta á los soberbios y castiga sus desprecios injuriosos dejándoles en las tinieblas del error.

Decís que quereis examinar la Religion; en hora buena: pero discutid sus pruebas para sentir su fuerza, pesad los testimonios para darles su verdadero valor, haced callar las pasiones que os ofuscan, consultad en vuestras dudas y aclarad vuestras dificultades. Decís que quereis examinar la Religion; pero no, no lo quereis, pues practicais precisamente cuanto puede haceros caer en la incredulidad ó confirmaros en ella. Buscais el conocimiento de nuestros libros santos, de nuestra doctrina, de nuestras tradiciones, de nuestro culto, en escritos llenos de hiel y de acrimonia, de obscenidades y de blasfemias, tal vez en los comentarios libertinos y jocosos de Voltaire; y cuando ya habeis bebido en ellos el tédio y el desprecio hácia la Religion, es cuando os ocurre la idea de consagrar algunos momentos á la lectura de sus apologistas; pero entónces ya os fastidia lo que es grave, sólido y profundo. Me serviré de algunas comparaciones para haceros conocer cuan extraña es vuestra conducta.

Figuraos, por ejemplo, un jóven que, despues de haber concluido sus estudios en alguna de nuestras provincias, llega á esta capital para aprender ese arte tan complicado y tan difícil, tan precioso y al mismo tiempo tan temible, el

arte de curar. ¿Pero qué hace para esto? Empieza leyendo todas las sátiras así antiguas como modernas contra los médicos, todo lo que puede persuadirle que la medicina es un arte frivolo y conjetural, un arte fundado en la ignorancia y en la credulidad, ejercido por charlatanes sobre algunos alucinados que demasiado frecuentemente son víctimas suyas; lleno de estas ideas, é imbuido en todas estas preocupaciones, recorre rápidamente algunos libros científicos, habla de ellos con algunos compañeros de su misma edad, menos para darse mútuamente una razon formal de ellos que para hacerlos objeto de sus burlas; á esto solo limita sus estudios, y vedle ya en su concepto hecho médico. Esto no será, si quereis, mas que una fábula; pero es una pintura fiel de aquellos jóvenes que, para conocer la Religion, la estudian en los libros de sus enemigos cuyos escritos son frecuentemente tan licenciosos como impíos.

Suponeos á vosotros mismos constituidos por profesion defensores del huérfano y del oprimido: una viuda desamparada os confía la defensa de sus intereses y de los de sus hijos, y, depositando su confianza en vuestro zelo, pone en vuestras manos los documentos que deben hacer triunfar su causa; y ¿qué haceis vosotros? En lugar de estudiarlos con cuidado y de penetraros bien de su contenido, apenas os dignais reconocerlos ligeramente; y os entregais por el con-

trario á un exámen profundo de cuanto pueda alegarse contra aquella á quien debiais defender sin pensar en los medios de rechazar los ataques. Entre tanto llega el dia de la defensa, y veos aqui delante de vuestro contrario como un soldado inerme delante de su enemigo. ¿Cómo podriais sostener el choque con ventaja, y á quién se deberá acusar si la buena causa sucumbe? Esto no es mas que una comparacion, pero que quizá encuentre su aplicacion en este auditorio.

Decís en fin que en esos libros solo buscais las gracias del estilo; pero en este caso es preciso decir que os atraen mas algunos adornos frívolos, que no os horroriza la blasfemia, y que los enemigos de Dios dejan de serlo para vosotros desde el momento en que tienen el arte de divertiros. Vosotros sabeis que entre el autor que agrada y el autor que seduce hay una distancia muy corta; tampoco ignorais con cuanta facilidad nos dejamos persuadir por aquello que nos gusta; y sin embargo, el deseo de leer algunas agudezas y algunas frases brillantes ha de contrapesar en vosotros y aun haceros olvidar los grandes intereses de las costumbres y de la Religion. ¡Qué! ¡os ha de arrastrar una curiosidad funesta á conocer por vosotros mismos lo que no podeis conocer sin peligro! Si llegasen á vuestra noticia los estragos que en alguna parte hiciese una peste cruel, ¿no os contentariais, os pregunto, con aplaudir la conducta de aquellos que por su

profesion ó por zelo socorriesen á los desgraciados tocados del contagio? ¿Iríais acaso por mera curiosidad á aquellos mismos sitios á respirar el aire inficionado, para hacer su experiencia en vosotros mismos? Buscais, decís, las gracias de la diccion; ¿pero no ofrecen los siglos de Pericles, de Augusto y de Luis XIV, las ciencias y las letras, la poesía y la elocuencia, las relaciones de los viajeros, la historia de los hombres y la de la naturaleza, y por último los libros santos con sus bellezas originales y su majestuosa sencillez, no ofrecen, digo, una coleccion de bellezas puras, capaces de satisfacer el entendimiento, la imaginacion y el corazon, de agradar á todos los gustos y hacer deliciosos todos los instantes de ocio? ¡Bien avaros, á la verdad, deben ser aquellos para quienes no basten estos tesoros!

Os he manifestado todo lo que me parece condenable en los autores de los libros contra la Religion, en sus propagadores y en sus lectores; y ya habeis debido conocer cuáles son los funestos efectos de esas producciones impías, y que deben ser miradas como los enemigos mas peligrosos de la sociedad.

Sí, Señores; esa constante circulacion de escritos y de libelos perversos que predican todos los dias la rebelion y la impiedad, es una conspiracion permanente contra el altar y el trono; y he aquí lo que nos haria desesperar de la salva-

cion de la patria, si el cielo no se hubiese declarado á favor de la Francia por medio de tantos milagros. Es cierto que en ninguna época ha estado mas extraviada una parte de la juventud que en nuestros dias; pero tambien lo es que jamás otra parte de ella ha sido mas noble y animosamente cristiana. Hace mucho tiempo que la verdad y la mentira, el cristianismo y la incredulidad, la rebelion y la autoridad, estan en un terrible combate. El bien y el mal se estan siempre acechando: aquel con todo lo mas heróico que puede tener, y este con todo lo mas perverso de que es capaz. ¿Por quién pues quedará la victoria? No lo dudeis, Señores; el triunfo se declarará por Jesucristo y sus fieles adoradores, por el trono legítimo y por sus fieles vasallos: lo que aun en medio de presagios funestos deciamos hace algun tiempo, eso mismo repetiremos hoy con mucha mayor confianza, en vista de los prodigios de misericordia de que hemos sido y somos testigos todos los dias.

No, no perecerá ese trono que tantos reyes sabios, valientes y piadosos, han hecho digno de la veneracion del mundo entero, ese trono querido de Dios y de los hombres, que, despues de haber resistido por espacio de catorce siglos todos los vaivenes de la fortuna y del tiempo, parece no haber sido abatido sino para hacer resaltar con mayor brillo la predileccion con que le mira la Providencia.

No, no se extinguirá esa casa augusta, necesaria al reposo de la Europa como á nuestra felicidad, y á la cual ha dado el cielo un vástago milagroso como una nueva prenda de su alianza con ella.

No, no morirá esta Iglesia de Francia, ilustre entre todas las Iglesias, hermosa en los dias de su prosperidad, y mas hermosa aun en los dias de su tribulacion; ella triunfará de los insultos presentes de sus enemigos como ha triunfado de sus furores pasados, y de la pluma de los sofistas como de la cuchilla de los verdugos. Pueda la sangre de sus obispos y de sus sacerdotes, derramada por la fe, ser como una semilla de nuevos obispos y de nuevos sacerdotes, que, uniendo el brillo de la ciencia al de las virtudes, conserven las buenas doctrinas para la felicidad asi temporal como eterna. *Así sea.*

TEMORES Y ESPERANZAS

DE LA RELIGION.

Auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.

Os será quitado á vosotros el reino de Dios, y dado á gentes que rindan frutos de buenas obras.

Matt, XXI, 43.

Tal era la amenaza que en otros tiempos hacia el Salvador del mundo á aquellos Judios obstinados, que oponian el orgullo del entendimiento á la verdad de su doctrina, y la corrupcion del corazon á la santidad de su moral; les anunciaba que por su resistencia á la luz divina merecian ser privados de ella, y que en efecto iria á alumbrar á pueblos mas dóciles, que, sepultados hasta entónces en las sombras de la muerte, saldrian por fin de las tinieblas de sus errores y del cieno de sus vicios : *Auferetur à vobis regnum Dei.*

Esta palabra tuvo bien pronto un triste y fatal cumplimiento : llegó el momento en que el pueblo de Dios cesó de serlo, y en que los hijos

de la promesa fueron reemplazados por los de la extraña. Pablo y Bernabé reciben la órden de predicar el Evangelio á los gentiles; rechazados por los Judíos, salen de la sinagoga pronunciando esta especie de maldicion: « Puesto « que resistis á la palabra de salvacion y os « juzgais vosotros mismos indignos de la vida « eterna, de hoy en adelante nos vamos á pre- « dicar á los gentiles, que asi nos lo tiene or- « denado el Señor (1). » He aquí que los pueblos, envueltos ántes en las mas densas tinieblas del paganismo, ven salir para ellos el sol de verdad y de justicia, miéntras que el pueblo querido de Dios hasta entónces cae en la mas profunda ceguedad, herido de un anatema que aun hoy está pesando sobre él.

¿Y habrán llegado acaso para la Francia estos dias de reprobacion? ¿Habremos, á fuerza de impiedades contra Dios y contra su Cristo, de desprecio á su santa religion y de ingratitud por tantos beneficios milagrosos, habremos cansado la paciencia divina, merecido ser desechados para siempre, y ver la fe tan indignamente ultrajada huir lejos de nuestras tierras, para dejarnos entregados á las disensiones, á las incertidumbres, y á las opiniones vanas y frecuentemente insensatas de una razon débil y orgullosa? ¿O deberemos aun aguardarlo todo

(1) *Act. Apost.*, XIII, 46 y 47.

de la divina misericordia, esperar que los insultos y las impiedades hayan desaparecido á los ojos de la eterna justicia por la adhesion y las virtudes de los verdaderos fieles, y que la antorcha de la fe, oscurecida por tanto tiempo, volverá á aparecer mas luminosa á la manera que el astro del dia aparece mas brillante despues de una negra tempestad? ¿Continuará la Francia siendo el reino cristianisimo, ó dejará de serlo? No es dado al hombre decidir completamente esta cuestion; pero no será inútil examinarla. ¿Debemos esperar que se conserve la Religion en este reino, ó temer que se pierda en él? Estos dos puntos serán la materia del presente discurso. Conociendo cuán fundadamente debemos temer que desaparezca la fe de entre nosotros, nos penetraremos de la necesidad de salir de nuestro letargo, de tomar medidas sabias contra los peligros que nos amenazan, y los medios mas eficaces para evitar el naufragio; y, sabiendo los motivos que deben inspirarnos esperanzas consoladoras, nos sentiremos sostenidos y animados para obrar el bien por la confianza en la divina misericordia, y estaremos mas dispuestos á corresponder á ella para continuar mereciéndola.

No está ciertamente al alcance de un ser limitado como el hombre, conocer y analizar en toda su extension y perfeccion los designios de aquel que vive y reina en la eternidad. Los pen-

samientos de Dios no son como los nuestros, y nuestro deber es adorarlos sin comprenderlos; pues, como dice el Sabio, el que quiera sondear temerariamente la majestad de Dios, será oprimido con el peso de su gloria : *Qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloriâ* (1). Pero, ó Dios mio, vos que nos habeis revelado en vuestros libros santos verdades tan sublimes, que os habeis dignado manifestaros vos mismo á los hijos de los hombres, conversar familiarmente con ellos y descubrirles una parte de vuestros divinos secretos, no os ofendais, Señor, si, reuniendo ahora las luces de la fe y las de la experiencia, intentamos con su auxilio conocer alguna parte de vuestros designios sobre la Francia, no por un espíritu de vana curiosidad, sino para mas humillarnos y abatirnos bajo vuestra mano poderosa, ya nos hiera en su justicia, ya nos perdone en su misericordia.

No, Señores, no deben faltarnos temores acerca de la suerte de la Religion en nuestra patria; si no debemos entregarnos á terrores vanos, tampoco debemos dejarnos arrastrar de ideas presuntuosas. Conozcamos el mal para buscar su remedio; y el temor mismo de ver perdida la fe en nuestro pais, haga que se reanime nuestro zelo para conservarla en él.

Los motivos de temor son la antigüedad misma

(1) *Prov.*, XXV, 27.

de la fe entre nosotros, el estado actual del sacerdocio y el espíritu de impiedad y de indiferencia de nuestros dias.

Antes de la fundacion de la monarquía francesa se habia ya introducido en las Galias la Religion cristiana; cuando Clodoveo la hizo subir con él al trono de los Francos, ya reinaba en las provincias y en muchas de las ciudades florecientes de que hoy se compone este hermoso reino. Desde aquella época memorable en que Clodoveo era el único príncipe católico del universo, nuestra nacion ha sido constantemente gobernada, por espacio de catorce siglos, por reyes católicos, lo que hace un ejemplar único en los anales del mundo. ¡Oh! ¡cuán venerable es por su misma antigüedad esta Iglesia de Francia, rociada ya desde el segundo siglo con la sangre de tantos mártires en las ciudades de Leon y de Viena, que se extendió insensiblemente por todas partes con tanta gloria, á la que ilustraron sucesivamente de edad en edad tantos santos y grandes personajes, y que, por medio de inestimables servicios hechos no solamente á las costumbres, sino al gobierno, á la agricultura, á la educacion, á las letras y á las ciencias, ha pagado con usura la proteccion que recibia del estado! Pero esa misma antigüedad, en que consiste su gloria, es la que causa mis temores; y precisamente la historia de su gloria pasada, de sus antiguas virtudes y de su larga duracion, es

lo que me infunde recelos para lo futuro. Todo se gasta en el mundo presente; y la caida de cuanto en él parece mas sólido y duradero nos manifiesta contínuamente la caducidad de las cosas humanas. ¡Cuántas Iglesias particulares han desaparecido acaso para siempre despues de haber brillado sobre la tierra! En ellas se entibió primero su fervor primitivo, y la santa severidad del Evangelio fué sustituida por la molicie de las costumbres; las herejías vinieron á perturbarlas, y, rompiendo la unidad de su fe, se debilitó esta y por último se apagó enteramente. ¿Acaso nuestra Iglesia no toca tambien, despues de tantos y tan hermosos dias, á los dias de tinieblas y de una desolacion interminable? ¿Qué es hoy de esas Iglesias del Asia, de la Grecia, del Egipto y del Africa, resplandecientes en otros tiempos á los ojos del mundo entero con el brillo de su fe y de sus luces? ¿En dónde estan ahora aquellas Iglesias que hicieron ilustres los Atanasios, los Gregorios Naciancenos, los Basilios, los Crisóstomos, los Ciprianos y los Agustinos? ¡Ah! ya no existe de ellas mas que gloriosos, pero tristes recuerdos. Las Iglesias del imperio griego ¿no han consumado en el siglo XI, despues de muchas turbulencias y perplejidades, un cisma deplorable que aun hoy dura? Esas grandes Iglesias del norte de nuestra Europa ¿no han abjurado tambien su antigua fe en siglos mas próximos, en medio de calami-

dades horribles, separándose de esa Iglesia madre cuyas divinas prerogativas habian reverenciado hasta entónces? ¿Y eran acaso, decidme, mas culpables que nosotros los cristianos de las Iglesias que acabo de nombrar? ¿Merecieron mas que nosotros ser desamparados y abandonados al espíritu del error? ¿Estaba mas colmada que la nuestra la medida de sus prevaricaciones? ¿Habia entre ellos mayor número oculto de almas indóciles, débiles, corrompidas y dispuestas á la desercion? Esto es un secreto de la Providencia; no intentemos penetrarle.

No nos engañemos á nosotros mismos, dando á las promesas divinas una extension que no tienen. Así es que, aunque soplen embravecidos los vientos, y se desencadenen con furor las tempestades contra la Iglesia universal, yo nada temeré por ella, porque creo en la palabra del que ha dicho: « Id pues é instruid á todas las naciones, « he aquí que yo estoy con vosotros todos los dias « hasta la consumacion de los siglos (1). » Del mismo modo, por mas que la Iglesia Romana en particular sea atacada violentamente, arrancados de ella sus pontífices, cargados de cadenas ó inmolados, tampoco concebiré temores por ella; podrán sí afligirme semejantes tempestades, pero siempre me inspirará seguridad la palabra del que dijo á Pedro y á sus sucesores en su reinado espiri-

(1) *Matt.*, XXVIII, 19, 20.

tual : « Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edifi-« caré mi Iglesia, y las puertas del infierno no « prevalecerán contra ella (1). » Palabras que se han verificado, por espacio de mil ochocientos años, por una serie de victorias conseguidas sobre los heresiarcas, los bárbaros y los perseguidores. Pero la Iglesia de Francia no tiene promesas que le aseguren una duracion eterna ; no es mas que una porcion de la herencia de Jesucristo, y cuanto mas ha resplandecido, tanto mas temo que sufra la suerte de las cosas de este mundo, que la debilidad suceda en ella á la fuerza, el desmayo á la robustez y la muerte á la vida.

Aun si todo se limitase á este motivo general de temor, y si no presentase la Iglesia de Francia, aunque tan antigua, señales particulares de vejez y de decadencia, podríamos estar mas seguros; pero considerad el estado en que se encuentra el sacerdocio, y en él hallaréis un motivo para temer fundadamente por la Religion. En efecto, la Religion no se extiende ni se conserva en un pais, sino por el zelo y las lecciones de sus ministros; por ellos reina en los campos y en las ciudades, habla al oido y al corazon de los pueblos, y llega á ser la regla comun de la creencia y de la conducta; por ellos se catequiza á la niñez, se dirige á la juventud en medio de los peligros que la rodean, se atrae á la edad mas

(1) *Matt.*, XVI, 18.

avanzada á la consideracion de los destinos eternos, y se consuela y anima á la vejez en sus últimos momentos. Pero si la miés es grande, y pequeño el número de obreros; si el trabajo de estos no basta para las necesidades de los pueblos, ¿no deberá esto causar sobresaltos para lo futuro, asi como nos espanta en lo presente? Y en la suposicion, que nada tiene de quimérica, de una grande escasez de ministros del altar, ¿cómo podrá la Religion florecer y perpetuarse entre nosotros? ¿Y á que consecuencias no nos expondríamos si no se remediase esta escasez de ministros? Los ejercicios del culto cesarian ó serian mas raros; la ignorancia seria mas comun y las cosas santas mas descuidadas; llegarian á prevalecer el olvido, la indiferencia, el desprecio, el tédio y el horror hácia la verdad; se iria abandonando la práctica aun de lo mas sagrado hasta quedar de ello tan solo una memoria confusa: de aquí se originaria una mezcla extravagante de creencias piadosas y de opiniones supersticiosas, de prácticas laudables y de observancias ridículas; se envileceria el augusto semblante de la Religion, desapareceria la santa majestad de nuestros misterios, y la fe decaeria hasta perecer por último con el sacerdocio.

¿Y quién, Señores, no se consternará á la vista de esta espantosa multitud de Iglesias que carecen de pastor, de ese grande número de sacerdotes

que sucumben al peso de los años sin haber quien los reemplace, ó que arrastrando su vida en medio de crueles enfermedades no pueden prestar sino muy cortos servicios; y de esos jóvenes ministros del altar, que, agobiados cada uno en particular con un peso repartido en otro tiempo entre muchos, perecerán en la flor de la edad consumidos de fatiga? ¿Será pues cierto que en el reino cristianísimo hay quince mil plazas vacantes en el estado eclesiástico por falta de personas que las ocupen (1)? ¿Quién llenará este inmenso vacío? La tumba está siempre abierta para tragar las víctimas que la muerte arrebata incesantemente al estado eclesiástico; y la lista que de ellas se publica todos los años, llena de amargura nuestro corazon, sin que nos quede el consuelo de ver completamente reparadas las pérdidas del santuario. Es preciso decirlo: desde que despojada la Iglesia no ofrece ya á las familias, no diré riquezas, sino una subsistencia honrosa; desde que la suerte del sacerdocio es tan precaria é incierta, y está á la merced de los caprichos de los hombres ó de los sucesos; desde que se ve rodeado de sospechas odiosas, importunado por una vigilancia recelosa, perseguido por el odio, ridiculizado y hecho objeto del desprecio y de la irrision pública, y tolerado mas bien que honrado; desde

(1) Este discurso ha sido pronunciado en 1820.

que se ha mirado como la obra maestra de la política el despojarle de toda prerogativa; desde que se han atrevido á acusarle de un espíritu de dominacion porque procura perpetuarse, y de un espíritu de avaricia porque pide pan; en una palabra, desde que se halla en medio de tantos ultrajes y de tanto desamparo, ¿qué es lo que hemos visto? Sobresaltarse las familias, no solamente en las clases elevadas, sino en las medianas, al notar en sus hijos el menor anuncio de un principio de vocacion al sacerdocio; contrariarle en lugar de fomentarle, y designar con desprecio el estado eclesiástico como propio únicamente de la clase indigente. Y si continuasen disposiciones tan desfavorables, ¿cómo podrá el sacerdocio perpetuarse con dignidad, y ejercer en el ánimo de los pueblos una influencia capaz de conservar entre ellos la Religion? Dentro de algunos años habrán ya desaparecido los ancianos del episcopado y del sacerdocio, y con ellos todo lo que era capaz de darle autoridad; no quedarán mas que algunos restos diseminados, miéntras que, hambrientos los pueblos por el alimento espiritual, en vano pedirán el pan que da la vida, porque no habrá quien se le distribuya; y entónces será cuando, sentado el genio de la impiedad sobre las ruinas de nuestros templos demolidos, podrá vanagloriarse de sus triunfos.

¡Oh Iglesia de Francia! ¡Que manos sacrílegas

te han arrebatado tu esplendor y tu hermosura! ¡En que abismo de desconsuelo te veo sumergida! Llevas, es cierto, en tu frente nobles cicatrices que te llenan de gloria; pero esas señales de tu valor son tambien las de tus desgracias. ¿A quién no enternecerán tus largos y crueles infortunios? Es cierto que yo no te he visto tan rica en doctrina y en virtud como en los tiempos de Bossuet, de Fenelon, de Berulle y de Vicente de Paul; pero te he visto, ántes de la época de nuestros desastres, floreciente todavía por el grande número de pastores dedicados á la instruccion de los pueblos, por tus doctores llenos de conocimientos, y por todos los medios de perpetuar el ministerio evangélico, juntamente con la ciencia que debe ser patrimonio suyo. ¡Ah! hoy te veo sentada sobre sepulcros, como una viuda desconsolada, llorando los ministros que has perdido, y temiendo que no hayan de tener sucesores. ¡Oh Iglesia de Francia, tan hermosa en otro tiempo entre todas las Iglesias! ¿Te estará reservado tal exceso de oprobio y de esterilidad? ¡Ah! Señores, tiemblen los que anhelan la extincion del sacerdocio; tiemblen ver cumplidos sus deseos! ¡Que ceguedad! ¡No ven las calamidades que esto les atraeria á ellos mismos, y que entónces caerian precipitadas en una misma sima la Religion con el sacerdocio, y la sociedad con la Religion!

¿Pero el mal que toca curar al sacerdocio, es

acaso tan extenso y tan profundo que se le deba mirar como incurable? Examinémoslo.

No faltan remedios contra la barbarie : el Evangelio suaviza los genios feroces, somete al yugo del deber los caractéres mas agrestes, y la mas brutal energía se convierte á veces por él en un vigor favorable á la virtud. Así, cuando los Francos cayeron sobre la Galia, ya en parte cristiana, el Evangelio los civilizó y la religion del pueblo vencido llegó á ser la del pueblo vencedor. No faltan remedios contra la ignorancia : es cierto que blasfema de lo que no conoce; pero cuando se le presenta la verdad, esta tiene siempre para ella el atractivo de todo lo nuevo, y no en vano brilla su luz en medio de las tinieblas. Cuando San Cárlos Borromeo fué nombrado arzobispo de Milan, una parte de los pueblos y aun del clero que debia gobernar, estaba sumergida en la mas vergonzosa ignorancia; pero su zelo la ilustró, y, esparciendo por todas partes la verdadera luz, reanimó todas las virtudes. No faltan remedios contra los vicios y los escándalos : miéntras que la fe vive en las almas, hay siempre un punto á que dirigirse; se las puede persuadir por medio de las promesas, ó aterrar con amenazas que estan muy lejos de mirar como un juguete. Despues de las largas y crueles disensiones que terminaron al advenimiento de Luis XIV al trono, y que habian introducido una lastimosa relajacion en las cos-

tumbres y en la disciplina, unos hombres suscitados por Dios, hablando en nombre de una religion olvidada mas bien que despreciada, renovaron el espíritu del sacerdocio y el espíritu del cristianismo, é hicieron del siglo XVII uno de los mas hermosos siglos que pueden presentar los anales de la Iglesia. La historia de esta ofrece continuamente iguales ejemplos, y á cada paso nos presenta paganos convertidos, ignorantes ilustrados y prevaricadores restituidos á la virtud. Pero ¿quién curará esa apostasía razonada de los cristianos que ultrajan la verdad despues de haberla conocido, esa incredulidad armada de sofismas contra la Religion y ese orgullo que rechaza la luz? Desde que el torrente de la impiedad rompió, hace treinta años, todos sus diques, no ha dejado de inundar á la Francia entera, y aun infesta con sus aguas apestadas los campos lo mismo que las ciudades. ¡Ah! si á lo menos retrocediese hoy horrorizada de sus propios estragos; si á lo menos dejase á la Religion trabajar en paz para repararlos: pero no, lejos de callarse, tiene sus tribunas, sus asambleas y sus apóstoles; habla por millares de bocas, de libelos y de periódicos, que perpetúan sus blasfemias, sus irrisiones y sus calumnias; y que, para hacer nuestro ministerio inútil y odioso, inspiran hácia él, por medio de sus imposturas, el odio y el desprecio. Jamás, jamás tan grandes obstáculos se han opuesto á nuestros esfuerzos.

¡Que espíritu el del siglo presente! ¿No forma él una barrera insuperable al restablecimiento de la Iglesia de Francia, y al triunfo del cristianismo en nuestra patria? La Religion supone la intervencion especial de una Providencia enteramente paternal, que ha querido manifestarse á los hombres para ilustrar su ignorancia y para curar sus vicios; pero el espíritu del siglo es un espíritu de ateismo que no conoce á Dios mas que en el nombre, ó que no proclama su existencia sino para blasfemar de su sabiduría, declarándola indiferente al gobierno de las cosas humanas. La Religion se gloría y se apoya en el sufragio de esa multitud de hermosos ingenios que, durante diez y ocho siglos, la han profesado é ilustrado con el brillo del talento, del saber y de las virtudes; pero el espíritu del siglo es un espíritu de desprecio á la autoridad, un espíritu que, no respetando nada de lo que ántes ha existido, no honra la memoria de las generaciones pasadas, así como tampoco ha perdonado sus sepulcros; y que parece creer que la era del entendimiento humano no remonta mas allá de treinta años. La Religion exige un espíritu prudente y dócil; pero el espíritu del siglo es un espíritu de loca independencia, que se creeria humillado por tributar adoracion á la Divinidad, ó que consentiria en abatirse ante los señores de la tierra con tal que tuviese libertad para blasfemar del Señor del cielo. La Reli-

gion exige del hombre la vigilancia sobre sí mismo y el imperio sobre sus inclinaciones desarregladas; su ley es una ley de sacrificios; enseña á vivir para los demás, y nos presenta en un porvenir inmortal la recompensa de los esfuerzos y de los combates de la virtud : pero el espíritu del siglo es un espíritu de egoismo que no tiene mas Dios que las riquezas, mas moral que el interés, mas culto que el placer, ni mas esperanza que la nada. Ahora, Señores, yo os pregunto : ¿Presentan nada semejante los siglos pasados? ¿Ha tenido que luchar el cristianismo en ninguna época contra enemigos tan poderosos? En efecto, ¿cuáles han sido sus enemigos hasta ahora? ¿Los idólatras? pero es mas fácil atraer los infieles á la fe que restituir á ella los apóstatas. ¿Los perseguidores? pero la Religion teme menos la espada y el fuego que el insulto y el desprecio. ¿Los herejes? pero aquellos novadores respetaban á lo menos el fondo del cristianismo. ¿Los hombres licenciosos? pero estos no intentaban justificar con razones el escándalo, ni reducian el vicio á sistema. ¿Los espíritus incrédulos? pero la incredulidad no dominaba al mundo sabio y literario; y sobre todo, los ateos eran muy raros y se ocultaban en la oscuridad. Es pues única en los anales de la Religion la época á que hemos llegado. Y ¿cómo podrá conservarse la Religion en medio de tantas nuevas causas de ruina? ¿Qué podre-

mos esperar en su favor? Esta es la segunda reflexion.

Exponiendo los motivos de temor respectivos á la Religion, hemos desempeñado la parte mas penosa del objeto que nos habíamos propuesto; ya es tiempo de tranquilizar vuestro espíritu con reflexiones mas dulces y consoladoras, exponiéndoos los motivos de nuestras esperanzas. Aunque los secretos de Dios sean impenetrables, nos deja sin embargo percibir á veces algunos rayos de luz que nos hacen como adivinar en lo que nos descubre aquello mismo que nos oculta, y son como avisos saludables que nos envia. Así, aun en medio de los sucesos inauditos de que hemos sido testigos, y en el tiempo mismo en que hemos experimentado los golpes de su justicia, hemos recibido, á mi parecer, prendas seguras de su misericordia; de modo que, si no debemos dejar de temer, debemos mucho menos dejar de esperar. Estas prendas de seguridad son, en mi concepto, la conducta del episcopado francés, el regreso milagroso de la familia real y la actual disposicion de los ánimos: continuemos.

El poderoso arquitecto del edificio espiritual llamado la Iglesia, le ha edificado poniendo por cimiento de él á los Apóstoles y á los sucesores de estos en su santo ministerio. A sus primeros discípulos, y á los obispos como herederos de su divina mision, es en efecto á quienes confió

principalmente el cuidado de enseñar á los pueblos, de conducirlos por los caminos de la verdad y de defender el depósito de la doctrina contra los ataques del error. Cuando estos saben defenderla con valerosa fidelidad, todo debe esperarse; pero si tienen la debilidad de abandonarla, todo debe temerse: de tal modo que, segun los designios ordinarios de la Providencia, la suerte de la fe en un pais depende del valor ó de la desercion de los que son sus primeros custodios. Recordad ahora cual fué la conducta de nuestros obispos hace treinta años. Fórmase el horrible proyecto de derribar al mismo tiempo el altar y el trono; y, siguiendo la idea de dividir para destruir, se realiza una reforma del estado eclesiástico, en la que se violan sus mas sagrados derechos en las cosas de su jurisdiccion; y, con una conducta no menos hipócrita que nueva, alaban los impios mismos los dias de la primitiva Iglesia, y pretenden hacerlos revivir por medio de medidas que no podian producir sino sangrientas persecuciones. ¿Qué harán en este caso nuestros pontífices? ¿Darán oidos á la voz de la carne y de la sangre, y seguirán los consejos de una politica mundana? ¿Debilitarán acaso su valor, y les harán sacrificar la causa de la fe, los interéses privados, el brillo de la dignidad, los hábitos de una vida dulce y cómoda, el amor tan natural del descanso, y el temor de arrojarse en peligros y desgracias sin fin? Ved aquí

lo que podia temerse de muchos de ellos; pero no será así. Los ancianos como los jóvenes obispos forman una santa falange contra el enemigo comun; llega el momento del combate, y en el seno de la primera de nuestras asambleas políticas se interpela á uno de nuestros pontífices que aun vive, y se le propone un juramento que su fe reprueba, pero se niega valerosamente á prestarle; son llamados otros despues de él, pero todos siguen su ejemplo; y convencidos entónces sus enemigos de que pueden perseguirlos, pero no vencerlos, desisten de un requerimiento que los llena de confusion. ¡Dia inmortal! vivirás eternamente en los fastos de nuestra Iglesia para gloria de la Religion y vergüenza de la impiedad. ¡Que hermoso espectáculo, Señores, ver á ciento y treinta obispos sobreponerse por su fe á todos los peligros, sacrificar su reposo á su conciencia, preferir el destierro á la apostasía, morir víctimas del deber, ó presentarse en las naciones extranjeras con toda la integridad de una fe que nada pudo menoscabar! Pocas grandes Iglesias, desde el nacimiento del cristianismo, habrán dado al mundo un espectáculo tan hermoso. Permanecieron pues firmes, en medio de las borrascas, las columnas de la Religion; en nada prevaricó el episcopado francés encargado de defenderla; era pues necesario que se restableciese y que triunfase por fin.

Entretanto se levanta en medio de las ruinas y de los cadalsos un simulacro de Iglesia, hija del terror, y apoyada por un poder temible; ¿pero podrá durar mucho tiempo? No, la tierra de San Luis repele el cisma y la herejía. Dios, que hace servir á los hombres á diferentes designios que los suyos, concede entre nosotros á un mortal un poder inmenso; descarga este su brazo sobre el edificio del error, y el edificio se desploma de un extremo á otro de la Francia. Podrán todavía agitar los ánimos algunas disputas teológicas; pero el cisma cesa, la fe se asegura, y por último no habrá mas que un rebaño y un solo pastor: ¡recompensa magnífica del zelo de nuestros prelados en defender la unidad del ministerio pastoral así como la de la fe! No es esto lo que pasó en aquellas partes de la Europa en que se perdió le fe en el siglo XVI. Es cierto que en Suecia, en Dinamarca y en los principados de Alemania, resistió el episcopado á las novedades profanas; pero su resistencia no fué tan universal, tan firme, ni tan constante como lo ha sido entre nosotros. Ved en particular la Inglaterra: sus obispos ceden, es cierto, mas bien por temor que por persuasion; pero al fin ceden y reconocen en Enrique VIII una supremacía espiritual que el cielo no ha concedido á los príncipes de la tierra: ¡debilidad funesta que jamás han podido reparar! Apenas hubo algunos que se mostrasen fieles hasta la muerte, y de este número fué el

sabio y piadoso obispo de Rochester, uno de los mas grandes hombres que habia entónces en Inglaterra. La Francia vió por el contrario á casi la totalidad de sus pontífices oponer una magnánima resistencia que el cielo debia por último bendecir y coronar. Cuando se dieron contra ellos los decretos de persecucion, cuando la tempestad comenzó á resonar sobre sus cabezas, un orador pronunció desde la tribuna política estas memorables palabras: « Vosotros los « arrojaréis de sus palacios, pero ellos se refu- « giarán en las cabañas; les arrancaréis su cruz « de oro, pero ellos la llevarán de madera; y « tened presente que una cruz de madera fué la « que salvó al mundo. » No lo habian olvidado nuestros pontífices; todo lo abandonan por seguir la cruz, se conducen como verdaderos discípulos del Salvador de los hombres, y la cruz abatida entónces por todas partes, por todas se levanta despues. Si, Señores, la cruz ha triunfado del cisma, de las persecuciones y de los ataques de la impiedad, y triunfará tambien del menosprecio y de la indiferencia.

¿Y cuánto no debe aumentar nuestras esperanzas el maravilloso regreso de los Borbones? No puede ciertamente pensar ningun cristiano que la suerte de la Religion dependa únicamente de los que gobiernan, y que estos puedan conservarla ó destruirla segun su voluntad: no, la Religion no se apoya en un brazo de

carne, como dicen nuestros libros santos (1); se complace, sí, en ser protegida por las potestades de la tierra, pero no depende de ellas; la afligen sus persecuciones, pero de todas sabe salir victoriosa. Durante los tres primeros siglos se vió privada de todo auxilio de los señores del mundo; pero á pesar de eso sobrevivió á la caida del imperio romano. Perecen los reyes y los reinos, pero ella permanece; y seria desconocer la mano divina que la ha establecido y la sostiene, creer inseparable su destino del de una familia por augusta que pueda ser. Pero tambien, al considerar que la familia reinante ha conservado siempre la mas profunda adhesion á la fe, y que ha sido restablecida en el trono de sus mayores por una serie de sucesos prodigiosos, no puedo menos de persuadirme de que Dios tiene designios de misericordia sobre la Iglesia de Francia, como sobre esta ilustre casa que se ha gloriado siempre de ser su apoyo.

Bien sabeis, Señores, que, conmovida la monarquía francesa por los mas terribles vaivenes que jamás han agitado el mundo social, se desplomó por fin sobre sus antiguos cimientos; nuestra nacion pasó por todos los extremos de la licencia y de la tirania. Tan pronto se la vió devorada por la anarquía, tan pronto gimiendo

(1) II. *Paralip.*, XXXII, 8.

bajo un cetro de hierro; cae al golpe de la cuchilla de los verdugos la mas augusta de todas las víctimas; andan errantes en tierras extranjeras los restos de la familia real; veinte y cinco años de destierro y de infortunio han pasado sobre su cabeza: los corazones franceses pueden bien consagrarle sus lágrimas, comparar llenos de amargura su antigua gloria con su humillacion, y felicitar á nuestros padres por haber vivido bajo sus leyes; pero de tal modo está perdida la esperanza, que apenas se atreven ni aun á concebir deseos en su favor. Todo lo que se ha intentado por ella, ha sido en vano; los esfuerzos mas heróicos no produjeron mas que calamidades, y todos los recursos humanos parecen ya enteramente agotados. Solo, sin tropas y sin apoyo, ¿qué puede hacer el heredero de sesenta reyes para subir al trono de sus padres? Que poder tienen todos sus títulos sin la fuerza y contra la fuerza? Bien puede él mostrarse mas grande que su desgracia, y admirar á la Europa por su magnanimidad como por sus luces; pero en fin todos los caminos para el trono de Francia parecian estarle cerrados para siempre. En este estado toman de repente las cosas un aspecto imprevisto: conmuévese la Europa entera, marcha sobre la Francia, y veinte pueblos diversos atraviesan nuestras fronteras. En medio de tantos combates y desastres ¿cuál será la suerte de nuestra patria? ¿Qué será de esta capital? ¿Qué?

Dios tiene en sus manos el corazon de los pueblos y de los reyes, y por ellos va á manifestar sus designios ocultos por largo tiempo sobre los hijos de San Luis. Esos torrentes de odio y de venganza que, precipitados del fondo del norte y engruesados en su marcha, inundaron nuestras provincias y amenazaban arrasar esta capital, vienen á deshacerse al pié de sus débiles murallas, á la manera que el furor de los mares expira en las arenas de sus riberas. La Francia volverá sí á sus antiguos límites; pero tal como es, aun ofrece, bajo la influencia del mismo cielo, de unas mismas costumbres, de unas mismas leyes, de una misma religion y de una misma lengua, la mas hermosa reunion de hombres civilizados que haya alumbrado el sol. ¿Y quién deberá reinar en ella en adelante? ¿Quién? No lo dudeis, reinará aquel á quien reclaman los deseos de la Francia, y al que designa la ley fundamental del estado: cesarán los odios y las rivalidades; cederá la ambicion á la justicia, y los reyes y sus pueblos serán todos franceses. Es el grito de la Europa, es la voz de la Providencia la que llama á los Borbones, y ellos aparecen en medio de nosotros con las dulces y magnánimas virtudes de sus antepasados, con aquella madurez hija de la experiencia y de la desgracia, y con un no sé qué de mas augusto que los grandes infortunios imprimen en las grandes familias. ¿Quién de nosotros no contempló entónces

con sentimientos de una tierna y profunda veneracion á la heróica hija de los Césares, que el cielo restituia milagrosamente á nuestro amor, á la que la grandeza no pudo deslumbrar y que fué tan magnánima en su desgracia? ¿Y quién de nosotros dejó de exclamar con dulce enajenamiento: ¡Oh! todo esto es ciertamente obra de Dios? Aléjanlos de la capital nuevas conmociones; pero un nuevo milagro vuelve á traerlos. La revolucion y la impiedad bramarán al rededor del trono, pero el trono se consolidará; se tramarán maquinaciones, pero todas se frustrarán. En medio del tumulto y del choque de las opiniones, permanecerán indecisos los ánimos, y la nave del estado flotará sobre abismos; pero el cielo la salvará del naufragio. Entre tanto un facineroso oscuro medita entre las sombras y consuma el mas horroroso atentado; pero ved al mismo tiempo como se burla el cielo, cuando le agrada, de los proyectos de los malvados. Una mano parricida habia querido agotar en su orígen la sangre de Enrique IV; pero ya no era tiempo y una gota se habia libertado del acero homicida; el malvado creyó dejar una viuda sin esperanza y sin consuelo, pero ya esta llevaba en su seno la fortuna de la Francia. Una princesa jóven, débil y tímida en la apariencia, se convierte de repente en una heroina valerosa; nada la turba ni la desconcierta; conoce que es depositária de las esperanzas de la

patria y se muestra digna de sus altos destinos. El cielo habia dado á los corazones franceses yo no sé qué especie de certidumbre de que naceria un príncipe que seria el salvador de su pais, y en efecto nace un hijo de la Francia concedido por Dios á sus gemidos y á sus oraciones. Así, en el hijo como en la madre, y en su conservacion como en su nacimiento, todo es prodigioso; y ¡cuáles no serán los destinos de este niño milagroso! Será el rey de su siglo; será un héroe, el hijo de esta jóven heroina; como el Bearnés, ha gustado al nacer los símbolos de la salud y de la fuerza; será digno de su estirpe, aquel cuya madre ha excedido en valor á Juana de Albret; será el padre de sus súbditos por su bondad, y será sobre todo su rey por su justicia. Sometido él mismo á las leyes, abatirá cuanto intente hacerse superior á ellas, y no en vano llevará la espada. Podrá quizá experimentar mil contrariedades; pero es hijo de una madre cuyas desgracias no han servido mas que para elevar su alma é inflamar su valor; desciende de san Luis y de Enrique IV, y sabrá á ejemplo del primero defender su trono contra los rebeldes, ó conquistarle como el segundo. Ante él enmudecerá la impiedad, no porque inquiera las conciencias que no pertenecen mas que á Dios, sino porque averiguará las obras que pertenecen á la ley; hará respetar lo que debe respetar todo hombre honrado, y co-

nocerá que un príncipe debe, para reinar él mismo, hacer que reine aquel por quien reinan los reyes. Yo no estoy destinado á ver la prosperidad y la gloria de su reinado, ni aun siquiera veré su aurora; pero puedo al menos saludar de lejos á este nuevo san Luis, y regocijarme en su nacimiento, que es como la prenda de la reconciliacion del cielo con la tierra, y de su nueva alianza con el pueblo francés y la familia de nuestros reyes. Si, aquellos á quienes el impío y el sedicioso querian desechar, serán todavía la piedra angular del edificio; y los Borbones, los padres de la Francia, continuarán reinando en los siglos venideros para hacer reinar con ellos la Religion. Dios así lo quiere, y si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contrà nos* (1)?

No os he ocultado, Señores, cuánto deben sobresaltarnos los estragos de la impiedad; pero tambien es preciso mirar las cosas con imparcialidad, sin exageracion, y conocer á fondo todas las disposiciones favorables que el cielo ha inspirado á un gran número de almas. Si las clases elevadas de la sociedad, desde las cuales bajó la irreligion hasta las mas oscuras, no hubieran sido ilustradas y corregidas por la desgracia; si todos los hombres notables por su

(1) *Roman.*, VII, 31.

talento abusasen de él para combatir las buenas doctrinas, en lugar de emplearle en defenderlas; y si, por último, poseidos los pueblos de un delirio frenético, tanto en la capital como en las provincias, desechasen universalmente la mano que quisiera curarlos, las llagas de la Francia serian entónces desesperadas, como hablan los libros santos (1), y se podria mirar como incurable el mal que la aqueja hace ya un siglo: pero felizmente no es así.

No diré yo que todos los que por su nacimiento y dignidades ocupan el primer lugar en la sociedad, sean sinceramente cristianos; no, pero es indudable que en esta clase se cuenta hoy mayor número de hombres y de mujeres de una virtud eminente, que el que ántes se contaba; conocen mejor la necesidad de la Religion; honran lo que ántes tuvieron la desgracia de despreciar, y á lo menos el respeto exterior ha reemplazado á la irrision y á la blasfemia.

Es cierto, por desgracia, que en el mundo sabio y literario se abusa con exceso de la ciencia y del talento, y que en él se encuentran demasiadas plumas licenciosas é impías; pero tambien es preciso reconocer que en el dia nuestros escritores mas elocuentes, mas distinguidos por su talento y por la elevacion de sus ideas y sentimientos, reverencian y defienden la Religion.

(1) *Mich.*, I, 9.

Es cierto, por último, que en todas las clases de la sociedad, así en las aldeas como en las ciudades, se encuentran hombres indiferentes, enemigos de la Religion, impios declarados, y aun algunos muy furiosos; pero al mismo tiempo los pueblos estan ya generalmente cansados de impiedad y de licencia. Sí, Señores, por todas partes se nota hallarse ya fatigados de turbulencias anárquicas, disgustados de esas máximas engañosas que prometian la felicidad, y solo han producido calamidades; y por todas se manifiesta un amor inmenso al reposo, disposiciones preciosas para saber apreciar estas doctrinas morales y religiosas que son el verdadero apoyo del órden y de la tranquilidad pública. Así, ¿qué es lo que hemos visto de algunos años á esta parte? Ciudades y provincias enteras que de un extremo á otro de la Francia han despertado al sonido de la trompeta evangélica, y que, lejos de mostrarse enemigas de la palabra santa, se han manifestado sedientas de ella, y han colmado de bendiciones á los que se la anunciaban; sin que entre tantas ciudades, grandes y pequeñas, como han sido evangelizadas haya habido mas que una, de la que hayan tenido que alejarse los obreros evangélicos por los frenéticos clamores de un puñado de facciosos. Por todas partes han sido llamados, deseados y recibidos con entusiasmo para la enseñanza de la niñez, esos modestos maestros conocidos con el nom-

bre de *hermanos de la doctrina cristiana;* por todas partes se ha favorecido la propagacion de esas sociedades, antiguas y modernas, de hijas de la caridad, que se dedican á la enseñanza de las niñas; por todas partes se han formado santas asociaciones para el socorro de los pobres, de los presos y de los húerfanos desamparados; por todas partes ha contribuido la caridad de los fieles á fundar escuelas preparatorias para el sacerdocio; y limosnas copiosas han suavizado por todas partes los males causados por la intemperie de las estaciones ó por otras plagas. ¿Y no deberemos ver en todo esto mas bien las señales consoladoras de reanimarse la fe, que los tristes síntomas de acabarse la Religion? Aun hay en Francia y circula por sus venas un espiritu de vida; aun arde en ella ese fuego divino de la caridad, carácter distintivo del cristianismo, y que, si llega á tomar nuevo incremento, hará de ella una tierra de bendicion. Yo ignoro por que medios acabará su obra la Providencia. ¿Quién hubiera previsto hace seis meses que habíamos de estar hoy en el estado en que nos hallamos? Pero unos milagros llaman á otros milagros, y la mano que ha dado á la sociedad este impulso hácia el bien, le continuará á pesar de todos los obstáculos. Yo no diré de que instrumento se servirá para realizar sus designios; pero diré que se ha explicado bastante á favor de la Religion, para deber nos-

otros esperar su triunfo. En nada tengo los proyectos, las amenazas y las conjeturas de sus enemigos; ellos han sido confundidos y lo serán tambien en adelante : la fe da frecuentemente acerca de lo futuro luces que no tiene la sabiduría hamana. Citaré algunos ejemplos. Cuando Pio VI, aquel pontifice de inmortal memoria, fué arrebatado de sus estados y arrastrado cautivo hasta al seno de la Francia, donde debia acabar su vida, la impiedad se llenó de gozo y felicitó públicamente al género humano por haberse roto para siempre el cetro de la superstición; pero el católico mas ignorante sabia en esto mas que todos los supuestos sabios, y se burlaba de sus vanas predicciones. Dios llama del fondo del norte á los guerreros que libertan la Italia, y en medio de una calma profunda se nombra un sucesor á Pio VI. Una maquinacion meditada, al parecer, con mas profundidad y prevision, le hace á este cautivo de un conquistador desapiadado; repítense las mismas voces de alegría en el campo de los impios, pero se renuevan tambien las esperanzas de parte de los fieles. Dios saca de los tesoros de su sabiduría recursos imprevistos, y, despues de cinco años de destierro y de padecimientos, vuelve Pio VII á la capital del mundo cristiano. No hace mucho tiempo que nuestros enemigos profetizaban contra el altar y el trono; nosotros les deciamos que la Francia no queria renunciar ni á su Dios ni á

sus reyes, y que veriamos milagros; los hemos visto en efecto, y los veremos todavia. Si, la Providencia se ha explicado por medio del nacimiento de un príncipe tan deseado y tan necesario; la Francia entra en una nueva carrera de gloria y de prosperidad; por ella marchará bajo la bandera de la cruz y de las lises, y, en tanto que merezca ser llamada el reino cristianisimo, no dejará de ser una de las mas florecientes monarquias del universo.

SOBRE

LA UNION Y EL APOYO RECIPROCO

DE

LA RELIGION

Y

DE LA SOCIEDAD.

Se han extendido en nuestros dias dos errores capitales, de los que el menos temible bastaria, si llegase á prevalecer, para trastornar todo el mundo social. Los unos no ven en la Religion mas que una quimera, una supersticion y una fuente inagotable de calamidades; los otros solo la miran como un auxiliar, útil acaso, pero siempre peligroso, y al que por tanto se debe incomodar y fatigar con una vigilancia recelosa. Aquellos quisieran romper todo pacto con el cielo para mejor asegurar, segun dicen, el reposo de la tierra; estos, sin romper todos los vínculos que unen al hombre con la Divinidad, emplean todos sus esfuerzos en debilitarlos: los primeros quisieran desterrar á Dios hasta del pensamiento; los segundos, desterrarle de las leyes y de las ins-

tituciones. De un lado, es un ateismo de conducta y de principios que mata la sociedad; del otro, un ateismo político que acarrea su disolucion: los unos son ciegos que blasfeman contra la luz; y los otros, imprudentes que nada temen tanto como el recibir su saludable influencia.

Felizmente hay en el hombre un instinto divino que desecha la nada de esas engañosas doctrinas; por fortuna hay aun entre nosotros generosos y fuertes defensores de las verdades sagradas, así como almas virtuosas, cuya conducta patentiza la utilidad y la hermosura de la Religion; ¡y pluguiera al cielo que no hubiese ninguno de esos seres perversos cuyos excesos y crímenes prueban demasiado la necesidad de la Religion! A nosotros ministros de ella y depositarios de las sanas doctrinas, nos toca principalmente defenderla contra sus enemigos sin dejarnos alucinar por sus clamores; á nosotros nos toca precaver á la juventud contra paradojas de que la experiencia la desengañaria tarde ó temprano, y hacerla conocer bien que fundar el edificio social sin Dios, es sentarle sobre la nada, ó que edificar sin una religion profundamente venerada, es edificar sobre una base insegura y ruinosa.

Será, pues, obedecer á un mismo tiempo la voz de la Religion y la de la patria, hacer ver lo que una y otra se deben mútuamente y como depende de su alianza la felicidad general. Pri-

meramente diré lo que la Religion hace á favor de la sociedad, y en seguida lo que la sociedad ha hecho siempre y debe hacer aun á favor de la Religion.

No puede concebirse sociedad civil sin una autoridad suprema que vele por la seguridad comun, sin leyes que arreglen lo concerniente á los bienes y á las personas, y sin deberes impuestos á los diversos miembros del cuerpo social. Por consecuencia, autoridad, leyes y deberes, son las tres cosas que constituyen la sociedad, y esto es lo que la Religion tiene la inapreciable ventaja de fortalecer para el bien de todos. La Religion fortalece la autoridad, dándole un orígen sagrado; fortalece las leyes, presentándolas como reglas de conciencia; fortalece los deberes, ofreciéndoles por medio del juramento una garantía enteramente divina.

He dicho en primer lugar que la Religion afirma la autoridad dándole un orígen sagrado: tomemos aquí las cosas desde mas arriba. Es una máxima dictada por la sana razon y consagrada por la Religion, que Dios es el autor del mundo moral, lo mismo que del mundo material; que ha dado leyes á la naturaleza inteligente así como á la naturaleza corpórea, y que dirige los destinos de los pueblos así como los movimientos de los astros. No hay en efecto mas que un solo criador, un solo legislador y un solo soberano del universo: de él, como orígen único de

la vida, inteligencia increada y poder sin límites, emana toda vida, toda inteligencia y todo poder en las criaturas; y él es quien comunica la autoridad á los padres sobre sus familias, á los señores sobre sus criados, á los magistrados sobre la ciudad y á los gobiernos sobre los pueblos confiados á su cuidado. Al destinar al hombre al estado de sociedad, le hizo nacer con facultades, necesidades é inclinaciones que dicen relacion con la vida social. No, la Providencia no ha abandonado á las investigaciones ni á la invencion de los hombres los primeros vínculos de la sociedad, sino que los ha hecho derivar de la naturaleza misma de las cosas que ha establecido; el órden solo en el que quiere que la especie humana se perpetúe, se desarrolle, se perfeccione y se instruya, ha puesto á unos en un estado de superioridad, y á otros en un estado de inevitable dependencia. Las mútuas relaciones entre los padres y los hijos no son arbitrarias: si el padre tiene deberes que cumplir, tiene tambien derechos que ejercer. En todos los pueblos ha sido en cierto modo sagrada la autoridad paternal, é inviolable en cierto modo la piedad filial. El padre como autor de la familia tiene autoridad sobre ella; todos los hombres se remontan y unen por medio de un sentimiento de veneracion á aquel que fué su primer autor: así es que el hijo honra no solamente á su padre, sino tambien á su abuelo

y á su bisabuelo, y aun deberia amar y respetar á su vigésimo abuelo si fuese posible que llegase á alcanzarle en vida.

Es fácil pues conocer lo que sucedió en el origen del género humano, y lo que preparó el camino al régimen social. Los primeros hombres, obra inmediata de la mano infinitamente poderosa de Dios, dieron el ser á los primeros hijos: estos fueron padres á su vez, y de este modo se formó una serie de generaciones dimanadas unas de otras. Cada padre de familia tenia autoridad sobre sus propios hijos, pero el primer padre tenia dominio sobre todos los otros y sobre sus familias: esta supremacía paternal era una especie de dignidad real, de modo que en cierto sentido puede decirse que esta nació con el género humano y que el primer padre fué el primer rey.

¿Pero qué sucedió en aquellos tiempos primitivos en los que todas las tradiciones, conformes en esto con los libros santos, suponen la larga duracion de la vida humana? A medida que las familias se multiplicaban, se relajaban los vínculos de la subordinacion respectiva al primer jefe, y las diversas ramas, aunque descendientes del mismo tronco, se hacian mas extrañas unas á otras; se alteró la primera inocencia de costumbres; el orgullo, la avaricia y la envidia comenzaron á sembrar las turbaciones y la disension, y en este estado todas las fami-

lias conocieron la necesidad de una autoridad comun, pero mas fuerte. Entónces algunos padres de familia respetables por su edad, su experiencia y su fuerza, no menos que por el talento de mandar que á algunos concede la naturaleza, se atrajeron en todos los puntos habitados de la tierra la estimacion de sus semejantes, tomaron ascendiente sobre ellos y fueron obedecidos. La costumbre consagró despues su poder y comenzó la sociedad civil. De este modo los estados nacientes, hallando su modelo en la familia, fueron pequeños reinos, mas bien que repúblicas, segun lo atestiguan las mas antiguas tradiciones.

No diremos sin embargo que la dignidad real sea una institucion divina, no; ninguna forma de gobierno ha sido expresamente revelada. El Evangelio no consagra determinadamente ninguna de ellas como necesaria; hace si derivar de Dios el poder, pero no el modo exterior de ejercerle. Este ha podido variar segun las necesidades, las circunstancias y la índole de los pueblos, presentar monarquías ó bien repúblicas mas ó menos moderadas, y colocar el supremo poder en manos de uno solo ó de muchos, de un rey, de un senado, ó de los dos juntos; pero siempre han sido unos mismos el origen y la naturaleza del poder. Sin examinar ahora como este se ha establecido, ni hasta qué punto ha concurrido tácitamente para ello la multitud,

es siempre cierto que el órden social entraba en las miras de la Providencia; que esta ha querido, para la conservacion de la sociedad, que hubiese en su seno depositarios del poder; que este poder supremo tiene sus atributos, como el poder paternal tiene los suyos. Así, la autoridad es una de las reglas generales de la Providencia para la armonía social, como la gravitacion es una de sus reglas generales para la armonía del mundo planetario. En efecto, así como Dios ha querido el órden en las familias y para ello ha revestido á los padres de una autoridad sagrada, asi tambien ha querido el órden en la sociedad, y al efecto ha revestido al magistrado de la autoridad que le da derecho á la obediencia; de modo que si puede decirse que las formas de la autoridad pública proceden de los hombres, es necesario tambien reconocer que en el fondo la autoridad procede de Dios: doctrina que se aplica no solo al poder real en las monarquías, sino á todo poder supremo, bajo de todas las formas legítimas de gobierno. Examinemos las consecuencias que de aquí se siguen.

En el hecho mismo de proceder de Dios la autoridad, tiene á los ojos de los pueblos un carácter augusto y sagrado que le da mayor ascendiente sobre las almas, asegura mejor el respeto y la obediencia, y evita con mayor eficacia las disensiones y turbulencias que, introdu-

ciendo la anarquía, preparan demasiado frecuentemente el camino á la esclavitud. Este origen divino de la autoridad ennoblece la obediencia; pues si esta procediese solo del hombre que manda, quien acaso muchas veces es indigno por sí mismo de nuestros homenajes, nuestra obediencia seria tan vil como penosa, y semejante á la de un esclavo embrutecido que tiembla delante de su señor; y esta es precisamente la obediencia de esos novadores que no ven en el poder mas que una cosa humana. La Religion eleva mas nuestros pensamientos: por encima del hombre nos muestra al Rey de los reyes, al que dirige los destinos de los príncipes lo mismo que los de los pueblos; él es á quien se refiere mi sumision, y yo me abato delante de su majestad sometiéndome al instrumento visible de su justicia y de su misericordia. Por esto mismo, además de ser mas grata, tiene la obediencia cierto carácter elevado, y como que me hace participar de la grandeza de aquel á quien reverencia mi pensamiento. Consideren en hora buena los sofistas modernos al que manda solo como un hombre, limítese por consecuencia su política á la tierra, y sea por lo tanto su obediencia tan vil como su doctrina; pero nosotros hagamos descender del cielo nuestra política, busquemos en Dios legislador supremo la razon primera de los derechos y de los deberes, y entónces, lejos de creerse humillada

nuestra razon por la obediencia, fundará en ella su mayor gloria.

A la manera de aquellos volcanes que encierran llamas devoradoras y rompen de tiempo en tiempo en erupciones terribles, así ha vuelto á presentarse en nuestros dias, despues de haber estado como adormecida, esa doctrina que encierra las tempestades políticas, la doctrina de la soberanía del pueblo; teoría tan absurda como sediciosa, que no lisonjea á la multitud mas que para extraviarla, ni ensalza sus derechos mas que para hacerle quebrantar todos sus deberes. A poco que se profundice esta materia, se advierte que es tan imposible conciliar las palabras *pueblo* y *soberano* como las de luz y tinieblas; ó no se entiende uno á sí mismo, ó es preciso convenir en que la palabra *soberanía* dice lo mismo que *poder supremo, derecho de mandar;* y que la palabra *pueblo* significa una reunion de hombres sometidos á un gobierno comun. Una multitud no cesa de serlo para ser pueblo, sino por la sumision de sus individuos á una autoridad pública; de tal modo que tan imposible es que exista una nacion sin gobierno, como un cuerpo humano sin cabeza.

Ahora bien, Señores, considerad un pueblo en cualquier momento de su existencia, y ved si es posible que en él resida la autoridad suprema, que tenga el derecho de mandar, y en una palabra que sea soberano. Figuraos rotos

todos los vínculos que unen los miembros de este cuerpo social, y colocadas de nuevo las familias en la época anterior á su reunion en sociedad. En este estado las hallaréis diseminadas por todas partes y sin aquella union á que convidan los sentimientos de humanidad que inspira la naturaleza, aunque experimentando todos la necesidad de reunirse y de formar una sociedad bajo una autoridad comun. Considerada así, esta multitud es absolutamente independiente, pero no soberana, porque á nadie tiene derecho de mandar, y nadie tiene la obligacion de obedecerle. Es un error muy grosero confundir la independencia con el poder: así, el salvaje que vive en los bosques es independiente, pero no soberano, á menos que no lo sea de las fieras entre que vive. ¿Quereis figuraros estas mismas familias independientes reuniéndose y deseando vivir en sociedad, escuchando proposiciones dirigidas al efecto y en fin deliberando sobre un pacto social? Yo no sé si la historia presenta algo semejante, y no creo que haya existido mas que en la imaginacion de los noveleros políticos. Pero quiero suponerlo así por un momento: bien veo que estará al arbitrio de esta multitud adoptar una forma de gobierno con preferencia á otra, y admitir ó desechar la que se le proponga; pero no por esto tiene derecho para dictarla á quien no la quiera, ni para imponer á nadie la obligacion de gobernarla; será libre

en hora buena, pero por la misma razon que no tiene autoridad alguna que ejercer, no sé en qué pueda ser soberana.

¿Se dirá acaso que es soberana en cuanto despues de haber adoptado, á lo menos tácitamente, un régimen político, puede cambiarle á su arbitrio? ¿Pero quién ejercerá este derecho? ¿Le ejercerá el pueblo todo? Esto es imposible. ¿Se excluirá de su ejercicio al sexo femenino, á la adolescencia y á la juventud? Ya tenemos aquí mas de la mitad de la poblacion despojada de la soberanía y sometida la mayoría á la minoría, lo cual en lugar de un pueblo soberano constituye una verdadera aristocracia. Por otra parte ¿quién no conoce que casi la totalidad de una nacion, cualquiera que sea, es demasiado ignorante para dar juiciosamente su voto en materias políticas? Y esto supuesto ¿qué viene á ser un derecho cuyo ejercicio es irracional é imposible?

Yo bien conozco que existen medios legales y regulares para ejecutar reformas políticas; ¿pero no es un delirio buscar en la insurreccion el remedio á los males del estado? ¿Y quién podrá empezarla legítimamente? ¿Acaso una provincia? ¿Porqué no una ciudad? ¿Porqué no una aldea? ¿Porqué no una familia ó un solo individuo? ¿Y no seria esto introducir en el cuerpo social un principio de destruccion? Reflexionadlo bien, y os convenceréis de que es todavía

mas interesante á los gobernados que á los que gobiernan, combatir tan desastrosas máximas. Es muy importante que la sociedad, cuyo único destino es servir de barrera á las pasiones, no sea entregada ella misma al arbitrio de esas mismas pasiones; y que, no existiendo sino para ser un remedio contra la anarquía, no esté expuesta ella misma á caer en ella. Excitar á la sedicion para corregir los abusos, es aplicar el fuego para reparar una casa ruinosa. Yo no conozco doctrina mas enemiga de las naciones que la de la soberanía del pueblo. ¡Ah! en esos siglos que llamamos bárbaros, una opinion falsa y peligrosa colocaba en manos del romano pontífice el derecho de deponer algunas veces los soberanos; ¿y en dónde, con todas nuestras luces, hemos colocado nosotros este terrible derecho? En las manos del mas ignorante, del mas feroz, del mas caprichoso de todos los tiranos, en las de la multitud; y de este modo se ha abierto, en el seno del mundo civilizado, un abismo en que hemos visto y aun podríamos ver sepultarse los pueblos y los reyes.

He dicho en segundo lugar que la Religion afirma las leyes presentándolas como reglas de conciencia. En todos los pueblos hay leyes fundamentales que constituyen el estado, determinan la forma del gobierno, y fijan y distribuyen los poderes; estas leyes se llaman constitutivas, ó si se quiere políticas: pero, además de estas,

hay tambien otras que arreglan todo lo concerniente á las familias y á los individuos, á los bienes y á las personas; estas se llaman civiles. Las primeras deben principalmente tener un carácter particular de estabilidad, porque, siendo la base del edificio social, no pueden ser tocadas sin riesgo de que todo él se arruine; las segundas deben ser la regla de los particulares en sus convenios, y tambien la de los magistrados en sus juicios; en unas y otras consiste que el estado prospere, que la justicia dirija la suerte de las familias, y que desaparezcan la arbitrariedad y la tiranía. Pero inútil seria formar leyes, compilarlas y escribirlas en un código público y reconocido, si fuesen despreciadas, si pudiese eludirlas el fraude, violarlas el poder, y acomodarlas el magistrado al arbitrio de sus pasiones. Es pues muy importante que sean no solamente reglas de conveniencia á las que es útil someterse, sino que sean reverenciadas como reglas de conciencia que obligan ante Dios lo mismo que ante los hombres. Despojadas de este carácter sagrado, pierden la mayor parte de su imperio; he aquí lo que han reconocido todos los pueblos. Nadie ignora que antiguamente para hacer Licurgo y Numa mas inviolables sus leyes, las presentaron como sancionadas por aquel poder divino al que todo está sometido, asi el magistrado como el pueblo. Por otra parte, ¿qué es lo que sucede en la tierra? Muchas veces

el fiel observador de las leyes queda sin recompensa, y aun quizá es la víctima de su fidelidad; y muchas veces tambien, no solamente no es castigado el que las infringe con audacia, sino que aun acaso saca ventajas de su desobediencia. ¿Y qué hace en estos casos la Religion? Restablece el órden en todo, sostiene y consuela al primero con la esperanza de la recompensa futura, y amenaza é intimida al segundo con el temor de un castigo venidero; sancion divina, que da á las leyes una fuerza inmensa. ¡Cuán inconsecuentes son pues nuestros sofistas, predicando el reinado de las leyes, y destruyendo al mismo tiempo su mas firme apoyo con sus doctrinas impías!

Ultimamente he dicho que la Religion da mayor fuerza á las obligaciones recíprocas, prestándoles por medio del juramento una garantía enteramente divina. Es una cosa á que no se atiende bastante, que, en todas las clases de la sociedad, se ligan los hombres á sus obligaciones respectivas por medio del juramento, y que el juramento saca toda su fuerza de la Religion. En efecto, el príncipe á su advenimiento al trono, los depositarios subalternos del poder ántes de ejercerle, el pontífice ántes de subir á su silla, el guerrero ántes de tomar el mando de los ejércitos, el magistrado ántes de sentarse en su tribunal, y el administrador á quien se confia la suerte de las familias y los caudales

del estado, todos se obligan bajo la fe del juramento á cumplir sus deberes, y apenas entre los particulares hay uno solo que en el discurso de su vida no se haya sujetado por algun juramento. ¿Y qué es lo que llamamos jurar? Es poner al mismo Dios por testigo de nuestra sinceridad en los hechos que enunciamos, ó en las promesas que hacemos; es dar por prenda de nuestra veracidad la veracidad del mismo Dios; es llamar sobre nosotros el rigor de su justicia si mentimos ante los hombres, ó si violamos la fe jurada. ¿Y hubo jamás una garantía mas imponente y mas temible? Pero aquel para quien Dios es nada, no ve en el juramento mas que una vana fórmula, y el impío que le presta ó que le exige, se burla de los hombres y de Dios. ¡Qué espectáculo para el cielo el de una nacion de perjuros! Un pueblo que mirase el juramento como un juguete, al mismo tiempo que atraeria sobre su cabeza los rayos vengadores, habria roto ya el apoyo mas firme de los convenios recíprocos, y habria caido en el último grado posible de la depravacion.

Queda pues probado que la Religion, haciéndolo derivar todo de Dios, y atando á su trono el primer anillo de la cadena de los derechos y de los deberes, fortalece la autoridad, las leyes y las obligaciones, y hace de este modo inapreciables servicios á la sociedad. Rindamos en esta parte homenaje á nuestros libros santos, y ad-

miremos cómo en solo algunas palabras luminosas nos han revelado lo que no podria descubrir nuestro entendimiento sino á costa de grandes esfuerzos y de largos raciocinios. Oid las palabras que el Apóstol de las naciones dirigia al pueblo rey que ha dado leyes al mundo, á los Romanos: « Toda persona esté sujeta á las po-« testades superiores, porque no hay potestad « que no provenga de Dios, y Dios es el que ha « establecido las que hay en el mundo... Por « tanto es necesario que esteis sujetos, no solo « por temor del castigo, sino tambien por obli-« gacion de conciencia: pagad pues á todos lo « que se les debe: al que se le debe tributo, « tributo; al que temor, temor; al que honra, « honra (1). »

Os he manifestado lo que la Religion hace por la sociedad: veamos ahora lo que la sociedad ha hecho siempre y debe hacer aun por la Religion.

Al averiguar lo que la sociedad ha hecho siempre y debe hacer por la Religion, considero la sociedad mucho menos en esa multitud de hombres que, por falta de educacion, de luces y de capacidad, estan destinados á ser conducidos, que en aquellos que estan destinados á conducirla; quiero decir, en los diversos depositarios de la autoridad, cualquiera que sea su clase en

(1) *Roman.*, XIII, 1, 5, 7.

el órden social; en una palabra, en los gobiernos, sea la que se quiera su forma y su denominacion. El que se atreviese á despreciar lo que en esta materia han pensado y practicado todos los magistrados, todos los sabios, todos los grandes hombres y todos los jefes de las naciones, se rebelaria en este mismo hecho contra el género humano y se constituiria en un estado de locura.

Bajo este supuesto, decidme: ¿Se encuentra acaso gobierno alguno que no haya profesado una religion que pueda llamarse nacional, y que no se haya gloriado de honrar, de proteger y defender su doctrina, su culto y su sacerdocio? La supersticion habrá podido ciertamente alterar en esta materia las verdades sagradas; pero un rayo de luz penetra siempre al través de las nubes del error; y de entre el choque de las opiniones y de la diversidad de cultos sale un pensamiento único, el de anteponer á todo el Dios del universo y de tributarle homenajes solemnes.

Consultad en efecto la historia sobre lo que se debe á la Religion en general, y ella os dirá que los pueblos mas alabados de la antigüedad, hasta aquellos mismos adonde los extranjeros iban á estudiar las ciencias, como los Egipcios, los Griegos y los Romanos, miraban la Religion como la base de sus instituciones y de sus leyes; os dirá que persuadidos sus magistrados y sus

guerreros de que debian reverenciar á la Divinidad como al árbitro de los destinos humanos, procuraban para sus empresas y resoluciones conocer la voluntad de sus dioses, aplacarles ó hacérseles propicios; y, por lo que toca á la Europa moderna, me contento con haceros observar que los soberanos de los estados respectivos de que se compone, han tenido y aun tienen la costumbre de consagrar sus mas solemnes tratados con el nombre del Dios santo y verdadero. Hasta el presente todos los gobiernos han creido deber no omitir nada para el sosten y la gloria de la Religion, que todo lo hace en beneficio de ellos; que deben mirarse como lugar tenientes de la Providencia para hacer florecer su culto entre los pueblos que ella les ha confiado; que Dios, como autor de la sociedad civil así como de la sociedad doméstica, exige tanto de una como de otra homenajes de adoracion y de dependencia; y que los estados, como que forman un cuerpo cuyos miembros estan todos unidos por interéses comunes, y expuestos á pasar dias de prosperidad y dias de desgracia, se sienten naturalmente impelidos á pagarle un tributo comun de expiacion ó de reconocimiento.

Intérpretes en esto de la naturaleza é inspirados por ella, « Dracon, Licurgo y Solon, al formar las primeras y mas florecientes repúblicas « de la Grecia, atendieron con especialidad á los « negocios religiosos; Rómulo siguió esta misma

« regla cuando dió sus leyes á su estado na-
« ciente; Platon y Aristóteles, por opuestos
« que esten en otros puntos, convienen en que
« la ciudad no es excelente ni feliz sino en cuanto
« se propone el soberano bien, y añaden que
« no puede jamás llegar á él sino por medio
« de la Religion (1).» Hablando mas particular-
mente del pueblo mas grande de la antigüedad,
de los Romanos, es constante que el respeto á la
Divinidad, que Numa supo imprimir en sus al-
mas, fué el principio mas constante de su pros-
peridad y de sus triunfos. Persuadidos del poder
y de la justicia celestial, no temian tanto desobe-
decer las leyes como ser infieles á sus juramen-
tos: asi lo han observado escritores muy célebres,
como Polibio entre los antiguos y Maquiavelo
entre los modernos; y aun este último, despues
de haber hecho esta misma observacion, añade
estas notables palabras: «Si la adhesion al culto
« divino es la prenda segura de la grandeza de
« un estado, el desprecio de la Religion es la
« causa mas positiva de su decadencia (2).»

Consultad tambien la historia acerca del culto
exterior y público, y veréis que las profanacio-
nes, los sacrilegios, las palabras blasfemas y el
escarnio de las cosas santas, han formado en to-
das las naciones civilizadas un cuerpo particular

(1) Lamarre, *Traité de la police*, tom. I.
(2) *Réflexions sur Tite-Live*, lib. I, cap. II

de delitos, reputados como mas dignos de la vigilancia de los magistrados y de la execracion pública. Todas en efecto han reconocido que las cosas consagradas al culto de la Divinidad, participaban en cierto modo de la grandeza y santidad de esta, y que los ultrajes hechos á la Religion recaian sobre el Ser soberano que es su objeto. Aténas, la culta, la sabia Aténas tenia leyes contra la impiedad pública: muchos de sus mas ilustres ciudadanos experimentaron su rigor, y el mismo Pericles, acusado sobre esta materia, tuvo que comparecer ante los tribunales para defenderse. De este mismo espíritu estaban animados todos los demás pueblos. Cuando Eróstrato, llevado del deseo de una vana celebridad, quemó el templo de Éfeso, una ley especial prohibió pronunciar su nombre, como si el nombre de este impio hubiese tenido para su pais algo de siniestro. Los antiguos habian notado que la muerte trágica de Dionisio el Tirano fué un justo castigo de sus irrisiones y robos sacrílegos, y observaron en honor de Alejandro, que en el saqueo de Tébas perdonó los templos con un respeto religioso. Nadie ignora tampoco con que vehemencia increpaba el Orador Romano los latrocinios de un famoso pretor de Sicilia, y que, al acusarle de haber robado los templos y los altares, atribuia á estos robos un carácter particularmente odioso de audacia y de perversidad.

Consultad por último la historia por lo respectivo al sacerdocio, y os dirá que las naciones mas ilustradas, mas sabias y mas florecientes que ha habido, han mirado á los pontífices y sacerdotes de su religion como una clase de hombres dignos de una veneracion particular por la santidad de sus funciones; y que con esta idea nada han omitido para rodear sus personas de prerogativas y honores propios para atraerles la consideracion y el respeto de los pueblos. Para poderos convencer de esto, leed las *Memorias* de la mas versada de nuestras Academias en las antigüedades, y en ellas veréis lo que era el sacerdocio entre los Egipcios, los Indios, los Griegos, los Romanos y los Galos (1). Todos en efecto conocieron que si se debe honrar á los ministros de los reyes de la tierra, no debe honrarse menos á los ministros del Rey de los cielos; que en el espíritu de la multitud la Religion se confunde muy frecuentemente con sus ministros, y que la idea que aquella forme de esta será tanto mas elevada, cuanto mas eminente sea el lugar que estos ocupen. Roma pagana conservó en todos tiempos un sentimiento de profunda veneracion á sus sacerdotes. El poder de los tribunos tenia en ella cierta cosa de temible, de muy independiente, y de sagrado en algun

(1) Véase el extracto de las dos memorias de M. de Burigny *sur les honneurs et prérogatives accordées aux prêtres dans les religions profanes.* (Académ. des Inscript., tom. XXXI, *Histoire*, pág. 108 y sig.)

modo; y sin embargo el tribuno Tremelio fué condenado á una multa por haber faltado al respeto debido al pontifice Metelo. En cuanto á las naciones cristianas juzgo inútil recordaros lo que ha sido para ellos el sacerdocio desde Constantino hasta nosotros.

Despues de haberos manifestado el testimonio de los pueblos y de los siglos á favor de la preeminencia debida á la Religion, advertirèis que todos esos espíritus frívolos, envanecidos por algunos triunfos conseguidos con sus escritos ó sus discursos, mas ciegos en medio de las luces del Evangelio que los paganos en medio de las tinieblas de la idolatría, y que no cesan de atraer desprecios á la Religion, á su culto y á sus ministros, pueden ser confundidos con la autoridad del universo entero. Todo en efecto rinde homenaje á la verdad, y todo nos advierte que, siendo la Religion el primer bien de los pueblos y de los gobiernos, debe tambien ser el objeto de sus primeras atenciones.

No, no es bastante reconocerla como auxiliar, darle en cierto modo por favor lo que tiene derecho á exigir como soberana, y hacerla una de las columnas del edificio, miéntras que debe ser su cimiento. Hecha para reinar, cualquier otro puesto fuera del primero es inferior á ella. ¿Deberá acaso el que es ante todo por su naturaleza, no ser preferido á todo en nuestras adoraciones? ¿Deberá ocupar el Criador el segundo lugar en

el pensamiento de la criatura? ¡Desgraciados los gobiernos que degraden la Religion! Ellos se degradarian á sí mismos, y de cuanto respeto la privasen de otro tanto privarian á su autoridad. ¡Tiemblen caer ellos mismos al último puesto si hacen que la Religion baje al segundo!

Además, ¿para qué estan establecidos los príncipes, los magistrados, los depositarios del poder, en una palabra los gobiernos? ¿Estan acaso establecidos para seguir sus antojos y caprichos, para trastornar el órden eterno de las cosas, para permitir que la sociedad vaya á la ventura, y que los pueblos se abandonen sin regla y sin freno á todas las seducciones del vicio y del error? No, no, Señores: los gobiernos se han establecido para hacer á los pueblos buenos y felices, y para hacer que reinen las leyes, las buenas costumbres, la paz en las familias y la tranquilidad en el estado; y, siendo la Religion el mas firme apoyo de todas estas cosas, el primer deber de aquellos será hacer que los hombres la respeten, y salvar á las naciones de esa impiedad que es su plaga mas terrible. De este modo realizarán las miras de la Providencia, y se mostrarán, segun sus designios, los padres y los pastores de los pueblos. Los inferiores elevan naturalmente sus miradas á los que ocupan los primeros puestos de la jerarquía política, y de ellos reciben el impulso así para el bien como para el mal. Si los gobiernos y sus agentes miran

con indiferencia la Religion; si para ellos son lo mismo los homenajes que la honran que las blasfemias que la ultrajan; si la impiedad triunfa por medio de aquellos mismos que deberian ser los primeros que la reprimiesen, entónces no puede menos de debilitarse la creencia de los pueblos, y resentirse los resortes de las costumbres y de las leyes.

Yo sé bien que, aunque la Religion sea profundamente honrada, siempre tendrá enemigos que combatir; pero en este caso conservaria mas fuerza y mas imperio sobre las almas, y seria una barrera, sino insuperable, á lo menos mas poderosa contra el torrente de los vicios desencadenados. Yo bien sé que la Religion no pondrá á los pueblos al abrigo de toda disension y de toda discordia, y que aun ella misma puede ser ocasion é instrumento de estas en manos de los malvados; pero miéntras viva en los corazones, ella misma vendrá á ser el remedio de los males que los hombres hayan podido hacer en su nombre: habráse mutilado el árbol; pero la savia continuará circulando en el tronco y podrá devolverle su primera lozanía. En cuanto á la triste y degradante filosofía de nuestros dias, que procura separar de Dios al hombre, y la Religion de la sociedad, es un veneno que devora, pero que no lleva consigo su antídoto: hiere, pero no cura; mata, pero no resucita; solo la Religion posee los tesoros de la vida. Recorred los anales

de la Francia, y veréis que si, á pesar de sus continuas turbulencias en todas las edades, de tantos desórdenes y tantas guerras intestinas, avanzó noblemente por entre los escollos y las tempestades; si se elevó hasta la cima del poder, de la gloria y de la civilizacion, dominando gran parte de la Europa hasta el punto de darle su propia lengua, fué porque llevaba en su seno un principio de vida. Sí, Señores, la Religion es fuerte por sí misma, y fuerte tambien por su alianza con el estado. Cuando manos impías rompieron este pacto sagrado, la Francia se conmovió hasta en sus cimientos, y solo cuando manos mas hábiles han empezado á restablecerle, ha empezado la Francia á salir de entre las ruinas: tan cierto es que la Religion debe dirigirlo todo, si no se quiere que todo degenere; y que si todo puede conservarse por ella, todo sin ella debe perecer.

En cuanto al culto divino, á los objetos de la piadosa y profunda veneracion de los pueblos, á los templos, á los altares, á los vasos y á las vestiduras sagradas, diré tambien que no basta á los gobiernos asegurarles aquel respeto que se tiene á las cosas de la vida civil, sino que deben inspirar las mas altas ideas de ellos, y dar al desprecio, á la irreverencia y al robo de las cosas sagradas una idea de sacrilegio, de profanacion y de crímen de lesa majestad. En esta parte el silencio de las leyes seria una impiedad. ¡Qué!

¡quereis que el pueblo reverencie la Religion, y desechais los únicos medios de realzar á sus ojos su precio y dignidad! ¡Quereis que las familias tengan religion, y al mismo tiempo introducis el ateismo en las leyes! Si la casa de Dios no es para vosotros mas que la casa de un hombre; si las ceremonias mas santas se miran solo como una ostentacion ordinaria; si los vasos del santuario son á vuestros ojos como la copa de vuestras mesas, y las decoraciones del altar como los muebles de una sala: entónces la ley misma seria la que en cierto modo humillaria la Religion hasta el nivel de las cosas comunes, y la que confundiria la Divinidad con el hombre mismo; y si la indiferencia en esta parte debilitase la piedad en los corazones, ella misma seria cómplice de este mal. Y ¡qué mayor calamidad para una nacion que hallarse el desórden en aquello mismo que deberia ser la regla de las costumbres públicas!

Diré por último, por lo respectivo al sacerdocio, que no es suficiente tolerarle y mirarle como una profesion útil, sino que los gobiernos deben procurar hacerle venerable á los ojos de los pueblos para dar mas imperio á su doctrina. Si se le llena de amargura y de sinsabores, si se le expone á los horrores de la indigencia, al odio y al desprecio, si se le ridiculiza en los teatros, si se le insulta en libelos, si se le coartan los medios mas eficaces que tiene para perpetuarse; si, segun el texto ó el espíritu de la legislacion, solo

se le mira como una carga pesada ó una profesion despreciable, entónces todo está perdido. Querer una sociedad sin religion, una religion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin autoridad, son tres inconsecuencias igualmente absurdas, y tan ofensivas á la Divinidad, como destructoras de todo órden público.

Si alguno me atribuyese en esto miras de interés ó de ambicion, si creyese que me dejo extraviar por preocupaciones de mi estado y de mi profesion, mal conoce el fondo de mi corazon: por temor á semejante inculpacion no he debido tener cautiva la verdad en mi pecho. No me toca dar lecciones de política, ni trazar de una manera positiva á los gobiernos de Europa las medidas que deben tomar para proporcionar el triunfo del cristianismo; pero en un tiempo en que se tiene la osadía de presentar la Religion como peligrosa, ó inútil á lo menos, es lícito, diré mas, es un deber recordar los servicios y los beneficios que le deben los gobiernos y los pueblos, y lo que tiene derecho á exigir de los que estan al frente de los negocios públicos.

Reconozcamos en fin que si los gobiernos deben y necesitan comunicar estabilidad á las instituciones y á las leyes, su primer deber y su primer interés es tambien, por la misma razon, honrar y hacer honrar la Religion, que es el fundamento de aquellas. Sí, todo es precario en un pueblo en que la Religion no es la regla de todo;

sin ella el entendimiento carece de norma, el corazon de freno, el vicio de temor, la virtud de esperanza, la desgracia de consuelos, la autoridad de apoyo, la fidelidad de garantías. Si confesando alguno los males que ha hecho la filosofía moderna, dijese que ella misma es la que debe repararlos, diria una expresion llena de orgullo y de ignorancia. La filosofía sin religion es una tierra sin agua y sin calor, en la que nada puede madurar. Las combinaciones del entendimiento humano son insuficientes para formar y conservar las sociedades; es necesario para esto valerse de aquel espíritu criador y conservador que ha hecho y que gobierna el universo. Las obras del poder humano son mas ó menos durables, segun que participan mas ó menos del poder divino. La Religion tiene una fuerza infinita como Dios mismo; ella sola puede dar la vida á un pueblo bárbaro que la busque, y restituirla al pueblo civilizado que la haya perdido; solo de las divinas doctrinas de la Religion cristiana es de las que particularmente se debe decir que son espíritu y vida: *Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt* (1).

(1) *Joann.*, VI, 64.

SOBRE

LA EDUCACION.

Si alguna cosa, Señores, hay íntimamente enlazada con la suerte de una nacion, alguna que deba excitar la solicitud tanto de los gobiernos como de los particulares, y capaz de precaver ó de preparar la ruina de las generaciones futuras, es sin duda la educacion de la niñez: he aquí una de las causas principales de la prosperidad ó de la decadencia de los estados. Y á la verdad, bien dignos de lástima seriamos los Franceses si despues de tantas conmociones violentas, en que se han resentido entre nosotros hasta los cimientos del edificio social, no estuviésemos penetrados de la necesidad de consolidarle, asentándole mas que nunca sobre la base de una educacion profundamente moral y religiosa. No nos entreguemos pues á la indolencia en esta materia, ni la miremos con desprecio: se trata de lo que mas vivamente interesa á todas las familias; se trata, Señores, de la salvacion misma de la patria. De-

jemos en hora buena á un pequeño número de hombres las sabias discusiones sobre las letras y las artes, sobre las máximas de la política y el manejo de las rentas públicas: estas son cosas que generalmente no hay obligacion de saber; pero de nadie, sea quien quiera, debe ser desconocida la educacion de la niñez; é interesa de tal modo á todas las clases desde el trono hasta las cabañas, y estan todos sin excepcion tan obligados á contribuir á ella con sus lecciones ó con sus ejemplos, que á ninguno es permitido mirarla con indiferencia. Así pues, mi objeto al hablaros hoy de la educacion de la niñez, es avivar la vigilancia de los padres, el zelo de los maestros, y por último la atencion de todos. A este fin sentaré los tres puntos siguientes: primero, la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños; segundo, para que la educacion de estos sea buena, debe ser religiosa; tercero, para ser religiosa, debe confiarse á hombres religiosos. Tal es el asunto y la division de este discurso.

Yo no vengo, Señores, á exponer nuevos planes de educacion, examinar métodos de enseñanza, ni deprimir lo presente y elogiar lo pasado. No, Señores: trato únicamente de presentar algunas reflexiones morales y religiosas que deben aplicarse á todo sistema de educacion, y que deben tener siempre presentes los padres y los maestros. No temais que en el curso de esta

discusion me exceda de los justos límites, ni que me propase á decir cosas poco comedidas : conozco mis derechos, y tambien mis deberes. Tengo derecho á decir la verdad en lo perteneciente á mi ministerio, y la diré, aunque sin acrimonia y sin ofender á nadie : sé al mismo tiempo que debo ser circunspecto; lo seré tambien, pero sin debilidad ni pusilanimidad, y espero que, despues de haber oido todo el discurso, quedaréis tan satisfechos de mi moderacion como de mi franqueza.

Digo pues, y esta es mi primera proposicion, que la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños.

No hay ciertamente un solo francés que no desee con ardor la prosperidad de su pais, que no esté dispuesto á regocijarse de ella, así como á afligirse de sus desgracias; aun aquellos mismos que predican doctrinas destructoras de su felicidad, cuidan de disfrazárselas á si mismos, y decorarlas con un hermoso nombre, con el que se alucinan lastimosamente á si y á los demás. Pero ¿en dónde fijaremos la verdadera fuente de la felicidad pública? ¿La fijaremos en una agricultura perfeccionada que proporcione mayor abundancia y variedad de frutos de la tierra, y que mas preserve á los pueblos de los estragos del hambre? ¿La fijaremos en un comercio floreciente que multiplique las riquezas, y generalice en una comarca las produccio-

nes de todas las demás; en el aumento de la poblacion, ó en ejércitos bien disciplinados que hagan á un pueblo temible á sus vecinos? ¿La fijaremos en el brillo de las ciencias y de las artes, y en todo lo que parece dar á una nacion la primacia del ingenio y del talento? ¿Acaso en fin en aquellas ingeniosas combinaciones políticas que equilibran los interéses y las pasiones, que parecen tener un estado como suspendido entre la licencia y la tiranía, y que manifiestan la alianza tan difícil de la libertad con la tranquilidad de todos? No, Señores, todas estas son cosas ciertamente apreciables y dignas de excitar el zelo de los gobiernos, y en efecto en todos los siglos han fijado la atencion de los sabios y de los legisladores; pero no son el principio de la felicidad de los pueblos. Yo no ignoro, Señores, que cuando vemos un pueblo rico, ilustrado y poderoso, nos sentimos inclinados á creerle, solo por esto, en el colmo de la prosperidad, y apenas concebimos que pueda caer de ella. Esto me trae á la memoria lo que en otro tiempo decia el Rey Profeta hablando de los Filisteos: «Sus hijos son como nuevos plan-«tios en la flor de su edad; sus hijas compuestas «y enganaladas por todos lados como ídolos de «un templo; atestadas estan sus despensas y «rebosando de toda suerte de frutos; fecundas «sus ovejas salen á pacer en numerosos rebaños; «tienen gordas y lozanas sus vacas; no se ven

« portillos ni ruinas en sus muros: feliz llamaron « al pueblo que goza de estas cosas.» *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt* (1). Este es el lenguaje que el mundo usaba hace tres mil años, y el que usa todavía. Pero examinemos sin deslumbrarnos la esencia de las cosas; no se trata de lo que puede proporcionar á un pueblo un brillo pasajero, sino un bien sólido y durable. No basta para examinar la solidez de un edificio, detenerse en su exterior, sino que es necesario descender hasta sus cimientos.

Lo que asegura en las familias la autoridad paternal, la piedad filial, la union de los esposos, la fidelidad de los criados y todas las virtudes domésticas; lo que afianza en la sociedad civil la estabilidad de las instituciones, el respeto á las leyes, la sumision á los magistrados, la probidad en todas las clases, la buena fe, el amor al trabajo y por último la paz: esto es, Señores, lo que á los ojos de todo hombre sensato constituye la prosperidad de los estados. ¿Pero á qué deberemos el principio creador y conservador del órden y de la justicia, ese espíritu de vida social que es el alma del cuerpo político, que precave sus funestas enfermedades, ó puede curarlas mas pronta y eficazmente? No cabe duda, Señores, es principalmente á la buena educacion de los niños.

(1) *Psal.* CXLIII, 12, etc.

Guardémonos aquí de ensalzar demasiado la naturaleza humana; no la miremos como una tierra que todo lo produce sin cultivo, sino mas bien como una tierra cuyas entrañas es preciso romper con fuerza si se quiere hacerla fértil. Es cierto que al salir el hombre de las manos de su criador, lleva consigo facultades é inclinaciones análogas á su destino futuro, las cuales deben hacerle un ser racional, moral y propio para la vida doméstica y civil; pero ¿quién no advierte que es preciso dirigir sabiamente estas disposiciones naturales, perfeccionando unas y reprimiendo otras, para evitar que ninguna tome un vuelo peligroso? Asi, el hombre ha nacido para el trabajo; pero la pereza tiene para él muchos atractivos. Su debilidad y sus necesidades, poniéndole desde el principio bajo la dependencia de cuanto le rodea, conspiran á someterle desde muy temprano al yugo de la subordinacion y del deber; pero tambien tiene un orgullo secreto que aspira al mismo tiempo á romperle. Si el hombre, como ser inteligente, ha sido hecho para la verdad, tambien cierra frecuentemente los ojos para no ver la luz que le importuna, y para entregarse al error que le lisonjea. Un sentimiento natural de benevolencia le inclina hácia sus semejantes; pero ¿no está tambien lleno de un amor propio que puede fácilmente degenerar en egoismo? tal es el hombre á los ojos de quien quiere estudiarle. De aquí proviene esa lucha

interna entre el bien y el mal que comienza desde la edad mas tierna, y esos combates tan fuertes entre las buenas y malas inclinaciones que solo acaban con la vida. ¡Y cuánto no puede la buena educacion para fortificar las unas, debilitar las otras, y asegurar así el triunfo de la virtud sobre las inclinaciones que le son opuestas! El Sabio nos lo ha dicho. «Tienes « hijos, adoctrinalos y dómalos desde su niñez. « Del mismo modo que el caballo que no se ha « acostumbrado al bocado se hace indomable, « así tambien el niño abandonado á sí mismo no « conoce ningun freno (1). »

Pero ¿quereis conocer mas á fondo cómo estan enlazados con la educacion de la niñez los destinos de un pueblo? Supongamos por un momento que en toda la extension de este vasto reino, tanto en nuestras aldeas como en nuestras ciudades, estuviesen confiados los niños de ambos sexos á manos sabias y puras, dignas de formar su espíritu y su corazon; penetremos con el pensamiento en esas escuelas que encierran las esperanzas de la patria. Allí aprenden los niños á conocer á Dios y su ley; allí se enseña todo lo que es bueno, todo lo que es laudable; y, si se cultivan con cuidado aquellos conocimientos que hacen al hombre instruido, aun se cuida mucho mas de lo que le hace virtuoso; allí se ponen á su vista ejemplos cuya autoridad

(1) *Eccles.*, VII, 25; XXX, 8.

es mas dulce y mas eficaz que la de las lecciones. ¿No echarán raices profundas estas semillas de virtud sembradas así en unas almas todavía nuevas? ¿Y cómo será posible que no produzcan los mas saludables frutos, mayor respeto á la autoridad paternal, mas union en las familias, mas probidad en el comercio de la vida, mas amor al órden y á la justicia, y mas fidelidad á todos los deberes? Así, en mi suposicion, se ven crecer generaciones enteras en medio de hábitos favorables que las disponen á pagar á la sociedad, por medio de sus servicios, el beneficio que han recibido de ella en su educacion. Los métodos podrán en hora buena ser diferentes; pero la doctrina y las impresiones religiosas y morales que recibirán los niños, serán en el fondo siempre las mismas. ¡Que uniformidad de doctrina, de ideas y de sentimientos, no habrá entónces desde un punto al otro de la Francia! Animadas todas las familias de un mismo espíritu no formarán mas que una misma familia, y la Francia entera será, por decirlo así, como un solo hombre. Aquí teneis esa educacion nacional de que tanto se ha hablado, la única digna de este nombre, porque solo ella puede producir la prosperidad de la nacion.

Yo no ignoro que los efectos de la educacion no serian igualmente favorables en todos; que hay caractéres débiles, espíritus indóciles y corazones depravados; y sé tambien que algunas

circunstancias peligrosas y las pasiones de una juventud brillante podrian hacer que se malograsen en algunos las esperanzas de la niñez. Pero es indudable que una vez inspirado en los niños el amor á la virtud, muchos permanecerian firmes en ella; otros serian fieles á lo menos á aquellos sentimientos de honor y de probidad que caracterizan al hombre de bien; y en cuanto á aquellos que ciegamente se hubiesen arrojado á los caminos del vicio, tendrian siempre el recurso de los remordimientos y del arrepentimiento: recurso que conoce muy poco el que en sus primeros años no ha conocido la virtud.

Pero si por el contrario la educacion fuese universalmente viciosa, si la razon se corrompiese en las escuelas con malas doctrinas, si funestos ejemplos introdujesen en ellas el desórden, y en ellas se enseñase á honrar lo que debe ser despreciado, y á despreciar lo que debe ser honrado; ¡que trastorno no habria entónces en las ideas, en las inclinaciones y en la conducta! ¡Que confusion en las opiniones y por consecuencia en las familias y en la sociedad! ¡Que gérmenes de desobediencia, de discordia y de revolucion, no se introducirian por todas partes en las almas! ¡Cuántos instrumentos se prepararian anticipadamente para el crimen y para los designios de los sediciosos! Apenas algunos pocos, en fuerza de circunstancias ó inclinaciones mas favorables, se libertarian del con-

tagio universal; pero el cuerpo político llevaria en su corazon una llaga funesta que acarrearia por último su disolucion. Tales son pues las consecuencias de la buena ó de la mala educacion, que, bajo el influjo de la primera, el hombre es malvado solo por inconsecuencia, y bajo el influjo de la segunda es bueno en cierto modo solo por casualidad.

Conozco que en esta parte se me podrá decir, y acaso con razon, que esto es insistir sobre una cosa de que nadie duda. ¿Quién en efecto no conviene en que por la buena educacion de las generaciones nacientes pueden formarse ó regenerarse los pueblos? Pero sin querer disculparme enteramente, ¿no podré yo tambien hacer observar que las cosas mas comunes son frecuentemente las mas útiles, y que, pues que sin cesar se olvidan, es preciso recordarlas tambien sin cesar? Bien antigua es la verdad en el mundo, y sin embargo es harto nueva para nosotros, desde que hemos como perdido el gusto de ella á fuerza de beber en la copa del error. ¡Cuántos, aun entre los padres de familia, arrebatados por el torbellino de los negocios y de los placeres, creen segura é indestructible la prosperidad del estado, porque ellos se hallan contentos con su situacion, y apenas atienden á lo que mas debiera interesarles, quiero decir, á la buena educacion de sus hijos! ¡Ojalá puedan conocer que las primeras impresiones son las mas fuertes y las mas deci-

sivas; que por el órden regular no deben esperar recoger mas tarde sino lo que siembren hoy; que es para ellos un deber sagrado preparar lo venidero en lo presente, no ofrecer á la niñez sino ejemplos dignos de ser seguidos por ella, separar de su vista y de sus oidos todo lo que pueda hacer en sus sentidos impresiones funestas, y mostrarse fieles á la advertencia que les hace hasta un poeta del paganismo, de tener un gran respeto á los niños : *Maxima debetur puero reverentia* (1)! Sepan en fin que la Providencia se los ha confiado como un depósito de que algun dia les pedirá cuenta; y que la sociedad, en cambio de su solicitud por el reposo de las familias, tiene derecho á esperar de ellas súbditos virtuosos que hagan su felicidad y su gloria, y no súbditos viciosos que la deshonren y turben con sus desórdenes.

Paso á la segunda proposicion que dará nueva luz á la primera: á saber, que para ser buena la educacion debe ser religiosa.

El torrente devastador que precipitó en el abismo al trono y al altar, debió naturalmente llevarse tras sí aquellos establecimientos de educacion pública, destinados á formar defensores zelosos y fieles tanto del uno como del otro. Se vieron pues desaparecer de la Francia aquellas corporaciones encargadas de la enseñanza, y

(1) Juvenal., Satir. XIV.

aquellas escuelas célebres consagradas por el tiempo; y lo que apenas hubieran hecho los bárbaros con toda su brutal ignorancia, lo efectuaron los sofistas por razon y por cálculo. Sin embargo, fué preciso tratar de levantar nuevos establecimientos sobre los escombros de los antiguos; y ¡que violentas declamaciones no se oyeron contra todo lo que habia existido hasta entónces! ¡Que pomposas promesas para lo futuro! Los novadores no temian decir abiertamente que el género humano habia estado, durante veinte siglos, encorvado bajo el yugo del error; que las creencias religiosas de que se impregnaban las almas, no podian menos de retardar el desarrollo de la razon, y que el anhelo por no sé que bienes invisibles de una vida futura, habia impedido la perfeccion del mundo presente. No carecian ciertamente de talento ni de ciencia todos aquellos sofistas, no; pero estaban arrebatados por el delirio de la irreligion. ¡Que horrorosa mezcla de ciencia y de furor, de ingenio y de extravagancia, hay en sus discursos y en sus obras! En medio de las proscripciones y de los cadalsos se ostentaban las grandes palabras de *educacion nacional;* y al tiempo mismo que se degollaba á los padres, se meditaba la felicidad de los hijos. No se prometian las luces sino para extender las tinieblas del ateismo, y cuantos mas templos se levantaban á la *razon*, mas desaparecia esta de nuestras instituciones y

de nuestras leyes. Un materialismo grosero dominaba en todos aquellos nuevos planes de educacion; planes monstruosos, fundados en el odio á todo lo que llamaban *preocupaciones, superstícion,* es decir, á las tradiciones, á la experiencia, y sobre todo al cristianismo; y no se queria conocer que estos sistemas eran impracticables por la sola razon de ser impios. Sí, Señores, el ateismo mata, como la Religion vivifica. Todo existe por la Divinidad, y por consiguiente es preciso que ella presida á las familias, á la sociedad y la educacion, asi como dirige el universo material; sin esto las familias, la sociedad y la educacion decaen y perecen, á la manera que el universo volveria á la confusion y al cáos, si Dios retirase la mano poderosa que mantiene sus leyes y su armonía. Nada acaso prueba mas victoriosamente la necesidad de la Religion en esta parte, que los impotentes esfuerzos que durante veinte años se han hecho para subsistir sin ella. Dejóse en fin percibir la verdad, y se reconoció y decretó que la doctrina cristiana seria la base de la educacion pública, y despues de tan largas y tristes tinieblas brilló por fin un rayo de esperanza á los ojos del hombre de bien.

No se crea por esto que no se empleasen frecuentemente en los discursos las palabras *moral* y *moralidad;* pero es preciso no olvidar nunca que uno de los errores capitales de nuestros

tiempos modernos, es haber querido separar la moral de la Religion, haber trazado reglas de conducta, sin haberlas enlazado con aquellas creencias piadosas que les dan tanta fuerza y tanta autoridad, y haber impuesto al hombre el yugo de los deberes, desechando al mismo tiempo lo que da á su debilidad mayor fuerza para llevarle. ¡Oh, cuánto mejor ha conocido el cristianismo nuestra naturaleza, nuestra debilidad y nuestras necesidades, y al mismo tiempo los derechos inviolables del Criador, al apoyar sus preceptos en la voluntad de Dios, de aquel legislador supremo, único que por sí tiene el derecho de mandar al hombre! La moral humana es seca y árida; podrá mostrar el camino, pero no da fuerzas para marchar por él. La Religion se introduce en el corazon, le penetra del pensamiento en la Divinidad; y, conmoviéndole eficazmente por medio del temor ó de las esperanzas de la vida futura, le hace capaz de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios que puede exigir la virtud. ¿Y cuál no seria su influjo en las casas de educacion pública una vez establecido en ellas su imperio? Allí colocaria tanto á los maestros como á los discípulos á la vista de la Divinidad, mandaria en nombre de esta á los primeros la vigilancia, el zelo y los buenos ejemplos, y á los segundos, la obediencia y el trabajo; siendo de este modo el fiador mas seguro de sus costumbres, de su aplicacion y de sus

progresos. Ella velaria donde no alcanza el ojo del maestro, y seria una antorcha siempre encendida que, iluminando los sitios mas ocultos y oscuros, prevendria una multitud de abusos y de desórdenes secretos que relajan la disciplina y llegan por último á arruinarla. La Religion con sus amenazas y sus insinuaciones suaviza los genios, corrige los defectos, reprime los vicios en su nacimiento, anima al débil, y hace reinar la decencia, el órden y la paz; por consiguiente la autoridad de los jefes podria sin inconveniente mostrarse mas dulce y paternal. Pero rómpase el freno de la Religion, y ya no serán suficientes la vigilancia y la disciplina ordinaria; por todas partes se manifestarán la confusion, la indocilidad, la rebelion y todos los vicios; por último habrá una verdadera anarquía que no se podrá reprimir sino con una disciplina severa y á fuerza de rigor. Para contener entónces á aquella primera edad, la edad cabalmente del candor y de la confianza, seria preciso hacerla gemir bajo un yugo de hierro, y cada casa de instruccion pública no seria mas que un campo militar, en el cual es necesario sostener la subordinacion por medio del terror. Sí, Señores, destiérrese de los establecimientos de educacion el dulce y poderoso imperio de la Religion, y solo se verá en ellos, ó una excesiva licencia, ó una excesiva sujecion.

Para conocer mas y mas la necesidad de la

Religion, reflexionad cuál es el grande objeto de la primera educacion : este es trabajar para lo venidero, preparar y formar en el niño el hombre ya hecho, y armarle contra los peligros que mas adelante deben amenazar su inexperiencia y su ligereza. Seguid á la juventud al salir de las escuelas públicas para no volver á ellas : entónces empieza para ella una nueva educacion; un mundo corrompido se apodera de ella; desembarazada de una vigilancia importuna, entra en el reino de la seduccion, de las máximas cómodas y perversas, y de la libertad de decirlo y hacerlo todo. ¿Y podrán salvarla de tantos peligros algunos preceptos de moral humana? ¿No será inevitable su naufragio si la creencia severa de la Religion no ha fortificado sus tiernos corazones contra los ataques del vicio, y si costumbres santas no han preparado el áncora saludable para la época de la tempestad de las pasiones? No es ciertamente la Religion una barrera insuperable á la fogosidad de estas; pero á lo menos es la mas poderosa de todas. Cuando una vez ha establecido su imperio en el corazon de un jóven, es preciso que este, ántes de abandonarse al vicio, combata largo tiempo sus impresiones secretas; aun cuando parece que está sufocada, todavia vive en el fondo de su corazon ; desde allí clama de cuando en cuando hasta despertar muchas veces al culpable, y no pocas consigue atraerle de nuevo á la virtud. Mas

arrojar en medio de un mundo corrompido, una juventud destituida de principios religiosos, es arrojar un bajel sin timon y sin piloto en medio de las tempestades. Por esto ha dicho Juan Santiago Rousseau, ilustrado ya por la experiencia, y curado, á lo menos en parte, de sus paradojas : « Habia creido que era posible ser « virtuoso sin religion; pero estoy bien desen- « gañado de este error. »

Nosotros ponderamos mucho nuestros descubrimientos; nos gloriamos de haber encontrado, ó á lo menos adoptado y propagado el medio de hacer mas fáciles, mas al alcance del pueblo y mas comunes, los primeros elementos de los conocimientos humanos. Ya he declarado mas arriba que no es mi ánimo defender ni impugnar señaladamente método ninguno de enseñanza; no, el sabio todo lo examina con lentitud para juzgar de todo con madurez, con arreglo á la advertencia que nos hace un escritor sagrado : « Examinad todas las cosas, y ateneos á lo bueno.» *Omnia probate; quod bonum est tenete* (1). Pero cualquiera que sea el método que se observe, yo repetiré siempre que la mejor escuela para los niños será indudablemente aquella de donde los veamos salir mas dóciles, mas respetuosos, mas honrados, mas laboriosos y mas aplicados á todos los deberes de su profesion. En cuanto al

(1) I. *Thessal.*, V, 21.

mecanismo de la instruccion es asunto enteramente ajeno de mi discurso; en esta parte me contentaré con decir que no tengo la simplicidad de creer que la felicidad del género humano dependa de aprender las letras del abecedario por uno ú otro método, ya sea antiguo ó moderno, mas lento ó mas breve. Me abstendré por consiguiente de impugnar ni defender ninguno; pero no puedo menos de advertir que debemos temer ser víctimas de nuestra imprevision. ¡Desgraciadas en efecto las generaciones nacientes, si no conocemos que cuanto mas general y popular sea la instruccion, es tanto mas importante que sea religiosa! Yo os ruego que mediteis este pensamiento. Supongamos por un momento que el éxito justifique las esperanzas de los propagadores de esos métodos tan ponderados, y que en todos los puntos de la Francia todos los niños de todas las clases, aun de las mas oscuras y mas indigentes, saben por fin leer y escribir: todos los entusiastas lo celebrarán como un triunfo conseguido sobre la ignorancia, y felicitarán al pueblo por verle iniciado en los conocimientos humanos; pero yo temo por el contrario que haciéndose mas instruido llegue á ser mas vano, mas inquieto, mas deseoso de novedades funestas, mas descontento con su estado, mas envidioso de las clases superiores, mas enemigo de los trabajos penosos, y mas animado del espíritu de indocilidad y de crítica; temo en una pala-

bra ver generalizado ese saber á medias que es peor que la ignorancia. Si el pueblo fuese religioso, nada acaso temeria; porque entonces la Religion dirigiria sus lecturas, alejaria de sus manos las producciones impias y licenciosas, y no le permitiria mas que aquellas que pudieran inspirarle un amor mas ilustrado y mas vivo a todos sus deberes. Pero si el pueblo no tiene religion, temamos que aquello mismo que podia ser un instrumento de virtud, se convierta en un instrumento de corrupcion y de vicio; preparaos á verle alimentarse de esas producciones que, no respirando sino impiedad y libertinaje, halagarán sus inclinaciones groseras, excitarán en su corazon la sensualidad, el orgullo, la envidia y el amor secreto á la independencia, haciéndole mas indócil, y preparando así á los gobiernos obstáculos, inquietudes y dificultades inauditas. Las doctrinas impías y sediciosas se presentan hoy, aun sin buscarlas, bajo las formas mas graciosas y mas cómodas, y mas universalmente esparcidas; ¿y creeis que el pueblo no irá á beber de esas aguas envenenadas? Ved lo que en el dia está pasando en esta capital: cuando las personas de las últimas clases de la sociedad dedican, en medio de un ocio culpable y de un justo descanso, algunos momentos á la lectura, ¿que obras son las que se encuentran en sus manos? Todos pueden verlo; generalmente son libros infames ó impios, que, irritando

todas las pasiones, disponen al hijo á ser indócil, al criado á ser infiel, al esposo á ser criminal, y al vasallo á ser rebelde. Esto mismo que se practica en la capital tiene imitadores en las provincias, y demasiado lo experimentamos ya; el espíritu de impiedad y de mofa sacrílega infesta por todas partes las últimas clases lo mismo que las medianas y las mas elevadas. Yo sé aldeas en donde los mas rústicos sueltan á veces el azadon y el arado para leer á Voltaire, cuyos sarcasmos impíos oponen en seguida á las instrucciones de su párroco. No aleguemos lo que sucede en otras comarcas, por ejemplo, en las montañas de Escocia, ó en las riberas del Elba: para nosotros nunca será buena ninguna teoría sino aquella que se nos puede aplicar; y para esto es preciso considerarnos tales como somos, tener presente la molicie de nuestras costumbres, el desarreglo de nuestras opiniones, nuestra inclinacion á la licencia, la multitud de nuestras producciones literarias enemigas de la Religion y de toda virtud, y la facilidad que todos tienen de leerlas y de alimentarse con ellas. Para un pueblo como este, es para quien yo creo temible la instruccion, si no es religiosa; y pensar de otra manera es, no temo decirlo, no tener ningun conocimiento del corazon humano. No por esto se diga que la Religion es enemiga de la instruccion del pueblo; no, por el contrario, ella es la que ha instituido esos modestos preceptores co-

nocidos bajo el nombre de *Hermanos de las escuelas cristianas*, y esas sociedades de Hijas de la Caridad, que, bajo diversas denominaciones, se dedican en las ciudades y aldeas á la educacion de las niñas de las clases mas indigentes y desamparadas. Ya en el siglo XII habia establecido el concilio tercero de Letran que, para no privar á los hijos de los pobres del beneficio de saber leer, hubiese en cada catedral un maestro encargado de instruirlos. Instrúyase por consiguiente cuanto se quiera al pueblo, pero instrúyasele ante todo en la Religion. Trabajar en ilustrarle mas, sin procurar hacerle mas religioso, es caer en una de las mas graves faltas que pueden cometerse para desgracia de la sociedad; porque entónces, en lugar de poner con precaucion antorchas de distancia en distancia para alumbrar en la oscuridad, se encienden al acaso hogueras que pueden causar un vasto incendio.

¿Se me dirá quizás que en esta parte hablo como enemigo de las ideas *liberales?* ¿Pero qué significa este lenguaje? Yo convengo en que la Religion es enemiga de esas doctrinas predicadas de cien años á esta parte, que han sido tan *liberales* en blasfemias, en escándalos, en rebeliones, en divorcios, en suicidios y en plagas destructoras del órden social; lo es en efecto y se gloria de serlo: pero ama las doctrinas *liberales* en sentimientos de respeto y de amor hácia la Divinidad, en piedad filial, en interés por el bien de sus

semejantes, en sumision al órden establecido, en principios conservadores de la tranquilidad, de la libertad y de la felicidad general; las ama, las sostiene, y, por mejor decir, estas doctrinas son la Religion misma. La filosofía sin religion no será jamás sino una calamidad para los pueblos; solo en nuestros dias ha sido cuando la primera ha levantado el estandarte de la rebelion contra la segunda, reuniendo á su alrededor todas las pasiones rencorosas y violentas; y nadie ignora los estragos que ha causado en el mundo moral y político. Recorred la historia, y veréis que todos los legisladores y todos los bienhechores de la humanidad han sido filósofos religiosos. Ciertamente fueron amigos á un mismo tiempo de la filosofía y de la Religion esos grandes ingenios que en los últimos tiempos dieron impulso á todos los conocimientos humanos, Bacon, Descártes, Pascal, Galileo, Copérnico, Leibnitz y Newton, ante quienes debe humillarse nuestro orgullo. Y cuando es constante que los mas sublimes descubrimientos del entendimiento humano se deben á hombres profundamente religiosos, ¿como se tiene la osadía de decirnos que la Religion perjudica y detiene los progresos de la razon humana?

Paso á la tercera proposicion, á saber, que para que la educacion sea religiosa, debe confiarse á hombres religiosos.

Es tal la ceguedad de nuestro siglo, que en él

se piensa únicamente en la instruccion, sin atender en nada á la educacion ; se procura ilustrar el entendimiento sin formar el corazon, y parece creerse que nada queda ya que hacer en beneficio del hombre, de las familias y de la sociedad, cuando se ha instruido á la niñez en los rudimentos del cálculo, de las artes, de las lenguas antiguas y modernas, y de las ciencias naturales. No se quiere conocer que la instruccion mas vasta y general puede dejar el corazon con todas sus debilidades; que no basta cultivar la inteligencia, si no se fortifica la voluntad, si no se precave á la juventud contra los ataques del vicio; y por último, que es necesario buscar la fuerza principal en donde únicamente reside, en la Religion.

No por esto pretendo que la educacion pública debe confiarse exclusivamente á los ministros de la Religion. No, semejante proyecto, aunque fuese saludable, no podria realizarse. No puedo menos sin embargo de haceros observar que durante los tres últimos siglos, los mas ilustrados de la Europa moderna, estuvo universalmente dirigida la educacion por individuos del estado eclesiástico; y que, si se ha de juzgar de ellos por el número de grandes hombres que supieron formar para las ciencias y las letras, para la magistratura, para la profesion de las armas y para el gobierno de los estados, es preciso convenir en que se han manifestado

habilísimos en dirigir las almas y en desarrollar las cualidades naturales de sus discípulos: en esta parte la experiencia responde victoriosamente á los discursos de sus vanos detractores.

Lo que ahora me propongo probar es que, cualquiera que sea la clase en que se busquen los preceptores y maestros de la niñez, es necesario que sean religiosos si se quiere que lo sea la educacion. Y en efecto, Señores, ¿en qué haremos consistir la Religion, de que queremos se penetre la infancia? ¿La haremos consistir acaso en algunas exterioridades, y en algunos conocimientos estériles y vagos? No ciertamente, sino en una creencia fija, en la adquisicion de buenos hábitos, en la fiel observancia de prácticas saludables, en el respeto á las leyes santas del Evangelio, y en la sumision á la autoridad de aquellos que estan encargados de su divina enseñanza. Sin una creencia fija, se cae en opiniones inciertas que casi ningun imperio tienen sobre los sentimientos y la conducta; sin hábitos profundamente arraigados, la Religion no haria en el alma mas que impresiones superficiales y no tardaria en desvanecerse; sin prácticas exteriores, se convertiria en un *espiritualismo* vago é insignificante; sin la observancia de los preceptos evangélicos, seria una falsa piedad; y, sin la sumision á la autoridad, cederia fácilmente á la voluntad de las pasiones y de los caprichos de cualquiera. Todo este conjunto de cosas que

hace en la niñez impresiones vivas y durables, y forma una educacion verdaderamente religiosa, no teneis que esperarle sino del cuidado, de las lecciones y de los ejemplos de maestros sinceramente religiosos.

No es tampoco bastante enseñar vagamente la Religion á los niños: el punto capital es hacer que tomen aficion á ella, que la amen y que la practiquen. ¿Y que zelo podrá tener para hacerla penetrar en el alma de los niños, aquel que no tenga la suya penetrada de ella? ¿Que interés tendrá en persuadírsela á los demás, el que interiormente no ve en ella sino fábulas, y para quien los misterios cristianos son lo mismo que la mitología de los Griegos ó de los Indios? No se habla con convencimiento sino de aquello que se cree, con amor sino de lo que se ama, ni con energía sino de aquello que se siente profundamente. ¿Qué podrá en efecto decir á favor de la Religion el que no cree en ella? Y si, por el bien parecer, pronuncia algunas palabras sobre esta materia, ¿no serán necesariamente frias é inanimadas? muy feliz por cierto si no descubre su irreligion por algun lado! Porque ¿es creible que un hombre que está constantemente á la vista de una multitud de niños atentos y astutos, pueda ocultarles por largo tiempo sus malas opiniones? Nadie ignora con que maravillosa sagacidad penetran los niños las ridiculeces, los defectos y los vicios de los que estan

encargados de su educacion; se puede decir sin exageracion que son sus mas perspicaces espias; algunas veces basta una reflexion, una palabra, una sonrisa, un gesto, el silencio mismo, para descubrir el fondo de una alma incrédula. Nada por consiguiente se les escaparia de cuanto pudiese hacerles sospechar la irreligion de su maestro; ¡y que estragos no haria en ellos tan fatal descubrimiento!

Si observan por el contrario los niños que la Religion es la que dirige en todo su educacion; si advierten que sus misterios, sus preceptos, sus altares, sus ceremonias y sus prácticas, son tratados con aquel respeto y aquella veneracion que procede del corazon, entónces sentirán conmovidas sus almas. En su edad el corazon recibe fácilmente impresiones dulces y tiernas, y se los dirige mas bien por la autoridad y el sentimiento, que por el raciocinio y la reflexion. Pero si la Religion, aunque no esté desterrada de la casa en que habitan, está en ella tolerada mas bien que honrada; si los cortos momentos que se le consagran parecen robados con sentimiento á ocupaciones que se le juzgan mas útiles; si en sus ejercicios religiosos se advierte el tedio y la disipacion que suele acompañarlos; en una palabra, si se trata todo lo respectivo á la Religion de una manera que haga creer que mas bien se la sufre por política, que se la enseña y practica por convencimiento; entónces todo está perdido,

la educacion va errada, ó por mejor decir se hizo funestísima: en lugar de adquirir la juventud aficion y amor á la Religion, adquirirá solo tedio y desprecio hácia ella, y se apresurará á sacudir un yugo que le parecerá odioso y ridículo.

Estamos muy distantes, Señores, de ser enemigos de las ciencias y de las letras, de querer amortiguar el zelo que se emplea en cultivarlas, y de mirar como perdido el tiempo que se dedica á ellas; ¿y que profesion ha dado á la Francia mayor número de grandes escritores, de grandes oradores y sabios de primer órden, que el sacerdocio? Pero todo tiene sus justos límites, y cada cosa tiene sus épocas. En aquellos dias en que vivian Petavio, Jouvency, Santeuil y Commire, Racine, Boileau, Bossuet y Fenelon, Massillon y la Bruyere, se conocia á mi parecer bastante bien la lengua de Homero y de Demóstenes, la de Ciceron y de Virgilio, y se sabia sacar de la lengua francesa todas sus riquezas y bellezas; y sin embargo en aquella época la Religion era el alma y como el fondo de la educacion; entónces se sabia hermanar los ejercicios religiosos con los estudios literarios, y aun se creia muy sensatamente que la Religion, purificando los sentimientos y llenando el alma de pensamientos nobles y generosos, aumentaba la fuerza del talento natural. Todo maestro, público ó privado, encargado de la educacion de la niñez, que no anteponga la Religion á todo, y á quien parezcan

demasiado largos los cortos momentos que se le destinan, defrauda las esperanzas de las familias, se hace indigno de la honorífica profesion que ejerce, y parece no mirarla mas que como un oficio, cuando deberia ser á sus ojos una especie de sacerdocio.

No pensemos respecto de la educacion lo mismo que de los diferentes ramos de la administracion pública. En un hombre, por ejemplo, á quien se encargue la cobranza de los fondos públicos, bastará exigir inteligencia, exactitud y probidad. Si sus costumbres no fuesen puras y si en cierto modo desconociese la Religion, se le podria compadecer y vituperar; pero esto no le impediria cumplir los deberes de su empleo. No así aquel á quien se haya confiado el sublime encargo de formar el espíritu y el corazon de la juventud; porque este no ha de olvidar jamás que á cada momento debe ser la guia de sus discípulos por la sabiduría de su doctrina y su modelo por la de sus acciones, y que por lo tanto todas las virtudes son para él deberes de su profesion. Yo bien sé que puede ser difícil encontrar tantas prendas reunidas; pero yo he debido mostrar el término, para que se esfuerzen á llegar á él; la perfeccion consiste en conseguirlo, el deber se cumple emprendiéndolo. Digamos pues sin temor de engañarnos: si en la educacion solo se aprecia la instruccion científica y literaria; si solo se trata de generalizar conocimientos de que es tan

fácil abusar, despreciando el medio mas poderoso de evitarlo; y, si no se procura que el alma de la juventud se nutra con estas doctrinas religiosas que son el mas firme apoyo de las costumbres y de las virtudes domésticas y civiles, las nuevas generaciones se harán aun mas corrompidas que las generaciones pasadas; y, en lugar de regenerarse la Francia por la experiencia de sus desgracias, se corromperá mas que nunca por la levadura de la impiedad y de todos los vicios que produce. Algunas brillantes apariencias podrán inspirar esperanzas lisonjeras; pero no se tardará en percibir que una languidez mortal se ha introducido en el cuerpo social, por el abuso de los mismos medios que cabalmente debian darle la vida y la salud.

¡Que multitud de motivos, Señores, para acogernos sinceramente á la Religion! Pero, lo diré con dolor, hoy, en lugar de invocarla de todo corazon, se está alerta contra ella como si fuese un enemigo; se miran con recelo sus triunfos, y causan sobresalto los esfuerzos que hace para volver á levantarse y renovar las virtudes que manda para la felicidad de los hombres; y se la observa con tanta inquietud como se observarian los movimientos de un ejército enemigo que amenazase invadir nuestras fronteras. ¿Y de dónde provienen tan injuriosas sospechas? ¿Estamos acaso en el tiempo en que un clero poderoso por su crédito, sus riquezas y su influjo po-

litico, amenace á la autoridad temporal? ¡Ah! Señores, nadie ignora todo lo contrario; pero, bajo el velo de temores quiméricos respecto de nuestro ministerio, se oculta un verdadero odio á la Religion. Existe entre nosotros un pueblo de bellos espíritus irreligiosos; pueblo inquieto y envidioso de todo poder que no sea el suyo, hablando continuamente del fuego del fanatismo en medio de la mas fria indiferencia, y clamando violentamente contra el poder religioso para mejor asegurar su propio dominio; pueblo incorregible, á quien no han desengañado treinta años de calamidades, que no conoce la Providencia ni por sus castigos ni por sus favores, y que, con una horrible seguridad, se ocupa en abrir un nuevo abismo en que podria sepultarse la sociedad con la Religion; pueblo frivolo, incapaz de gustar verdades sublimes, que sabe menos lo que quiere que lo que no quiere, que teme confesarse á sí mismo la necesidad de una religion, y que sin embargo sueña algunas veces una religion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin autoridad sobre las almas, es decir, completamente inútil; pueblo engreido de orgullo, adorador exclusivo de sus propios pensamientos, que antepone sus sistemas á la experiencia de los siglos, dispuesto siempre á renovar los mismos errores para venir á parar á los mismos desastres, y que, sobre los escombros del altar y del trono, exclamaria aun lleno de gozo: Perezca la

monarquía, perezca el cristianimo, con tal que triunfen nuestros sistemas. Pues bien, diria yo á estos novadores : Suponed cumplidos vuestros deseos, desiertos nuestros templos, despojados de toda autoridad los ministros de la Religion, y aniquiladas todas las creencias cristianas; suponed la Francia habitada solo por deistas ó ateos, y suponeos vosotros solos sus doctores y sus maestros. Ahí teneis ese pueblo francés abandonado á vuestra sabiduría; haced en él la experiencia de vuestros sistemas : yo no puedo figurarme que intenteis dejarle sin ninguna religion; porque ¿conoceis acaso en el universo un solo legislador que mire el ateismo como una de las bases del mundo social? Creo además que os avergonzaríais de seguir bajamente las huellas de algunos escritores comunes, que se han salvado del olvido únicamente por la extravagancia de sus opiniones. Saldrá pues de vuestra cabeza una religion totalmente nueva y acomodada al estado actual de nuestros conocimientos, para hablar en vuestro lenguaje; aparecerá por consiguiente un nuevo símbolo, una nueva moral, y un nuevo culto compuesto todo por vosotros. ¿Pero os figurais acaso que vuestro símbolo de *opiniones* cautivará mejor los entendimientos, que este símbolo de *fe* que nos hace creer en un Dios criador y en la vida futura? ¿Pensais que vuestros preceptos filosóficos tendrán mayor imperio en los corazones, que esos preceptos de

Dios que en su nombre nos mandan amar á nuestros semejantes, respetar su vida, sus derechos y su reputacion, y en los cuales se contienen todos nuestros deberes domésticos y civiles? ¿Pensais que vuestro sistema religioso será mas consolador, mas capaz de reprimir los vicios y de animar al débil, que el cristianismo con la gravedad de sus doctrinas, la santidad de su culto y la inmortalidad de sus esperanzas? ¿Y que autoridad es tampoco la vuestra para dar una religion á los hombres? ¿En nombre de quién hablais? Despues de haber tratado de impostura toda revelacion, ¿no os atreveríais á anunciaros como hombres inspirados, como enviados del cielo, y á hablarnos en nombre de Dios? ¿Hablaréis acaso en nombre de la razon? ¿Pero qué podriais responder al que os dijese que una razon, que hace treinta años no ha sabido mas que trastornar el mundo, es muy parecida á la locura? ¿Y es tampoco infalible vuestra razon? ¿No es débil y limitada como la mia? ¿Cuáles serian por consiguiente vuestros derechos para subyugar las almas? Apóstoles sin mision y sin autoridad, vuestra religion excitaria la risa tanto de los cristianos como de los que no lo son. Si conociéseis el corazon humano, sabríais que no se forman las sectas religiosas con opiniones sino con creencias; y estas creencias, no está en vuestra mano establecerlas. Andad, pues; con todos vuestros sistemas, no tendréis nunca mas

que un funesto ateismo en los unos, un deismo inútil en los otros, supersticiones extravagantes en el pueblo, confusion por todas partes, y en ninguna la verdadera libertad. ¡Desgraciada la Francia, desgraciada la Europa si confiase en vuestras luces! acabaria la sociedad. Pero no quiero entregarme en esta parte á tristes presentimientos: la Religion ha triunfado siempre de sus enemigos, y seguirá triunfando de ellos para la felicidad del género humano; venció á los perseguidores y á los bárbaros, aun le resta conseguir una victoria nueva y mucho mas difícil, aun tiene que vencer á los sofistas. ¡Quiera el Dios de santa Clotilde y de san Luis, de Luis mártir y de Isabel, concederle este nuevo triunfo, y salvando la Religion entre nosotros, salvar con ella la monarquía!

SOBRE

EL SACERDOCIO CRISTIANO.

Hoy, Señores, vamos á tratar de un asunto en que se interesa vivamente la Religion, y aun podemos decir la sociedad entera, si es cierto que entre ambas existen relaciones íntimas y necesarias, como pensó el célebre publicista que ha dicho estas palabras tantas veces repetidas: « ¡Cosa admirable! La religion cristiana que « parece no tener mas objeto que la felicidad de « la otra vida, hace tambien nuestra dicha en « la presente (1). » Hoy vamos á defender ante vosotros la causa del sacerdocio, á vindicarle de las calumnias y de las invectivas de sus enemigos, y á presentarle tal como es en sí á aquellos que, sin aborrecerle, no tienen de él ideas bastante exactas, haciendo ver á todos que el estado mas santo á los ojos de la Religion es tambien el mas útil á los de la razon. Al concebir el

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXIV, cap. III.

proyecto de defender ante vosotros con firmeza el sacerdocio cristiano, hemos debido prever que nuestro zelo en esta materia podria parecer sospechoso é interesado, y que acaso se nos acusaria de dejarnos llevar en esta parte de preocupaciones de nuestro estado y de nuestra educacion. ¿Pero este temor debia detenernos? No ciertamente; cuando la verdad está de nuestra parte, y tenemos la dulce esperanza de hacerla conocer á todos los entendimientos rectos, ¿qué pueden importarnos los discursos de hombres inconsiderados? La preocupacion pasa, pero la verdad permanece. En las diferentes profesiones en que se divide la vida humana, conviene que cada uno hable de la que ejerce, porque es la que mejor debe conocer. A un Turena correspondia escribir sobre el arte militar, á un D'Aguesseau sobre la magistratura, y á Massillon sobre el sacerdocio. Y en efecto, ¿quién mejor que el ministro de la Religion conoce la excelencia de sus funciones y todo su influjo sobre las almas, en la paz de las familias y en la tranquilidad pública?

Es cierto que la apología mas victoriosa del clero debe ser su misma conducta; por consiguiente á él es á quien principalmente corresponde, por medio de una vida irreprensible, tapar la boca á sus enemigos. Pero cuando un filosofismo engañoso ha aparentado demasiadas veces desconocer las virtudes de unos, exagerar

los defectos de otros, y prevalerse contra el sacerdocio de los vicios deshonrosos de muchos de los que han estado revestidos de él; cuando tantas veces han sido pintados los sacerdotes como corruptores de las conciencias, ó como hipócritas que por su interés abusaban de la credulidad pública; cuando todas estas acusaciones, consignadas en los escritos de la clase superior de nuestros pensadores, han sido repetidas por todos los ecos de la literatura, llegando de este modo por todas partes hasta los oidos del pueblo, y esparciendo así mil gérmenes de odio y de preocupaciones contra el estado sacerdotal; ¿no deberemos, sin querer por esto revindicar en su favor privilegios temporales que no le corresponden por institucion divina, procurar hacerle recobrar aquel grado de aprecio y de consideracion que nunca perderá sino en detrimento de la Religion, y por consiguiente para la desgracia de los pueblos?

Hoy que los largos y crueles infortunios de la iglesia de Francia deben, al parecer, inspirar hácia ella un interés mas tierno, ¿podrá creerse exento de toda pasion aquel que rehuse escuchar con la calma de una atencion benévola á un sacerdote defensor del sacerdocio? Yo veria en semejante aversion tan poca justicia como filosofía. ¡Qué, Señores! ¿Somos acaso nosotros como bárbaros en medio de vosotros? ¿Forman por ventura los sacerdotes una colonia de extran-

jeros introducidos en el seno de la Francia por violencia ó por engaño? ¿No son los hijos, los hermanos, los parientes y los amigos de los demás franceses? ¿No les habeis debido á ellos un grandísimo número de vosotros la primera educacion? ¡Cuántos habrá en este numeroso auditorio unidos por los vínculos de la sangre y de la naturaleza, por el reconocimiento y la amistad, á individuos del clero que, por sus dignidades, sus talentos, sus virtudes ó sus servicios, han sido el apoyo, la gloria y el consuelo de sus familias! Al tratar, Señores, de hacer el elogio del sacerdocio y de celebrar las virtudes de los que han sido su ornamento, no callaré los vicios de los que han sido su oprobio; diré la verdad sin exageracion y sin debilidad: pero, oponiendo á los sofismas la recta razon, á las declamaciones del odio las reflexiones de la buena fe, y á las vagas alegaciones los hechos positivos, haré ver, y de ello espero convenceros, que el sacerdocio de la religion cristiana es la institucion mas favorable á la humanidad de cuantas el mundo ha conocido. Expondré primeramente su utilidad, y en seguida examinaré las acusaciones que contra él se hacen.

Si yo me propusiese considerar el sacerdocio por su lado mas sublime, diria que el sacerdote como sacrificador de la nueva ley, está destinado á ofrecer aquella víctima inefable que por su dignidad misma tributa á la infinita majestad

homenajes dignos de ella, y que, apaciguando el cielo, hace bajar su bendicion sobre la tierra; diria que, como depositario de los favores divinos, los dispensa á todas las edades, santificando al niño en la cuna igualmente que al anciano á orillas de la tumba; diria que, como embajador de Jesucristo hácia los hombres, está destinado á llevar su Evangelio entre los reyes y los pueblos, á formar en todas partes adoradores de Dios en espíritu y verdad; y diria que, como un nuevo Moises, debe conducir por entre los desiertos del mundo presente á un pueblo de verdaderos Israelitas, que empieza en su peregrinacion esta vida de inteligencia y de amor que ha de consumarse en la eternidad. Tales son las ideas que los libros santos nos dan del sacerdocio; y á la verdad, Señores, lo diré como de paso, cualquiera conoce que si está al arbitrio de los hombres empobrecer y perseguir un ministerio tan sublime, de ningun modo está en su poder degradarle ni envilecerle. Voy sin embargo á considerarle únicamente bajo el punto de vista mas accesible á nuestra débil humanidad, quiero decir, en sus relaciones con los intereses de la vida presente. ¿Y qué es el sacerdocio así considerado? El sacerdocio así considerado es un ministerio de zelo universal, generoso y heróico, que se extiende á todas las necesidades del hombre, y que no eleva á los sacerdotes sobre todos por su dignidad, sino

para hacerlos los servidores de todos por la caridad. El ministro de la religion, cristiano para sí mismo y sacerdote para los demás, es por su estado y vocacion especial el hombre de Dios sobre la tierra para hacer bien á sus semejantes; su destino es trabajar en hacerlos mas felices haciéndolos mejores; su doble mision es dedicarse á instruirlos en la virtud y aliviarlos en sus males, y su mayor triunfo seria morir víctima de su zelo.

He dicho en primer lugar que nuestra mision es para instruir. ¿Que espectáculo presentaba la tierra entera antes del cristianismo? Toda estaba llena de hombres ignorantes á quienes era preciso atraer á la virtud; la idolatría era el reinado del vicio, no menos que el del error. ¿Que remedio habia para curar al entendimiento humano de llagas tan profundas y de enfermedades tan inveteradas? ¿Qué podian hacer los filósofos para la curacion de tantos males? Ya los mas hermosos ingenios habian ilustrado á Roma y á la Grecia; Sócrates habia muerto como un sabio, Platon habia hablado en aquel lenguaje por el que se le dió el renombre de *Divino*, y Ciceron habia escrito un hermoso código de moral; pero no por eso dejaba de cubrir el universo la nube de la idolatría con todas las supersticiones y todos los vicios monstruosos que produce. ¿Qué podian los oradores y los poetas? Demasiado frecuentemente

celebraban el vicio y los deleites; y, lejos de destruir los errores populares, los acreditaban con sus obras. ¿Qué podian en fin los sacerdotes del paganismo? Podian presidir la pompa de las fiestas, decorar los templos de los falsos dioses, é inmolar víctimas en honor de estos; pero muy frecuentemente se prestaban á cosas licenciosas y bárbaras; y, lejos de curar los entendimientos de sus supersticiones, los alimentaban con ellas, y además ningun imperio tenian sobre las almas para desarraigar de ellas los vicios y hacer brotar las virtudes. Mas viene Jesucristo, y, al fundar una ley nueva, establece tambien un sacerdocio para perpetuarla; pasa el apostolado de sus primeros discípulos á sus sucesores; y he aquí el principio de esa cadena de pontífices y de sacerdotes que de generacion en generacion y de siglo en siglo han llegado hasta nosotros. Si Señores, á los Apóstoles y á los herederos de su mision esparcidos de edad en edad en medio de las naciones, es á quienes corresponde la gloria de haberlas ilustrado. Si el mundo romano, si los pueblos civilizados ó bárbaros que no estaban sujetos á su dominio, si nuestra Europa en particular han salido de las tinieblas del paganismo, no han debido la luz á filósofos, á oradores ni á legisladores, sino á obispos y á sacerdotes; y los pueblos antiguos, así como los del Nuevo Mundo, no se han hecho ilustrados sino á medida que el Evangelio ha ido penetrando

en ellos. Para hablar de lo que nos toca mas de cerca, en las Galias, en estos paises de que en el dia se compone la Francia, la idolatría se vió huir delante el Evangelio como la noche huye ante la claridad del dia. ¿Pero de quién recibieron este Evangelio sino de aquellos ministros de Jesucristo que aparecieron en ellos hace ya diez y seis siglos? Aquí es preciso nombrar á un Pótino, á un Ireneo de Leon, á un Trófimo de Arles, á un Dionisio de Paris, á un Saturnino de Tolosa, á un Austremonio de Clermont y á un Martin de Tours, sin citar á otros muchos que á ejemplo de estos evangelizaron estas comarcas infieles, y que para fertilizarlas las regaron con su sudor y aun con su sangre.

La obra comenzada por estos varones apostólicos fué continuada y perpetuada hasta nuestro siglo por otros cuyas conquistas sobre la idolatría podria seguir con la historia en la mano; pero sin necesidad de remontarnos á los tiempos pasados, ¿no bastará, para apreciar el sacerdocio, ver lo que hoy mismo sucede en el universo cristiano? En el seno de las ciudades y de las aldeas se encuentran pastores ilustrados y caritativos, encargados de enseñar á los hombres las verdades mas importantes, y las únicas que son absolutamente necesarias. La clase mas indigente, la mas olvidada, la que desprecian el sabio y el rico, la que forma la inmensa mayoría

de los pueblos, esa clase cuyas costumbres agrestes es tan necesario suavizar, y cuyas pasiones brutales es tan preciso contener, esa es á la que se dirigen mas especialmente la atencion y el cuidado del pastor. ¿Y qué seria sin él de esas almas groseras privadas de toda educacion religiosa? ¿Que idea se formarian de Dios, de la Providencia, de la vida futura y de todas las máximas fundamentales que arreglan los deberes en cuya práctica consiste la probidad y la buena fe, y son por consiguiente la mejor salvaguardia de las virtudes domésticas y civiles? La verdadera educacion del pueblo es la Religion, y sus verdaderos maestros son los que por su estado estan encargados de enseñársela, y que saben el modo de hacérsela amar y practicar. Apenas los rayos de una razon naciente iluminan á los niños, se les conduce ya á nuestros templos; la santidad del lugar, el aparato de las ceremonias sagradas, los cánticos divinos y la presencia respetuosa de los asistentes, podrian por sí solos hacer en ellos impresiones favorables; pero esto no basta, y si no se ilustrase de otro modo á la infancia, toda esta pompa seria nula para ella, é, hiriendo solamente su vista, nada diria á su corazon. El sacerdote hace penetrar en sus almas aun nuevas las primeras nociones de un Dios, padre comun de todos los hombres, de su providencia llena de bondad, y de esa vida futura en que han entrado nuestros pa-

dres. De ellas dimana la obligacion de adorar á Dios, de seguir su ley y de ser fiel á todos los deberes; ellas causan aquellas primeras impresiones de piedad, aquella delicadeza de conciencia que no permite obrar mal, aquellos remordimientos que se siguen al pecado, y aquel amor secreto á la virtud que se hace sentir aun cuando se la abandona. ¡Oh! ¡cuán venerable es un pastor rodeado de niños, acogiéndolos con ternura á imitacion de Jesucristo, y humillándose hasta ellos para suministrarles la leche de la sagrada doctrina, hasta tanto que les distribuya un alimento mas sólido! Entre tanto, estas primeras semillas de virtud crecen y se desarrollan con la edad, y el párroco continúa dispensando á la edad mas avanzada la misma solicitud que ha dispensado á la infancia. De este modo, por medio del ministerio sacerdotal, se forman el buen hijo, el buen padre, el buen hermano, el amigo fiel y el hombre de bien, y las instrucciones del pastor llegan á ser un beneficio inmenso para la sociedad.

Poned en lugar de un párroco respetado un sabio del siglo, un filósofo tan hábil y elocuente como le querais suponer, pero que no sea cristiano: ¿qué enseñará al pueblo? Si tuviese la desgracia de ser ateo ó materialista, enseñaria por necesidad, para ser consecuente, que Dios, la Providencia y la vida futura son quimeras soñadas por impostores; que el hombre no es

mas libre en sus acciones que la piedra en su caida, y la planta en su vegetacion; y que en realidad el bien y el mal son una invencion humana. ¡Que bellas máximas estas para hacer hombres de bien á nuestros labradores, á nuestros artesanos, y al pueblo de nuestras ciudades y aldeas! ¡Infelices almas las que tuviesen la desgracia de ser adoctrinadas por tales maestros! Sea si quereis deista semejante doctor: yo convengo en que entónces podrá, sin ser inconsecuente, hablar de Dios y de Providencia, de conciencia y de deberes, de vicio y de virtud; pero ¿en nombre de quién haria oir su voz y sus lecciones? ¿Cuáles serian los títulos de su mision, y que autoridad tendria su doctrina? No basta predicar una moral pura; el punto capital es darle imperio sobre el corazon y hacerla pasar á las acciones. Siendo la filosofía humana tan incierta y tan vaga en sus opiniones acerca de lo futuro, ¿de dónde sacaria motivos que moviesen á practicar el bien en todas las ocasiones, aun en las mas difíciles, y á ser fiel al deber aun á costa de la vida? ¿En dónde encontraria recompensas seguras para la virtud, y castigos indefectibles para el vicio? «Filósofo, decia Juan «Santiago Rousseau (1), tus leyes morales son «hermosas; pero hazme el favor de mostrarme «su sancion.» ¡Que inmensa distancia entre

(1) *Émile*, lib. IV, nota.

este y un párroco en su cátedra evangélica, revestido de su carácter sagrado, apoyado en la fuerza de las tradiciones y en la autoridad de los siglos, hablando en nombre de Dios que se ha dignado revelarse á los hombres, y de la Iglesia que le ha investido de sus poderes! Por esto solo escuchada su palabra como la palabra de Dios, será al mismo tiempo la luz que alumbre, el freno que contenga, y el apoyo que fortalezca. De este modo, miéntras que la palabra del filósofo seria estéril en virtudes y débil como el hombre de quien dimana, la del sacerdote es espíritu y vida como Dios mismo de quien deriva.

He dicho tambien que nuestra mision era la de aliviar los males de la humanidad. En efecto, desde que Jesucristo profirió estas palabras: *Bienaventurados los misericordiosos* (1), no ha cesado de animar á la iglesia católica el espíritu de conmiseracion para con los pobres y los desgraciados. Desde su mismo orígen se le vió ya brillar en abundantes socorros que los ricos prodigaban á la indigencia; san Pablo en sus viajes evangélicos recogia las piadosas liberalidades de los fieles para socorro de la iglesia afligida de Jerusalen; y nadie ignora que los Apóstoles se vieron obligados á descargar en otros ministros inferiores el cuidado de distribuir las limosnas.

(1) *Matt.*, v, 7.

Los huérfanos, los niños abandonados, y sobre todo los hijos de los mártires, los confesores de la fe, los enfermos, los ancianos, todas las edades en fin y toda especie de infortunio, eran objeto de la tierna solicitud de los pontífices y de los sacerdotes de la nueva ley; y era tal la caridad que estos supieron inspirar á los primeros cristianos, que, segun refiere Tertuliano, exclamaban asombrados los paganos: «Mirad como «se aman unos á otros (1).» Su caridad se extendia hasta á sus mismos enemigos; de tal modo, que, devastando una peste cruel la ciudad de Alejandría en tiempo del emperador Valeriano, los cristianos no solo se dedicaban á la asistencia unos de otros, sino tambien á la de los paganos sus perseguidores. Nadie ignora tampoco lo que Juliano apóstata decia á Arsaces, pontífice de los falsos dioses en Galacia, en una carta (1) en que le exhortaba á seguir el ejemplo de los discípulos del Evangelio, quienes (estas son sus palabras), «además de alimentar á sus «pobres, alimentan tambien á los nuestros, al «paso que nosotros los dejamos carecer de «todo.»

Pero cuando principalmente comenzó á desplegarse en todas partes del modo mas asombroso el espíritu de una caridad compasiva, fué des-

(1) *Apologet.*, cap. XXXIX.
(2) Epist. XLIX, edic. de 1630 en 4°.

pues que Constantino dió la paz á la Iglesia. Entónces se erigieron en todas las grandes ciudades, por el zelo ó por el ascendiente de los ministros de la Religion, asilos públicos para la indigencia y la desgracia; estos generosos ejemplos, desconocidos en el paganismo, fueron imitados en los tiempos posteriores y han existido en todos los pueblos en que se estableció el Evangelio. ¿Cuál es hoy en el mundo cristiano el pais, la ciudad, aun de mediana poblacion, que no posea algun precioso monumento de la caridad cristiana? Y ¿quién ha sido, Señores, por lo comun, el que los ha fundado, dotado, arreglado, fomentado y sostenido? El zelo de los sacerdotes.

He aqui una reflexion que pocos hacen, pero que es muy á propósito para penetrarnos de todo lo que ha hecho y puede aun hacer el sacerdocio en favor de la humanidad. Bien conoceis esas sociedades de doncellas cristianas, que, bajo diversos trajes y diversas denominaciones, se consagran al alivio de los desgraciados, á la asistencia de los enfermos y á la enseñanza de las niñas de las clases indigentes: son las hijas de san Vicente de Paul, de santo Tomas de Villanueva, las hermanas de san Mauro, las hermanas de Nevers, las hijas de la Cruz, las hijas de la Sabiduría, las hermanas de la Providencia, las religiosas de san Miguel y otras muchas que no nombro. Os confesais vosotros mismos conmovidos por el zelo de estas heroinas de la ca-

ridad; os regocijais de verlas esparcidas para la felicidad de vuestros semejantes por todas las provincias de este vasto reino; y mirariais su ruina como una inmensa calamidad. Y bien, ¿quién ha fundado esas inapreciables sociedades? ¿quién las ilustra todavia, las dirige y las sostiene? El sacerdocio. Quitad en efecto á su piedad la palabra de Dios, los santos misterios, el uso de los sacramentos, los consejos, los consuelos y los socorros espirituales que reciben de los ministros del altar; y las veréis perecer inevitablemente. ¡Qué ciegos son los enemigos del sacerdocio! Y son tambien, sin pensarlo, los enemigos de la humanidad, pues no ven que si el sacerdocio llegase á extinguirse, se extinguiria al mismo tiempo con él cuanto consuela y alivia mas eficazmente la humanidad doliente.

Sin salir de esta capital, ved, Señores, lo que pasa á nuestra misma vista. ¿De que modo se han formado esas piadosas asociaciones, ya sea para proporcionar una educacion cristiana á los huérfanos y á los niños desamparados de las últimas clases del pueblo; ya para llevar socorros á esos pobres á quienes la vergüenza obliga, digámoslo así, á ocultar su miseria, y que son tanto mas dignos de compasion cuanto desde mas alto han caido en el infortunio; ya para dar libertad á esos hombres, mas desdichados que culpables, encarcelados por deudas; ya para

atraer á mejores pensamientos á esos jóvenes sepultados en las cárceles, á quienes delitos precoces han hecho caer en manos de la justicia, y para prepararles un asilo donde manos sabias y puras los acostumbren al trabajo y á la virtud; sea para catequizar á esas rústicas tribus de niños que salen de sus montañas y vienen á ejercer en esta capital un oficio grosero, pero útil; sea para visitar, asistir y consolar á los enfermos en los asilos de la miseria pública; sea para arrancar al vicio esas víctimas de la corrupcion, abandonadas á sí mismas en las casas de correccion; sea en fin para proporcionar dignos maestros á los hijos de los habitantes de los campos? ¿Cuál es, os pregunto, el alma secreta de estas obras santas? Subamos hasta su orígen, y veremos frecuentemente que un simple eclesiástico fué quien concibió el plan, quien dirige su ejecucion, y quien da á todo el movimiento y la vida.

De este modo el sacerdocio cristiano es como un manantial público, de donde corren sin cesar aguas que llevan á todas partes la vida y la fecundidad. ¿En dónde se encontrará sobre la tierra un ministerio mas útil? Es ciertamente laudable y útil que el guerrero se arme para la defensa de su patria, que el sabio se enriquezca con el fruto de sus vigilias y descubrimientos, y que el magistrado mantenga las leyes en vigor; pero á pesar de la fuerza, á pesar de la ciencia y aun de la autoridad de las leyes, ¿qué seria del ór-

den social sin la Religion, y qué de la Religion sin el sacerdocio que perpetúa su doctrina, que inspira sus sentimientos y que hace practicar sus virtudes? Nosotros no defendemos el estado con las armas, como el guerrero; pero, soldados de Jesucristo, somos centinelas vigilantes sobre las murallas de la ciudad santa, con la trompeta evangélica en una mano para tocar al arma contra los escándalos y los vicios que son la plaga de las costumbres y de la familias, y la espada de la verdad en la otra para impugnar las malas doctrinas que se dirigen á hacer á los hombres malvados por sistema. Nosotros no enseñamos á los hombres, como el sabio, á conocer el curso de los astros, la estructura del globo, los animales que le habitan ó las plantas que hermosean su superficie; pero enseñamos al pueblo á amar y á adorar al autor de todas estas maravillas; le enseñamos en fin la ciencia de sus deberes, que es la primera de todas las ciencias. Es ciertamente necesario para el bien de la sociedad que el magistrado vele por la conservacion de las leyes, que contenga á los malvados y proteja al inocente contra el opresor; pero si el magistrado castiga los crímenes, despues de cometidos, por el imperio que tiene sobre las acciones, el sacerdote por el imperio que ejerce sobre las conciencias impide que se cometan; y si el primero hace que cesen las disensiones, el segundo las ahoga en su nacimiento.

¿Qué quieren pues los vanos detractores del ministerio sagrado? ¿A qué esas injurias y esos arrebatos? ¿Porqué esos esfuerzos para cubrir el sacerdocio de oprobio, de ridiculez y de desprecio? ¿Pretenden inspirar hácia él un tedio tal, que las familias pongan todo su conato en separar á sus hijos del santuario, ó que aquel no tenga ni crédito, ni consideracion, ni autoridad? Sí; aspiran á aniquilarle ó á envilecerle: si por un efecto de consideracion pronuncian algunas veces con respeto la palabra *religion,* no pronuncian al parecer la palabra *sacerdote* sino agitados de odio. Yo creo sin embargo que tan imposible es hallar el secreto de tener religion pública sin sacerdocio, como justicia legal sin magistratura. ¿Y será posible dejar de lamentarnos del extravío de los entendimientos en nuestros dias, y de las consecuencias funestas que puede traer consigo? Hubo un tiempo en que un insensato se atrevió á decir desde la tribuna política: *Yo soy ateo, y me glorio de serlo;* pero al mismo tiempo que esta expresion, mas absurda si es posible que impía, excitaba las aclamaciones del delirio, el Eterno por las venganzas mismas que ejercia en la tierra daba á conocer que él reinaba en los cielos. Proclamar así solemnemente el ateismo, era proclamar la muerte del cuerpo social; y en efecto ya no existia verdadera sociedad. Hoy no se lleva tan adelante este exceso de furor; pero, cuando se representa en el teatro

á los sacerdotes del paganismo como unos impostores cuyo imperio se fundaba solo en la credulidad popular, se tiene la osadía de hacer injuriosas aplicaciones al sacerdocio cristiano, y la impiedad prodiga repetidos aplausos: ¡insulto público y solemne, y por decirlo así nacional, que recae sobre el mismo Jesucristo fundador del sacerdocio, y que me hace temer que aun está levantado sobre la Francia el brazo del Dios vengador! En vano, Señores, intentamos alucinarnos; por mas que hagamos, no mudaremos la naturaleza de las cosas; el mundo social tiene sus leyes así como el mundo físico, y no existe sino con ciertas condiciones necesarias, y tales, que jamás las violan los pueblos sino con detrimento de su reposo ó de su libertad. La Religion es pues, tanto para la sociedad como para el hombre particular, la primera de todas las cosas, porque Dios es el primero de los seres; y todos los sofismas de la tierra no impedirán que la Religion perezca si perece el sacerdocio, y que la sociedad deje de existir si se pierde la Religion.

Pasemos á examinar las acusaciones que se han hecho al sacerdocio.

Los vicios y los escándalos que demasiado frecuentemente han manchado el santuario; la autoridad del clero y su grande influencia en el órden civil y político durante muchos siglos, principalmente desde el VII al XVI; en fin sus riquezas, cuyo origen y uso tanto se censura:

ved aquí, Señores, en qué se fundan las acusaciones que se hacen al sacerdocio. Vamos á examinarlas con franqueza é imparcialidad.

No pretendemos ciertamente disimular ni justificar los desórdenes que han podido manchar el santuario; pero es preciso dar á las cosas su justo valor, y sobre todo no prevalerse contra el cristianismo de los vicios de algunos de sus ministros. Vosotros echais en cara al clero desórdenes y escándalos; ¿pero es acaso posible que esté totalmente exento de ellos? ¿Son ángeles acaso los sacerdotes? No, Señores, hombres como los demás é hijos de su siglo, colocados en medio de un mundo perverso, cercados de malos ejemplos, arrastrados por las inclinaciones de una naturaleza débil y corrompida, y expuestos á mil peligros aun por razon de su mismo ministerio, ¿será extraño que los alcance el contagio universal? Vosotros recogeis con gran placer en los fastos de la Iglesia algunos rasgos de libertinaje, de avaricia y de ignorancia que la avergüenzan, y no atendeis á las grandes virtudes en que consiste su gloria. Olvidais á tantos santos pontífices, que por la pureza de vida han sido el modelo de sus rebaños; á tantos santos pastores, que se han consagrado á la instruccion de los habitantes de los campos, y que se han despojado de todo para socorrer á los desgraciados; á tantos santos misioneros, que en todos los siglos han arrostrado los peligros, los tormentos y

la muerte para llevar á las naciones infieles el Evangelio y las virtudes que inspira; á tantos miembros venerables de aquellas comunidades religiosas, que se entregaban con tanto fruto como zelo á la educacion de la juventud. Es preciso, Señores, no perder de vista que el vicio es descarado, y que muy luego se da á conocer; pero que la virtud es modesta é ignorada, y que un solo sacerdote vicioso hace que injustamente se piense del mismo modo de otros muchos que no lo son.

Yo confieso que los vicios del sacerdote excitan mas la indignacion, á causa de la santidad misma de su vocacion y de su carácter; pero por último, ¿no estan obligadas todas las clases de que se compone la sociedad civil á practicar la virtud? ¿Y hay sin embargo alguna que pueda gloriarse de no merecer reconvenciones? ¿Han seguido siempre todos los magistrados en sus asuntos personales, y aun en la administracion de justicia, esa probidad é imparçialidad de que blasonan y de que hablan continuamente? ¿Practican en sí mismos todos los que profesan el arte de curar la templanza que prescriben á los demás? ¿Han sido irreprensibles todos esos reformadores que han declamado contra los vicios del clero, ó, por mejor decir, no ha sido frecuentemente la licencia de sus escritos una exposicion fiel del desarreglo de su conducta? Y últimamente, ¿es acaso bastante pura para dar lec-

ciones de virtud la lengua de todos esos jóvenes que dirigen sus invectivas contra nosotros? Creedme, Señores, sea cada uno justo consigo mismo en lugar de adularse á sí propio, y conocerá la necesidad de ser indulgente con los demás.

Consultemos la historia, y veremos que aun en las edades mas desacreditadas por sus desórdenes y su barbarie, en los siglos IX, X y XI, ha producido el clero en todos los puntos de la Europa muy santos personajes (1), san Dunstan en Inglaterra, san Uldalrico en Alemania, san Adalberto en Bohemia, san Bonifacio mártir en Rusia, san Brunon en Prusia, san Gerardo en Hungria; y se conoce bien que sus virtudes han debido tener muchos imitadores cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. En nuestros mismos dias, y á pesar de la decadencia de la fe, ¿no ha dado al mundo la iglesia de Francia el espectáculo de virtudes llevadas hasta el heroismo? ¿Y no podemos invocar en esta parte el testimonio de las naciones benéficas, aun las de una comunion diferente, á las que fueron arrojados por nuestras tempestades políticas tantos generosos ministros de la Religion? Sí, á la iglesia de Francia pueden aplicarse estas palabras de los libros santos: « Vió con calma y

(1) Fleury, *Mœurs des Chrétiens*, núm. 61.

« dignidad los dias de sus desgracias : » *espiritu magno vidit ultima* (1).

Se refieren sin cesar los escándalos y las infamias que han manchado algunas veces la silla de Roma; pero, porque haya habido algunos pontífices abominables, ¿se cometerá la injusticia de olvidar el gran número de los que se han hecho recomendables por las virtudes mas nobles? ¿Qué hallais en la silla apostólica en los nueve primeros siglos de la iglesia cristiana, mas que una serie de pontífices de una piedad eminente? Muchos de ellos fueron mártires de la fe, y, segun observa Fleury (2), solo hay unos pocos en este espacio de novecientos años que no esten venerados por su santidad. En el discurso de los tres últimos siglos no ha habido uno solo que no haya sido de costumbres irreprensibles. Designadme un solo trono en el mundo, ocupado durante diez y ocho siglos por una sucesion de príncipes, que en general sea tan respetable y tan digna de veneracion como la de los romanos pontífices.

Pero pasemos á examinar lo que es materia de la segunda acusacion, la autoridad del clero y su influencia en el órden civil y político, que sus enemigos llaman terminantemente usurpacion. Yo no ignoro que mas de una vez se han

(1) *Eccles.*, XLVIII, 27.
(2) *Mœurs des Chrétiens*, núm. 32.

suscitado contiendas de jurisdiccion entre los obispos y los magistrados, y que el falso zelo ó la ambicion han hecho traspasarse á veces por ambas partes los justos límites. Pero examinemos las cosas en su conjunto y en sus resultados. Si buscamos de buena fe el orígen del grande poder del clero desde el siglo VI hasta el XVI, le hallaremos, no en un sistema meditado y seguido con perseverancia, sino en la naturaleza misma de las circunstancias y de los sucesos, en las virtudes, en las luces, en los servicios del estado eclesiástico, y en la política de los príncipes inspirada por el agradecimiento ó por el interés.

En efecto, hácia mediados del cuarto siglo y en el siguiente, brillaba la iglesia cristiana con todo el esplendor del ingenio y de la virtud; entónces aparecieron en el Oriente los Atanasios, los Basilios, los Gregorios Naciancenos y los Crisóstomos, y en el Occidente los Jerónimos, los Ambrosios y los Agustinos, y su gloria recayó como era natural sobre el cristianismo, y en particular sobre el episcopado y el sacerdocio. Arrójanse entretanto los bárbaros del norte sobre las provincias del imperio romano, y llevan por todas partes con su impetuosa ferocidad el estrago y la desolacion; las Galias, la Inglaterra, la España y la Italia, son presa de sus feroces legiones; á los azotes de la guerra se junta el de la peste; y si se quisiera, dice Robert-

son (1), fijar la época en que el género humano fué mas miserable, fuera preciso designar el periodo de tiempo trascurrido desde el fin del cuarto siglo hasta casi el fin del sexto (2). Costumbres, leyes, usos, todo, hasta los nombres, se mudó entónces, lo que no puede suceder sino en medio de las mas espantosas calamidades. ¿Y cuál fué en aquel trastorno universal el mayor recurso de los pueblos oprimidos? La caridad, Señores, la proteccion de los obispos y de los ministros de la Religion. «Cuando la violencia hace que «enmudezcan todas las leyes, entónces la razon, «la humanidad y las luces, llegan á ser insensi- «blemente el único poder que los desgraciados «pueden invocar y poner entre ellos y sus opre- «sores (3).»

¡Y que servicios no hicieron á sus pueblos los jefes de la Iglesia durante las conquistas de los bárbaros! Frecuentemente contuvieron el furor de los vencedores, y salvaron su ciudad del pillaje, aun con peligro de su misma vida. «Atila se alejó de Roma á ruegos del papa san «Leon, de Troyes á los de san Lupo, de Or- «leans á los de san Aignan; pero san Dizier de «Langres, y san Nicasio de Reims fueron de- «gollados por los Vándalos por no abandonar

(1) Introduction à *l'Histoire de Charles V.*
(2) Desde el año 395 hasta el de 571, que son 176 años.
(3) Moreau, *Discours sur l'histoire de France*, tom. I, pág. 307.

« sus rebaños (1).» Toma Teodorico á Odoacro la ciudad de Pavía, y al ver llegar al obispo de la ciudad, llamado Epifanio : « Ved aquí, « dice á sus cortesanos, el baluarte mas fuerte « de Pavía; ese hombre, cuyo exterior es tan « sencillo, no tiene igual en el universo.» Así es que, al retirarse de ella, dejó á su mujer, madre y hermana, bajo la salvaguardia del obispo, y ciertamente era dejarlas bajo la salvaguardia de la virtud y de la Religion (2). ¡Y que imperio no debieron tener naturalmente sobre los ánimos estos obispos tan amantes de sus pueblos! Movidos de sus virtudes y de sus luces, los príncipes bárbaros, convertidos al cristianismo, los nombraron sus consejeros, y quisieron aprender de ellos el verdadero modo de gobernar y de atraerse á sus vasallos.

Para hablar mas particularmente de lo que nos toca mas de cerca, ved á Clodoveo echando hácia fines del siglo V los cimientos de la monarquía francesa. Instruido por san Remigio, abraza el Evangelio, y es el único príncipe ortodojo de su tiempo, pues todos los demás eran arrianos ó infieles. En él ve la iglesia católica de occidente un libertador suscitado por la Providencia, y los obispos favorecen sus designios para afirmar su trono. Tan político como conquista-

(1) Fleury, *Mœurs des Chrétiens*, núm. 38
(2) Moreau, *Discours sur l'Histoire de France*, tom. I, pág. 308 en la nota.

dor, Clodoveo hace entrar á los obispos en sus consejos supremos llamados *Plaids;* y á nadie puede ocultarse cuanta preponderancia debian tener sobre los jefes de los ejércitos franceses, valientes pero ignorantes, justos algunas veces, pero siempre feroces. « Clodoveo era demasiado « prudente, ha dicho el presidente Henault (1), « para no conservar á los obispos el imperio « que tenian sobre el espíritu de los pueblos, y « que siempre habia cedido en beneficio suyo; « y en esto consistió que mucho tiempo despues « se viese todavía á los eclesiásticos conservar « tanta influencia en los negocios del estado.»

¿Y cómo era posible que no se conservase por mucho tiempo esta influencia que comenzó con la monarquía? ¿No es natural, no es inevitable y aun necesario para la felicidad de los pueblos, que la consideracion, el aprecio, la confianza, y por último el poder, sean la recompensa del mérito y de las luces? ¿Y en dónde, Señores, se encontraba uno y otro durante muchos siglos sino en el clero? El estudio de las ciencias humanas empezó á decaer desde el principio del siglo VII, en términos que casi no eran cultivadas sino por los eclesiásticos. En efecto ellos solo estaban encargados de su enseñanza pública, y las letras no tenian mas asilo que las escuelas de las catedrales y de los monasterios.

(1) *Histoire de France*, año de 822.

Cuando Carlo Magno en el siglo IX procuró reanimarlas, fué sirviéndose de los obispos, de los sacerdotes y de los religiosos mas sabios; el mismo aprendió del célebre Alcuino la dialéctica, la retórica y la astronomía; laudables esfuerzos ciertamente, pero que no impidieron que el estudio de las ciencias fuera siempre decayendo. La barbarie continuó extendiéndose en el siglo X; la ignorancia de las ciencias humanas llegó á hacerse mas profunda entre los hombres del mundo; los príncipes y los señores poseian apenas los primeros conocimientos de las ciencias, y por lo comun no sabian leer ni escribir: en fin de tal modo quedó limitado el estudio de las bellas letras á los clérigos, es decir á los eclesiasticos, que se llamaba al hombre sabio *gran clérigo*, y la ciencia *Clerecía* (Clergie) (1). Todos saben que Enrique primero, rey de Inglaterra, en el siglo XII, debió á su instruccion y á su elocuencia el sobrenombre de *bello clérigo*. En efecto todo lo mas ilustrado que habia en aquellos siglos pertenecia al estado eclesiástico. Es necesario reconocerlo, el clero era entónces el depositario, no solamente de la ciencia divina, sino de todos los conocimientos humanos que no se habian perdido; y ¿cómo era posible que solo por esto no tuviese un ascendiente extraordinario? Vituperarle pues

(1) Pasquier, citado por Hénault. *Histoire de France*, año de 992.

su antiguo poder, es vituperarle la superioridad de sus luces y el imperio que ellas dan, es acusarle como de un crimen de lo que era una necesidad y una felicidad para los pueblos. Mucho mas justo ha sido Leibnitz al decir: «En los siglos en que solo los eclesiásticos «cultivaban las letras, y en que todos los demás «hombres libres seguian la profesion de las «armas, era conveniente que el gobierno mi«litar fuese templado por la autoridad de los «sabios, es decir de los eclesiásticos (1).»

Me parece que en lugar de insultar al clero por su estado actual, seria mas generoso recordar sus antiguos servicios y su antigua gloria. ¡Cuántos hombres singulares en todos ramos no presentan los fastos de nuestra Iglesia! Limitándonos á citar algunos que se han distinguido en diversas épocas y en diferentes posiciones, nombraremos en la política á un Suger y á un Richelieu; en las negociaciones, á un d'Ossat y á un Polignac; en la alta filsofía, á un Gassendi y á un Malebranche; en las ciencias eclesiásticas, á un Tomasino y á un Fleury; en las ciencias físicas, á un Mersenne y á un La Caille; en la erudicion profunda, á un Mabillon y á un Petavio; en el conocimiento de las lenguas antiguas y sabias, á un Amyot, á un Huet, á un Jouvency y á un Santeul; en la elocuencia, á un

(1) *us obras*, tom. V, pág. 143; *Pensées de Leibnitz*, tomo II, pág. 300.

Massillon, á un Bourdaloue, á un Fenelon y á un Bossuet; entre los historiadores, á un Saint-Real y á un Vertot; entre los solitarios, á un san Bernardo y á un Rancé; entre los bienhechores de la humanidad, á un Lasalle, fundador de los Hermanos de las escuelas cristianas, y á un Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad. Rodeada de todos estos personajes ilustres y de otros muchos que no nombro, es como la iglesia de Francia se presenta á nuestros homenajes y á los del universo entero.

En el dia no se repara en acusar al clero de dejar extinguir esta herencia de gloria; ¿pero será culpa nuestra que el destierro, los padecimientos, las largas prisiones, fatigas excesivas, ó una muerte violenta, hayan arrebatado una multitud de dignos ministros que serian hoy el apoyo y el ornamento del santuario ? ¿ Quién ignora que la hoz revolucionaria segó sus victimas con especialidad en las principales clases de la jerarquia sagrada? ¿Será culpa nuestra que en cierta época, por espacio de doce años consecutivos, haya sido imposible formar discípulos para el servicio del altar, y que por consiguiente se encuentre un vacio inmenso en el ministerio pastoral?¿Será en fin culpa nuestra que, desanimadas las familias por mas de una causa, vean con disgusto á sus hijos inclinarse á la carrera eclesiástica, y que las urgentes necesidades de tantas iglesias desamparadas obliguen á abreviar el

tiempo de los estudios de los jóvenes clérigos? No creamos por esto que para ser útil un clérigo necesite toda la ciencia de un Fleury, ó la elocuencia de un Bossuet: no, Señores, sin mas que conocer los libros santos y las reglas de la moral cristiana, y unir á una razon sana una piedad sólida, puede hacer servicios importantísimos. Con solo explicar los mandamientos de Dios, esparcirá entre el pueblo principios de órden, de justicia y de sociabilidad, miéntras que otros muchos no hacen con toda su falsa ciencia mas que introducir en el cuerpo social un gérmen de disolucion y de muerte. Además, ¿qué derecho hay para echar en cara al clero su decadencia? ¿No sucede lo mismo en todas las demás clases? Al oir á algunos de nuestros detractores, se creeria que todas las demás profesiones abundan en varones de un mérito eminente, y que por todas partes se encuentran en gran número institutores como Rollin, filósofos como Descártes, poetas como Corneille, capitanes como Turena, publicistas como Montesquieu, magistrados como d'Aguesseau, administradores como Colbert y estadistas como Sully. Sean modestas, Señores, todas las clases de que se compone la sociedad; pues en esto no harán mas que hacerse justicia á sí mismas. Treinta años de experiencia, de errores y de locura, nos han enseñado á conocer y apreciar segun su mérito la doctrina y la habilidad de todos esos hombres

que se creen los únicos capaces de ilustrar y de dirigir al género humano.

Paso á lo que forma el asunto de la tercera acusacion, á saber, las riquezas del clero, cuya reparticion, cuyo origen y uso tanto se censura. Observemos primeramente que estas riquezas eran como el patrimonio comun de todas las familias, pues que todas sin excepcion podian aspirar á ellas inclinando á sus hijos al sacerdocio; que si las dignidades mas eminentes y que mayores rentas disfrutaban, eran por lo comun, y muchas veces por razones muy sabias, el patrimonio del nacimiento, no por eso estaba ninguno excluido de obtenerlas, como lo prueban Massillon, Flechier, d'Ossat, Amyot y otros muchos; y que habia además, en las diversas clases de la jerarquía, una multitud de destinos honrosos ocupados por hombres que correspondian á las clases medias, y aun á las mas oscuras. Una de las máximas fundamentales del gobierno eclesiástico es que los empleos deben darse solo al mérito; por cuya razon no sé en que pueda fundarse justamente el odio que excitaban unos bienes que podian poseer Franceses de todas clases.

¿Pero qué deberemos pensar acerca de su origen y de su uso? Yo quiero suponer que en el trascurso de diez y ocho siglos hayan sido arrancadas por medio de fraudes criminales algunas donaciones y herencias; sin embargo siem-

pre seria tanta ignorancia como mala fe no convenir en que estos ejemplos han sido rarísimos. La historia atestigua que las concesiones de territorio fueron en general muy libres, y que en su orígen consistian en bosques desiertos, en terrenos incultos y pantanosos que manos laboriosas supieron hacer fecundos. Legendre, en su obra titulada *Costumbres y usos de los Franceses* (1), observa que la fundacion de las grandes abadías costó poquisimo, pues que se cedian unos terrenos eriales á los cenobitas que se empleaban con todas sus fuerzas en desecarlos, en desmontarlos y plantarlos, y en construir edificios, mucho menos por disfrutar ellos las dulzuras de la vida, porque vivian con la mayor frugalidad, que por socorrer á los pobres. Y cuando un trabajo conducido con inteligencia y una industria constante, han sabido convertir terrenos estériles en campos, en praderas y en fértiles colinas; cuando tanto han contribuido estas felices mejoras á los progresos de la primera de las artes, de la agricultura, ¿no hubieran debido esas hermosas posesiones excitar mas bien el reconocimiento que la envidia?

Quiero tambien suponer que muchos de sus poseedores no hayan hecho siempre de ellas el uso mas legítimo; pero no por eso dejará de ser preciso convenir en que el mayor número las

(1) Pág. 10, edicion de 1740.

empleaba en alivio de los desgraciados, y en fundar ó conservar establecimientos útiles. Y en efecto ¿que pastor hubiera podido eximirse de socorrer la indigencia y la desgracia en medio de su rebaño? ¿No le hubiera obligado á ser liberal solo el bien parecer, aun cuando no se lo hubiesen mandado el deber y la caridad? Nadie ignora que nuestros prelados hacian donativos inmensos en tiempos de escasez y de calamidad. Pero haré una reflexion general sobre el empleo de las riquezas del clero, capaz de reconciliar los ánimos mas difíciles de contentar. ¿No se deben en gran parte al clero esas basílicas que en toda la Francia son el ornamento de nuestras ciudades, esa multitud de asilos públicos destinados al alivio de toda clase de necesidades é infortunios, esos establecimientos de educacion pública para la enseñanza de las letras y de las ciencias humanas, esas escuelas y casas destinadas á los discípulos del santuario, esas fundaciones piadosas á favor de personas cuya indigencia hubiera hecho inútiles sus talentos, esos ricos depósitos de los conocimientos humanos, y tantos fomentos costosísimos dados á las ciencias y á las artes? ¿No se le deben todas estas cosas tan apreciables para la felicidad de la sociedad, y para la gloria de la nacion? Y ¿hubiera podido el clero hacer tantos servicios si hubiera sido pobre y destituido de todo? ¡Qué inconsideradas son todas esas declamaciones contra las riquezas

de la Iglesia! Pero lo mas irrisorio y ridículo que hay en esta materia, es que los hombres ricos y poderosos acusen, aun en el dia, de ambicion y de avaricia á nuestro clero, es decir, á unos hombres de los cuales muchos no tienen ni aun lo necesario, y ninguno conoce lo supérfluo.

Dejemos, Señores, á los declamadores sus arrebatos violentos contra el sacerdocio; espíritus débiles que jamás ven en las cosas mas saludables sino algunos abusos inevitables. Para ser consecuentes, deberian proscribir sin piedad todas las profesiones, condenar la de las armas por los vicios de algunos capitanes, la magistratura por las prevaricaciones de algunos magistrados, y las ciencias y las letras por los monstruosos sistemas que han abortado. ¡Tiemblen los que insultan al sacerdocio, y parecen no anhelar mas que su ruina, tiemblen de ver cumplidos sus deseos! Extinguido este, se extinguiria tambien el cristianismo; ¿y en que tinieblas, en que calamidades no nos veríamos entónces envueltos? Pero no, no será así. Si la iglesia de Francia, bajo el aspecto religioso, el único que en la actualidad consideramos, presenta síntomas de ruina, tambien ofrece señales de vida y de duracion; si el error tiene sus tribunas y sus trompetas, tambien la verdad tiene sus apóstoles y sus defensores. Yo convengo en que la irreligion ha hecho en nuestros dias grandes estragos en el pueblo;

pero las clases superiores aprecian mas la piedad, y esta capital cuenta seguramente en el dia mayor número de jóvenes sinceramente cristianos, que los que contaba hace treinta años. Además no creamos que los hombres puedan hacer todo el mal que quisieran; no, Señores. El vicio tiene sus límites, así como la virtud. Existe un Dios que vela por la conservacion del mundo moral, así como por la del mundo físico; y el furor de las pasiones se estrella, cuando le place, contra un grano de arena, como se estrellan en la ribera las olas del mar irritado. Yo no he leido en el libro de los destinos eternos; pero, meditando en lo pasado y considerando lo presente, concibo mas esperanzas que temores para lo venidero.

Examinando lo pasado, observo que al principio de nuestras disensiones políticas y religiosas, casi la totalidad del episcopado francés no vaciló en la fe, es decir que se mantuvieron firmes las columnas de la Iglesia; observo que á pesar de todos los esfuerzos de un inmenso poder, no pudo arraigarse el cisma en el suelo de nuestra patria, y que, despues de veinticinco años de infortunios, plujo al cielo restituir al pueblo de san Luis esa augusta casa tan fiel á la Religion en todos tiempos. A la vista de estas maravillas, yo me digo á mi mismo: La Francia es pues el reino predilecto de la Providencia, la cual por los milagros que ha obrado en su favor, se ha

comprometido, digámoslo así, á obrar otros nuevos.

Si tiendo la vista sobre lo presente, veo que las liberalidades de la caridad cristiana sostienen por todas partes esas santas empresas para atender á las necesidades y al alivio de la humanidad, carácter distintivo de una Religion sincera; y que á pesar de tantos obstáculos y sinsabores se desarrolla la vocacion por el santuario, siendo hasta admirable en algunos, y haciendo concebir las mas bellas esperanzas; que en todas partes es escuchada la palabra de Dios anunciada por hombres apostólicos, y que ciudades enteras despiertan y salen de su indiferencia al eco de la trompeta evangélica. Testigo de todas estas cosas extraordinarias, aun en medio de las calumnias y de los clamores de la impiedad, me repito á mi mismo : La Francia no está muerta para la fe; no, no está dispuesta á apostatar. La Providencia tiene señalados sus tiempos, nosotros debemos aguardarlos. La Religion no cesará de hacer progresos á despecho de sus enemigos, ni de traer consigo el amor al órden y á la justicia, el respeto á las buenas costumbres y á las leyes, y su triunfo será el triunfo de la patria. Vencida la Francia por la desgracia y por la experiencia, conocerá mejor que nunca que no edificar sobre la Religion y la moral, es edificar sobre arena movediza, y que para ser feliz necesita ser cristiana : arrepentida entón-

ces y vuelta de sus extravíos, se humillará ante el Altísimo; y cuando yo me entrego á los sueños de una imaginacion consoladora, me figuro que sobre esa magnífica columna que sirve de ornamento á una de nuestras plazas públicas (1) y que recuerda tantas victorias, veremos plantada una Cruz triunfante, como un monumento de la extincion de los odios, de la reconciliacion de los corazones, de la abjuracion de los errores, de la vuelta sincera y de una nueva consacracion de todo el pueblo francés á la religion de Jesucristo.

(1) Columna de la plaza *Vendome* en Paris. (*El Traductor.*)

DE LA AUTORIDAD

DE LA IGLESIA.

Así como es cierto que no existe pueblo alguno sin religion, lo es igualmente que los homenajes de la especie humana en el estado actual del globo estan divididos entre cuatro religiones: á saber, la idolatria, el mahometismo, el judaismo, y la religion de Jesucristo. Estos son en efecto los troncos de donde salen, divididos en muchas ramas, los diversos cultos de la tierra.

Hace diez y ocho siglos que se está viendo á millares de idólatras desengañados del culto de los falsos dioses abrazar por último el culto del verdadero Dios; y esos pueblos paganos, sentados á la sombra de la muerte, para usar del lenguaje de los libros santos, eran los que, abriendo los ojos á la luz del Evangelio, debian componer principalmente el reino de Jesucristo.

Del mismo modo se ha visto en todos los siglos, y aun vemos en el dia, Judíos, que reco-

nociendo por fin en Jesus el libertador prometido y anunciado por sus oráculos, se humillan al pié de esa cruz que al principio no fué para ellos mas que un escándalo, asi como fué una locura para el gentil.

Tambien se ha visto á algunos sectarios de Mahoma, aunque pocos, abjurar el Alcoran por el Evangelio. Pero ¿se ha visto en parte alguna desertar los cristianos de su religion para hacerse de corazon mahometanos, paganos ó judíos? Podrán quizá citarse algunos que, arrastrados por el libertinaje, la avaricia ó el miedo, hayan apostatado de su religion; pero es cosa inaudita que por conviccion, por conciencia ó por hacerse mejor, haya abandonado su fe un cristiano instruido en su religion, para pasar al culto de Moisés, al de Mahoma ó al de los idolos. Esta es, Señores, una cosa en que acaso jamás habréis reparado; pero ya conoceréis cuan digno de atencion es ver abrazar el cristianismo á los sectarios de las falsas religiones, cuando nosotros los cristianos jamás abandonamos la nuestra por pasar á ellas. ¿Y no da ya esto solo una idea muy favorable del cristianismo? ¿No supone que está apoyado en pruebas mas luminosas y mas á propósito para convencer los entendimientos y mover los corazones? ¿Y deberia necesitar mas nuestra razon para fijarnos en la religion santa que tenemos la dicha de profesar?

Pero el cristianismo está dividido en muchas sociedades, que, aunque acordes en muchos puntos de doctrina, no convienen en todos, y estan muy distantes de hallarse unidas por los vínculos comunes de un mismo régimen pastoral. Tres son principalmente á las que estas pueden reducirse : á saber, la Iglesia Católica, que es la mas antigua, la mas extendida de todas, y de la que han salido todas las demás, la cual reconoce por su jefe al romano pontífice; la Iglesia Griega, que profesa en casi todo la doctrina de la Iglesia Romana, aun cuando despues de muchas perplejidades é incertidumbres esté separada de ella hace ocho siglos; y la Iglesia Protestante, dividida en dos grandes comuniones, que llevan el nombre de sus autores respectivos y cuya antigüedad no pasa del siglo XVI.

Pero ¿deberán ser iguales para nosotros estas tres sociedades? ¿Entran todas ellas en el plan de religion establecido por Jesucristo? Ved aquí lo que vamos á examinar, discutiendo al efecto las cuatro cuestiones siguientes.

¿Ha fundado Jesucristo una sociedad religiosa que debe perpetuarse sin interrupcion hasta el fin de los tiempos?

¿Ha establecido Jesucristo en esta sociedad una autoridad conservadora é intérprete de su doctrina?

¿En que manos reside esta autoridad?

¿Es infalible esta autoridad en sus juicios acerca de la doctrina?

He aquí todo el objeto de esta conferencia.

Ya no trato, Señores, de combatir á los enemigos de la revelacion, á esos incrédulos que, mas asombrados todavía de la pureza de los preceptos del Evangelio que de la profundidad de sus misterios, se precian de no ver en el cristianismo mas que una invencion humana. Despues de haberlos impugnado en diferentes discursos, ahora solo me dirijo á los sectarios de las diversas comuniones cristianas separadas de la Iglesia Católica. Yo los invito á investigar conmigo cuáles son la forma, las señales y la duracion de la sociedad establecida por Jesucristo nuestro comun legislador; materia sobre la que procuraré desengañar á aquellos que se hayan formado acerca de ella ideas falsas. Para esto es preciso observar que todos los cristianos que hay sobre la tierra reverencian como divinos la mayor parte al menos de los libros de que se componen el antiguo y el nuevo Testamento; que todos miran como la exposicion fiel de la doctrina revelada, ese símbolo antiguo que viene desde las primeras edades del cristianismo, y que conocemos con el nombre de *Símbolo de los Apóstoles;* y en fin, que todos tienen un respeto particular á los concilios y á los doctores de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, los cuales, segun todos convienen, poseyeron la doctrina evangélica en

toda su pureza. Estas son fuentes comunes reconocidas por todos, y de las que por consiguiente podemos beber con confianza y seguridad. Con el auxilio pues de estos diversos monumentos, vamos á discutir en primer lugar la cuestion siguiente.

¿Ha establecido Jesucristo una sociedad religiosa que deba ser perpetuamente visible hasta el fin de los tiempos?

La Religion cristiana es muy diferente de la religion mosáica : limitada la antigua ley á determinados tiempos y lugares, era solo una preparacion para otra ley mejor, que es la ley de Jesucristo : asi es que todas las comuniones cristianas reconocen á Jesus unánimemente como el término de los oráculos y de las figuras de aquella, y todas confiesan que en él debia comenzar un reinado espiritual mucho mas bello, mas extenso y mas durable. En efecto, Señores, el culto mosáico no era mas que una imágen pasajera de la eterna realidad del cristianismo.

¿Y cómo podrá dudarse de esta perpetuidad del reino de Jesucristo al oir al ángel decir á María con relacion á Jesus (1) : « Este será « grande, y será llamado hijo del Altísimo, al « cual el Señor, Dios, dará el trono de su padre « David, y reinará en la casa de Jacob eterna-

(1) *Luc.*, I, 32, 33.

« mente, y su reino no tendrá fin? » Ved aquí, Señores, unas palabras que no pueden ser falibles; pasarán el cielo y la tierra, pero ellas no pasarán. ¡Y cuán apoyadas no se hallan por aquellas que salieron de la boca misma de Jesucristo! Si se dirige al colegio de los Apóstoles enviándolos á evangelizar á los pueblos, y en sus personas á los herederos de su apostolado, promete estar con ellos, no á intervalos, sino siempre y en todos los dias, *omnibus diebus;* no por un tiempo determinado, sino por todos los tiempos hasta el fin de los siglos, *usque ad consummationem sæculi* (1). Si se dirige en particular á San Pedro, representa su Iglesia como un edificio construido sobre la roca, que ningun poder será capaz de destruir, *portæ inferi non prævalebunt adversus eam* (2). ¿De que expresiones mas enérgicas podia servirse para expresar la eterna duracion de su Iglesia?

Por esto cuando los protestantes levantaron en el siglo XVI altar contra altar, y se separaron de la Iglesia Católica sin unirse á ninguna otra iglesia conocida, se les decia muy fundadamente: La iglesia cristiana, segun las promesas de su divino fundador, debia durar hasta el fin del mundo; por consiguiente es indispensable que existiese en alguna parte ántes de vos-

(1) *Matt.*, XXVIII, 20.
(2) *Ibid.*, XVI, 18.

otros. Esto supuesto, ¿dónde se halla la verdadera Iglesia de Jesucristo si no lo es la Iglesia Católica? Embarazados con esta cuestion difícil, nuestros hermanos separados respondieron al principio que el reino de Jesucristo no se habia aniquilado, pero que solo existia en algunos adoradores fieles, dispersos entre los pueblos, desconocidos de los hombres y conocidos solo de Dios. Pero este era un vano recurso, y solo la palabra *iglesia* bastaba para destruirle. Esta palabra consagrada en los libros santos, en el Símbolo de los Apóstoles y en el lenguaje de toda la antigüedad cristiana, significa por sí misma *Asamblea,* y por consiguiente una cosa exterior y perceptible á la vista. Además ¿con que rasgos está representada la Iglesia en los libros santos? Es una ciudad edificada sobre la montaña, que no puede estar oculta, es un reino compuesto del príncipe y de los vasallos, es una viña cultivada por obreros, un campo sembrado por el padre de familia, una casa edificada sobre la piedra, y un rebaño con su pastor. ¿Y no se refieren manifiestamente todas estas imágenes y todos estos emblemas á un órden de cosas exteriores y visibles, á una sociedad en fin de hombres conocidos y reunidos?

Bien convencidos de esto los protestantes, no tardaron en abandonar esa quimera de iglesia invisible. Examinemos en efecto sus mas céle-

bres profesiones de fe, y los escritos de sus mas acreditados doctores, y veremos claramente que los protestantes de todas las comuniones han venido por fin á reconocer con nosotros, los católicos, que la Iglesia fundada por Jesucristo debia ser perpétuamente visible sobre la tierra (1). Este es pues como un primer punto de creencia que podemos decir es comun á todos los cristianos.

¡Qué admirable, qué poderosa es, Señores, esta iglesia cristiana, que no está limitada por el tiempo ni por el espacio; que se extiende á todos los siglos como á todas las naciones; siempre combatida, pero que jamás perece; y que ve morir los reyes y pasar las dinastías, las leyes y los usos, sin que el torrente del tiempo la arrebate en su carrera! Es la verdad de Dios que subsiste eternamente. Jesucristo no habia temido que enviaba á sus Apóstoles para difundir la verdad, para hacerla fructificar en medio de los pueblos, y hacerla dar frutos que durarian eternamente, *et fructus vester maneat* (2). Cuando hace diez y ocho siglos salian estas palabras de la boca de Jesucristo oculto en un rincon de la Judea, ¿podria nadie imaginarse que esta débil semilla llegaria á ser un grande árbol que cubriria el universo entero con sus ra-

(1) Bossuet, *Histoire des variations*, lib. XV, n. 4 y siguientes.
(2) *Joann.*, XV, 16.

mas saludables, y que duraria tanto como el mundo, á pesar del choque y de las tempestades de las pasiones humanas? Esto es sin embargo lo que ha sucedido, y esta es la maravilla de que somos testigos.

El Evangelio ha penetrado sucesivamente entre los diversos pueblos para salvarlos de la idolatria, de la ignorancia y de todos los vicios. Los escándalos y los desórdenes podrán en el trascurso de los tiempos alterar las costumbres de los cristianos, pero la moral se conservará siempre pura; las herejías intentarán corromper su doctrina, pero la fe conservará toda su integridad; se armarán contra la iglesia cristiana todos los errores y todas las pasiones, pero de todo triunfará, y jamás será mas visible que cuando mas se la quiera oscurecer y sujetar. Así, bajo el imperio sanguinario de los Césares perseguidores, ella continuaba manifestándose al mundo, por la sucesion de sus pastores, por los escritos de sus apologistas, por el heroismo de sus discípulos y por la conversion de los idólatras. ¿En dónde ha brillado con mas esplendor que sobre los patíbulos y las hogueras? No es esto decir que de tiempo en tiempo no se haya perdido en ciertas comarcas; pero jamás abandona una region sino para establecerse en otra. ¡Desgraciado el pueblo que por su ingratitud y sus infidelidades merezca que se le apliquen estas palabras: «Por lo cual os digo que os será qui-

«tado á vosotros el reino de Dios y dado á gentes «que rindan frutos de buenas obras (1)!»

En el delirio de nuestro orgullo creemos nosotros honrar á la Religion permaneciendo fieles á ella; ¿pero qué le importan en todo caso nuestros homenajes? Examinemos la historia de los tiempos pasados. Si los Judíos la desechan, se extiende entre los Gentiles; si el Oriente la desdeña, pasa al Occidente; si se debilita en la Africa y en la Asia, brilla en nuestra Europa; si aun en esta es atacada despues, el descubrimiento de un nuevo mundo le ofrece nuevas conquistas; si nosotros nos obstinamos en el dia en cerrar los ojos á su divina luz, y bien, ella huirá de esta tierra impía, dejándola abandonada á las calamidades inseparables de la apostasía de los pueblos; pero otros paises mas felices y mas dóciles la acogerán con enajenamiento. Sí, Señores, se la puede desechar, pero no aniquilar; es un árbol del que puede perecer cada rama en particular, pero cuyo tronco inmortal reproduce sin cesar nuevos retoños.

Paso á la segunda cuestion: ¿Ha establecido Jesucristo en la sociedad cristiana una autoridad á la que debamos someternos, un tribunal conservador é intérprete de su doctrina y de sus leyes?

Procuremos ante todo conocer sobre qué pun-

(1) *Matt.*, XXI, 43.

tos estan acordes los cristianos en esta materia, para en seguida percibir mejor el punto en que estan divididos.

Que los libros santos son en general el depósito y la regla muda de lo que se debe creer y obrar; que son muy claros sobre muchos puntos, como sobre los hechos milagrosos, sobre los preceptos que deben dirigir las costumbres, sobre los principales artículos de la ley natural, tales como la unidad de Dios, la providencia y la vida futura; que los hombres instruidos pueden servirse de ellos útilmente para establecer é ilustrar los diversos puntos de la doctrina revelada, son cosas en que convienen todas las comuniones cristianas; en fin, que para creer y para tener esta fe divina, que es la raiz de las virtudes cristianas, se necesita la asistencia del espíritu de luz y de fortaleza, y que en esta parte debe el hombre esperar mucho mas de los socorros celestiales que de sus propios esfuerzos, es tambien una cosa universalmente reconocida. Pero ¿en dónde debemos colocar este motivo de credibilidad que hace racional nuestra fe, este medio exterior de discernir el error de la verdad? ¿Le colocaremos en el exámen de las Escrituras interpretadas por cada particular, como quieren los protestantes, ó en las decisiones de una autoridad siempre docente, establecida por Jesucristo para interpretar y fijar el sentido de las Escrituras, como queremos los Católicos?

Esta es, Señores, la cuestion fundamental, cuya solucion abraza todas las demás.

Los protestantes dicen á todos sin excepcion : Tomad las Escrituras, leed, examinad, discernid vosotros mismos; los Católicos dicen al contrario á todos sin excepcion : Escuchad á la Iglesia, intérprete de las Escrituras, y someteos á sus decisiones. Los primeros señalan como la verdadera regla de la fe el exámen personal, los segundos la autoridad : el exámen lisonjea la razon, pero es un camino áspero, largo y sembrado de escollos y de precipicios; la autoridad humilla el orgullo, pero es un camino suave, fácil y acomodado á la ignorancia y á la debilidad, que son el patrimonio de la mayor parte de la especie humana. ¡Oh y cuánto preferiria yo libertarme de estas penosas é interminables discusiones, á fin de descansar pacificamente en el seno de una autoridad tutelar! Para hacer mas palpable el contraste de ambas opiniones, me serviré de una comparacion de Fenelon (1). Figuraos que en una casa que empieza á devorar el fuego, se halla un paralítico deseando libertarse de las llamas, y que de seis personas, las cinco le gritan : *Levantaos, amigo, corred, atravesad por entre la muchedumbre, y salvaos del incendio.* ¡Gritos inútiles! privado el enfermo del libre uso de sus miembros, permanece como

(1) *Lettres sur la Métaphysique et la Religion*, carta V, part. III.

aprisionado en su lecho. He aquí una imágen fiel de las diversas sectas que dicen á los ignorantes : *Leed las Escrituras, examinad, decidid*, sin tener presente que son incapaces de ello. Pero figuraos que el sexto se acerca al paralítico, y le dice : *Amigo mio, confiad en mí; dejadme obrar, yo voy á sacaros en mis brazos;* deseoso el enfermo de salvarse, se abandona á él sin reflexion, y se liberta de las llamas. Esta es la imágen de la iglesia católica, que dice á los ignorantes : Conoced vuestra insuficiencia, sed dóciles; yo me encargo de ilustraros y de conduciros. ¿No deberá obligarlos á adoptar este recurso el conocimiento mismo de su incapacidad? ¿Me diréis que este método es bueno para los ignorantes, mas que no debe extenderse á los hombres ilustrados? Pero, Señores, ¿no es por ventura la ciencia un manantial de disputas? ¿Ha engendrado acaso menos errores que la ignorancia? Y si esta ignorancia tiene necesidad de una luz que la ilumine, ¿no necesita tambien el orgullo un freno poderoso que le reprima y le contenga? Esta razon sola bastaria para persuadirme que Jesucristo ha establecido una autoridad siempre subsistente para arreglar las cosas respectivas á la Religion. Pero profundicemos mas esta materia.

Vosotros, podemos decir á los protestantes, nos designais el exámen individual de las Escrituras como la regla de la creencia; pero la Re-

ligion ha sido hecha para todos, hasta para el vulgo mas ignorante, de tal modo que uno de los caractéres distintivos de la mision de Jesucristo es haber venido para evangelizar á los pobres y á los pequeños, *pauperes evangelizantur* (1). Luego si no se puede formar su fe mas que por el exámen de las Escrituras, ¿qué haceis vosotros de esa inmensa muchedumbre de cristianos que en todos paises y en todos tiempos carecen hasta de los primeros rudimentos de los conocimientos humanos, y muy frecuentemente son incapaces, no digo de examinar, sino aun de leer las santas Escrituras? Además, ¿porqué se ha de mirar hoy como necesario para conocer la ley cristiana un exámen que no lo fué en el origen del cristianismo? Por un lado, Jesucristo evangelizó de viva voz á los pueblos de la Judea, y solo despues de su muerte fué cuando sus discipulos publicaron sus celestiales lecciones; por otro lado, los Apóstoles fundaron sucesivamente diversas iglesias en el imperio romano por medio de la predicacion y ántes de escribir cosa alguna; solo mas adelante fué cuando pensaron escribir en los Evangelios la historia de las acciones y discursos de su divino Maestro, y dirigir sus cartas á los pueblos que ya habian instruido. Es por consiguiente un hecho incontestable que la fe cristiana ha existido sin

(1) *Matt.*, XI, 4.

el exámen de las Escrituras; y ¿porqué en el dia no ha de poder suceder lo mismo?

Quereis que la regla de mi fe sea el exámen personal de las Escrituras; pero, aunque todos los cristianos fuesen capaces de leer los libros santos, ¿lo son acaso de comprenderlos? ¿Puede por ventura el simple pueblo sin educacion, sin letras, con un entendimiento limitado, y distraido por los trabajos y las necesidades de la vida, estudiar y comprender por si mismo la doctrina de las santas Escrituras? La palabra de Dios no consiste precisamente en las voces, sino en el verdadero sentido de estas. ¿Y se halla acaso el pueblo en estado de juzgar de las versiones en lengua vulgar que se ponen en sus manos, de compararlas con los originales, de confrontar los pasajes, de conciliarlos, de explicar unos por otros? ¿Quién ignora que la Escritura tiene pasajes muy oscuros y profundos? Los misterios son puntos muy elevados, muy superiores á la inteligencia humana, y cuya sola enunciacion exige grande exactitud en el lenguaje; ¿y se querrá que el pueblo haga por sí mismo un estudio, un exámen y un discernimiento que muy frecuentemente detiene aun á los mas habiles?

Nos remitís á nuestro propio exámen para la inteligencia de las Escrituras; pero semejante medio de descubrir la verdad ¿no es un medio lleno de presuncion y de temeridad? Si yo me

acerco á un simple aldeano y le digo : ¿Quereis saber en compendio toda la doctrina revelada? Aquí la teneis; hé aquí la profesion de fe mas antigua y universal, una profesion de fe reverenciada por todos los siglos y por todos los cristianos en general; se llama el *Símbolo de los Apóstoles* : sometiéndoos á él, no haceis mas que creer lo que siempre ha creido el universo cristiano desde Jesucristo hasta nosotros. ¿No parecerá natural, Señores, que este aldeano deba humillarse ante esta autoridad? Pero si el exámen particular de las Escrituras debe ser su regla de fe, podrá decirme con justicia : Antes de admitir yo ese Símbolo, es preciso que le confronte con la Escritura para saber si está conforme con ella; yo tengo derecho para examinar esa creencia que decis tan antigua, tan constante y universal en todos los pueblos cristianos; y, aunque simple aldeano, debo con fundamento pensar que puedo entender las Escrituras mejor que todos los concilios, que todos los doctores y todos los santos personajes que ha habido de diez y ocho siglos á esta parte. Esta seria su respuesta, y respuesta á la verdad justísima si se admiten como la regla de la fe la discusion y el exámen personal de las Escrituras. Y sin embargo ¿que cosa mas extravagante?

¡El exámen personal! ¡ah Señores! él es un principio de desunion y de discordia en la iglesia cristiana; él destruye el cristianismo y con-

duce á la anarquía de las opiniones; él abandona los libros santos á los caprichos y á las pasiones del hombre, autorizando á cada uno á ver en ellos solo lo que le lisonjee, y á cercenar lo que le contradiga. En este exámen acompañaria generalmente al sabio su orgullo, al ingenio presumido su frivolidad, al voluptuoso su corrupcion, y al pueblo su ignorancia. ¿De dónde han venido los cismas y las herejías que han afligido la Iglesia sino de la mala interpretacion de las Escrituras? ¿No han sacado de ella todos sus argumentos los novadores? No eran talentos vulgares la mayor parte de ellos, no; eran al contrario ingenios sutiles, penetrantes y hábiles; pero su ciencia misma, en lugar de libertarlos de los extravíos del entendimiento, era la causa de ellos. Entregados sin regla y sin freno á su opinion propia, se precipitaban en la carrera del error: todos se presentaban con el libro de las Escrituras; pero en sus manos era este un signo de discordia: uno veia en él el fatalismo, otro la absoluta independencia del hombre de toda gracia divina, este la presencia real, aquel la presencia figurada. ¿Y quién podia terminar sus disputas y querellas? ¿Habrá dejado á su Iglesia el Dios de verdad y de sabiduría, sin un medio poderoso de iluminar y de contener los entendimientos? ¿Deberá la sociedad que ha establecido no ofrecer sino la imágen del desórden y de las disensiones?

En la sociedad civil, existe un código de leyes para arreglar los derechos de todos, para asegurarles la posesion de sus bienes, la tranquilidad de sus personas, y terminar sus desavenencias. Pero ¿de qué serviria este código, por mas luminoso y perfecto que fuese, si cada particular pudiese interpretarle á su modo, y si no hubiese gobierno, magistrados ni tribunales que velasen por su conservacion y cuidasen del cumplimiento y de la aplicacion de sus leyes? ¿Bastaria acaso por sí solo para prevenir ó terminar las disensiones, y evitar la anarquía en las familias y en el cuerpo político? No ciertamente : el interés, los odios y las pasiones dirigirian siempre su interpretacion, y muy pronto serian desgarradas todas sus páginas, hasta por último ser destrozado enteramente. ¿Y no sucederia evidentemente esto mismo con el código de las santas Escrituras, si estuviese abandonado á la interpretacion de cada uno de los fieles?

Sí, Señores; tales son los inconvenientes y vicios del método del exámen personal, que aun aquellos mismos que le invocaron y le hicieron fundamento de su separacion de la Iglesia romana, se ven obligados á renunciar á él. En efecto, en los pueblos protestantes la práctica se halla necesariamente en oposicion con la teoria; entre ellos, así como entre nosotros, se instruye á los niños primeramente por los padres en sus casas, y despues por los maestros en las escuelas,

y por los pastores en los templos; de modo que aun ántes de saber leer aprenden á pronunciar los primeros elementos de la doctrina cristiana, á recitar oraciones, á profesar el símbolo de los Apóstoles, y á respetar las ceremonias y la liturgia de su culto. La autoridad de los padres, de los maestros, de los pastores, de todo cuanto los rodea, de lo que ven y de lo que oyen, he aquí lo que primeramente los afecta y los dirige; y de estas impresiones mas bien recibidas que examinadas, es de lo que se forma su creencia, de manera que el mayor número cree toda su vida lo que ha creido desde el principio, guiado mucho mas por la autoridad que por el raciocinio. ¿Cuales son, entre el pueblo, los que, al llegar á cierta edad, comparan la doctrina que les ha sido enseñada con la que enseña la Escritura, que frecuentemente son incapaces de comprender bien? Alegaré en particular lo que sucedió en Holanda en el siglo XVII. Un ministro, llamado Arminio, dogmatizó públicamente contra la doctrina de Calvino, que era la establecida; de aquí las disensiones religiosas y políticas que costaron la vida á Barneveldt, uno de los mas ilustres ciudadanos de la república. En vano alegaron los partidarios de Arminio que cada fiel podia interpretar las Escrituras, y que por lo tanto tenia aquel el derecho de reformar al mismo Calvino, si le parecia que en su reforma se habia separado este de la pureza de

la doctrina evangélica : lejos de ser escuchados, fueron perseguidos como rebeldes, y á pesar de todas sus protestas, fué condenada solemnemente la nueva doctrina en el célebre sínodo de Dordrecht. De este modo, despues de haber anunciado á los pueblos una libertad sin límites, sintieron ellos mismos la necesidad de volverlos á poner bajo el yugo de la autoridad.

Así pues, la recta razon, la experiencia, el conocimiento de las necesidades y de la debilidad del entendimiento humano, todo nos conduce á creer que Jesucristo no ha hecho regla de la fe la razon de cada particular abandonado á sí mismo, sino que ha establecido un tribunal conservador é intérprete del sagrado depósito. Esto va á ilustrarse mas todavía con la solucion de las dos últimas cuestiones.

La tercera está concebida en estos términos : ¿En que manos reside esta autoridad conservadora é intérprete de las leyes divinas? ¿Reside en el pueblo cristiano? ¿Reside en los príncipes y magistrados? ¿O reside en un cuerpo particular de pastores que deban sucederse unos á otros desde los Apóstoles hasta el fin de los tiempos?

Digo primeramente que la autoridad suprema en materia de religion no pertenece al pueblo. No me detendré en examinar de donde proviene el poder en la sociedad civil y política, ni en discutir esas vanas y peligrosas teorías del *Contrato social*, famosas en estos tiempos modernos

solamente por los desastres que han producido; dejemos á un lado esa cuestion de la soberanía del pueblo que exigiria un discurso entero, y tengamos presente que ahora solo tratamos de la sociedad religiosa llamada *Iglesia*, fundada por Jesucristo. En todo lo perteneciente á esta, no hay mas ley que la voluntad de su divino autor; por consiguiente lo que importa saber es lo que este ha querido, lo que ha hecho, y lo que ha establecido para siempre. Si en la Iglesia hay cosas de disciplina, que varían segun los tiempos y los lugares, hay tambien un órden de cosas invariable, y una autoridad fundamental que nunca varia y que debe durar tanto como la Religion misma. En la sociedad cristiana nada han puesto los hombres por sí, sino que todo lo han recibido. Jesucristo nada tiene tampoco de la tierra, sino que toda su autoridad viene de mas alto; él ha establecido su reino espiritual con soberana independencia, y él solo ha fijado su inmutable constitucion; por consiguiente todas las comparaciones que pudieran hacerse entre su reino y los de la tierra, serian enteramente caducas como observa Bossuet (1).

Abrid los Evangelios y veréis á Jesucristo decir á sus discípulos (2): «No me elegisteis vosotros «á mí, sino yo soy el que os he elegido á

(1) *Histoire des variations*, lib. XV, núm. 120 y 121.
(2) *Joann.*, XV, 16.

« vosotros y destinado para que vayais y hagais « fruto, y vuestro fruto sea duradero : » *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* Veréis igualmente á san Pablo llamarse Apóstol, no de parte de los hombres, sino por Jesucristo y por la voluntad y la vocacion divina. En esto, Señores, ya veis que ninguna autoridad se da al pueblo. Si los Apóstoles reunidos en Jerusalen dan un decreto acerca de las observancias legales (1) y se dirigen á las diversas iglesias, no es para pedir el consentimiento de los fieles, sino para intimarles la obediencia. Consultad tambien la mas remota y venerable antigüedad, y decidme : ¿Se encuentra en los doctores, en los concilios, y en los monumentos de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, reverenciados hasta por los protestantes mismos, que el pueblo haya intervenido jamás en la formacion de las profesiones de fe, en las sentencias pronunciadas contra los novadores y en las leyes y alteraciones de la disciplina? ¿Se ha visto nunca que se le haya concedido derecho alguno de juzgar, de instituir ó de deponer á sus pastores? Es cierto que en los tiempos primitivos se oia, por una laudable condescendencia, el voto del pueblo fiel en la eleccion de los pastores; pero es tambien incontestable que la autoridad de los obispos era la que pronunciaba, decidia y confirmaba. Sí. Señores :

(1) *Act. apost.*, XV, 25 y sig.

en aquellos tiempos antiguos los jefes del pueblo cristiano, lejos de mirarse como sus mandatarios, habian al contrario aprendido de san Pablo á decirle : « Nosotros somos para vosotros como « unos embajadores en nombre de Jesucristo : » *pro Christo legatione fungimur* (1).

¡ Y cómo! La iglesia cristiana no está circunscrita á una sola ciudad, á una provincia, á un solo reino, sino que abraza el mundo entero, y se extiende á todos los pueblos, desde los mas salvajes hasta á los mas civilizados; la iglesia cristiana no se compone solamente de sabios, de ricos y de poderosos, sino que comprende todas las clases de la sociedad, hasta las mas oscuras, las mas indigentes y faltas de la cultura del entendimiento, que son siempre las mas numerosas; ¡ y se querrá que esa muchedumbre ignorante, destinada á ser conducida y no á conducir, á recibir la instruccion y no á darla, é incapaz de tener por sí misma una opinion ilustrada, tenga derecho á ejercer el supremo poder de la Iglesia! ¡ Que trastorno de ideas! No, Señores : si Jesucristo ha querido hacerla partícipe de sus misterios y de sus beneficios, no ha querido hacerla depositaria de sus divinos poderes. No ha sentado los cimientos del inmortal edificio de su Iglesia sobre la arena movediza de las opiniones de ese vulgo ignorante y caprichoso.

(1) II *Cor.*, V, 20.

Tampoco ha confiado su doctrina y sus leyes á los príncipes y á los magistrados. En vano intentarian los aduladores de las potestades de la tierra arrancar los límites puestos por la mano del mismo Dios; nada prevalece contra la inmutable verdad. Nosotros reconocemos públicamente que Jesucristo no vino á romper los cetros ni las coronas, que el príncipe temporal es independiente en las cosas de su jurisdiccion, y que, en el ejercicio de sus derechos políticos, no está sujeto á la Iglesia: y este es el sentido en que decimos que el reino de Jesucristo no es de este mundo. Pero tambien hacemos profesion de creer que la Iglesia es independiente del poder temporal en las cosas de la Religion; que ella es el único depositario y juez de su doctrina; que si el obispo, el sacerdote y el levita son vasallos del príncipe en el órden civil, el príncipe está sujeto á la Iglesia en el órden espiritual, y que al hacerse cristiano, se hace no el señor, sino el hijo de la Iglesia. ¿Y que títulos podria alegar aquí para dominarla? No fué á los príncipes de la tierra, sino á los Apóstoles y á sus sucesores, á quienes se dijo: *Instruid todas las naciones* (1). Recorred las diversas edades de la iglesia cristiana, y la veréis durante los tres primeros siglos bajo el imperio de príncipes idólatras; ¿y fué acaso en nombre de

(1) *Matt.*, XXVIII, 19.

estos en el que ejercieron su divino ministerio San Pablo, los Ignacios de Antioquia y los Ciprianos de Cartago? En los siglos posteriores estuvo muy frecuentemente bajo el dominio de príncipes mahometanos ó heterodoxos; ¿y no seria una insensatez decir que sus mismos enemigos eran los que tenian de Dios el derecho de arreglar su doctrina y de gobernarla? No es esto todo: como los príncipes temporales sean independientes los unos de los otros, ¿que sucederia entónces? que habria tantos símbolos, tantas iglesias, y tantas religiones como habria soberanos, y que seria necesario borrar del Símbolo extendido en Nicea, hace quince siglos, el artículo por el que profesamos la unidad de la Iglesia: *credo Ecclesiam unam.* Proteger, pero no decidir; velar á la puerta del santuario, pero no entrar en él temerariamente; apoyar la Iglesia con sus ejemplos y con su poder, defenderla durante su tránsito sobre la tierra, pero no conducirla; esto es lo que pertenece á los príncipes temporales. Me limito á sentar estos principios generales, y dejo á los teólogos el desarrollarlos en sus ilaciones y consecuencias.

Réstanos pues decir que la autoridad religiosa reside en un cuerpo de pastores establecido por Jesucristo. Esto es lo que nosotros llamamos la Iglesia docente; el cuerpo de los obispos unido á su jefe el pontífice romano, es para nosotros católicos el tribunal supremo.

¿Pero es infalible en sus decisiones doctrinales este tribunal supremo? Estamos en la cuarta y última cuestion.

Con solo echar una mirada sobre cuanto nos rodea, conocemos fácilmente que el órden y la paz nacen en todas partes de la autoridad y de la obediencia, en una palabra, de la subordinacion. ¿En qué vendrian á parar las familias sin el poder paternal que las gobierna, un ejército sin disciplina ni jefe, una ciudad sin la vigilancia de los magistrados, y un reino sin príncipe que dirija sus destinos? ¿Y no se deberá pensar naturalmente que esta misma sabiduría reina en la sociedad religiosa, y que, para hacerla bien ordenada, la ha sometido Jesucristo á una autoridad que, siendo un freno para los unos y una luz para los otros, sea para todos una guia segura? Pero ¿está sujeta al error esta autoridad, ó es al contrario infalible en sus decisiones? Sin mas que consultar la sana razon, conoceremos que en vano habria confiado Jesucristo á la autoridad de la Iglesia docente el depósito de las verdades santas, si esta pudiese alterarlas, corromperlas y sustituir á ellas las doctrinas del error. ¿Cómo seria entónces el reino perdurable de Jesucristo el reino de la verdad? Así, ó él no ha querido que la autoridad sea la regla de nuestra creencia, ó debe preservarla de todo error en sus decisiones sobre la doctrina. Si reflexionamos sobre ese Símbolo

reverenciado de todos los cristianos, y tan antiguo como la Religion, advertiremos que en él hacemos profesion de creer en la *Iglesia Católica*, así como la hacemos de creer en Dios; la palabra *católica* quiere decir *universal;* ¿y cómo seria universal la Iglesia, si el error pudiese prevalecer en la doctrina de la universalidad de sus pastores? Si estudiamos la antigüedad cristiana, descubriremos que cuantas veces ha aparecido un novador, se le ha opuesto la doctrina universal de las iglesias. ¿Y no seria este un método insignificante, si esta misma doctrina pudiese ser errónea? En fin, si abrimos los Evangelios, hallaremos estas magníficas y luminosas palabras dirigidas á los Apóstoles y á los herederos de su ministerio: «A mí se me ha dado toda «potestad en el cielo y en la tierra: id pues é «instruid á todas las naciones, bautizándolas «en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espí- «ritu Santo, enseñándolas á observar todas las «cosas que yo os he mandado, y vivid seguros «de que yo estaré siempre con vosotros hasta la «consumacion de los siglos (1).» ¡Que promesas, Señores, y que poder al mismo tiempo! Promesas para todos los tiempos; Jesucristo promete estar con la Iglesia docente, sin la mas ligera interrupcion, todos los dias, *omnibus diebus;* no por algunos siglos solamente, sino hasta el fin

(1) *Matt.*, XXVIII, 18, 19, 20.

de todas las cosas, *usque ad consummationem sæculi.* Así, el espíritu de verdad asiste hoy á la Iglesia lo mismo que la asistia en su origen; sus decisiones no son menos respetables en el siglo XVIII que podian serlo en el primero; y pretender poner en oposicion la Iglesia actual con la Iglesia antigua, es desconocer esta asistencia prometida para todos los tiempos. Promesas para todos los puntos de la doctrina; Jesucristo nada exceptúa, sino que dice: «Instruid, adminis- «trad las cosas santas, enseñad todo lo que os he «enseñado, y yo estoy con vosotros.» Así, todas las decisiones de la Iglesia exigen igual sumision, pues si pudiese errar en un solo punto, ¿porqué no podria errar en todo lo demás? En este caso ya no habria fe, y si solo opiniones inciertas. Por tanto lo que únicamente nos interesa saber en lo concerniente á la Religion, es si la Iglesia ha decidido, y lo que ha decidido; porque, ya sea que pronuncie en un concilio que la represente, y cuyas decisiones sean generalmente adoptadas; ya se explique por el órgano del soberano pontífice, ó por un concilio particular, cuyas decisiones se hallen revestidas del consentimiento universal, Jesucristo está siempre con ella.

Yo no trato de defender el don de infalibilidad, ni para cada obispo, ni para cada iglesia particular, como la de Francia, parte de la Iglesia universal, ni para una reunion cualquiera de

obispos: nosotros no colocamos la autoridad suprema sino en el cuerpo de los primeros pastores, en el episcopado cuyo jefe es el Papa, así como lo es de la Iglesia entera.

No es esto decir que los obispos sean inspirados como han podido serlo los Profetas y los Apóstoles, y que sean iluminados por una revelacion inmediata. El mismo Dios que gobierna el mundo gobierna tambien la Iglesia cristiana de una manera especial; él se sirve de todo, de las pasiones, de las preocupaciones y de la ignorancia, para hacer que triunfe la verdad, así como se sirve del choque de los elementos para la armonía del universo; y por medios propios de su sabiduría dispone los espíritus, los corazones y los sucesos, de suerte que la verdad prevalezca siempre en la universalidad del cuerpo de los pastores, y por consiguiente en el de los fieles. Este es el sentido en que decimos que la Iglesia es asistida y preservada del error, ó, en otros términos, que es infalible. ¿Y no es todo esto muy racional? Luego la creencia debe ser arreglada por la autoridad y no por el exámen particular.

Juan Santiago Rousseau decia: « Pruébeseme « que en materia de religion debo someterme á « la autoridad, y al momento me hago católico.» Esta es, Señores, la cuestion que acabamos de resolver; luego todo cristiano para ser consiguiente debe ser católico.

¿Deberemos por fin entregarnos aquí á pensamientos consoladores, creer que los tiempos del error y de las ilusiones se acercan á su fin, y esperar, despues de tantos milagros de misericordia á favor de la Iglesia Romana, que veremos brillar otros nuevos, y que nuestros hermanos separados volverán á esta antigua Iglesia en cuyo seno fueron educados sus padres así como los nuestros? Antes del siglo XVI, ántes de Lutero y de Calvino, la parte mas ilustrada del globo, la mas sabia, la Europa entera profesaba una misma fe : no hemos variado en ella nosotros los católicos, ni somos nosotros los que nos hemos separado ; lo que nuestros padres creian hace tres siglos, eso mismo creemos nosotros en el dia. ¿Porqué pues esas funestas novedades han de haber roto esta hermosa unidad, y producido divisiones que han costado tanta sangre y tantas lágrimas? Despues de tantos vaivenes políticos y religiosos, como han conmovido todas las creencias é introducido en las almas tantos gérmenes de indocilidad contra todo lo mas legítimo y mas sagrado, parecia que todos los hombres sabios y verdaderamente hábiles que existen en todas las comuniones, deberian ya estar íntimamente persuadidos de que tan necesaria es la autoridad en la Religion como en el estado. ¿Pero cuál es en esta parte el estado de las iglesias protestantes? ¿No se hallan en una completa anarquía? ¿Saben acaso sus ministros

lo que creen, ni lo que no creen? Si en algunas cosas se avienen las diversas comuniones, es por indiferencia sobre las doctrinas; creer ó no creer en la divinidad de Jesucristo, es un punto de poca importancia : de tal modo que despues de haber cesado de ser católico se ha cesado de ser cristiano. Esta paz aparente es el sueño de la muerte; los pueblos no estan destinados á permanecer en el letargo de la indiferencia : necesitan doctrinas fijas; y por lo mismo que el cristianismo es tan vacilante entre los protestantes, deberian estos estar mas dispuestos á volver á la fe católica. Quiera el cielo suscitar en Europa algunos de esos hombres extraordinarios, poderosos en obras y en palabras, á quienes sea dado arrebatar las almas y los corazones, reunir á su madre los hijos separados, hacer caer el muro de division, y hacer entrar en el redil las ovejas descarriadas, á fin de que la Europa forme hoy, como formaba en otro tiempo, un solo rebaño dirigido por un mismo pastor.

DEBERES

PARA CON JESUCRISTO.

DISCURSO PREDICADO A LA CORTE EL JUEVES SANTO, 30 DE MARZO DE 1820.

Aspicientes in autorem fidei, et consummatorem Jesum.
Poned los ojos en Jesus autor y consumador de nuestra fe.
Epíst. á los Heb., cap. XII, v. 2.

SEÑOR, (1)

Todas las naciones y todos los siglos han visto, y verán hasta el fin, la verdad y el error, el bien y el mal, la religion y la impiedad, disputarse el imperio del mundo, presentar á la vez el espectáculo de las acciones mas sublimes y de los excesos mas escandalosos; por consiguiente seria ofuscarse hasta el último grado no ver mas que vicios entre nosotros, y virtudes entre nuestros padres. Pero cada siglo tiene su especie

(1) *Monsieur*, hermano del Rey, Conde de Artois.

particular de malicia y de perversidad : lo que parece caracterizar la época en que vivimos, es la audacia de las opiniones unida á la molicie de las costumbres, el amor desenfrenado á las cosas materiales, el tedio á aquellas sublimes verdades que refrenan las inclinaciones y exijen sacrificios, la aversion á toda especie de yugo religioso y aun social, el olvido de la Divinidad, el desprecio de las cosas santas, y el espíritu de rebelion y de impiedad contra Jesucristo, sus misterios, su doctrina y sus leyes. ¿ Qué es en efecto de cien años á esta parte, á bien considerarla, la historia de nuestra Francia, mas que la historia del combate de la impiedad contra el cristianismo? Combate dado primero con la pluma, mas adelante con la espada, y cuyo resultado ha sido por cierto tiempo la muerte aparente de la Religion toda entera. Arrojada esta de sus templos, se refugió en los corazones como en un santuario inaccesible á todos los furores de los hombres. No tardó en poder salir de ellos para colocarse otra vez sobre sus altares; pero, irritada la impiedad por su misma derrota, repitió sus ataques y sustituyó á una persecucion sangrienta, la persecucion mas temible de todas, la de la opresion y del envilecimiento; y aun hoy mismo, extraviada por el orgullo y por el odio, y despreciando la experiencia, desahoga su furor por medio de sarcasmos, de blasfemias y de calumnias que resuenan en toda la Europa,

mostrándose de este modo fiel á su primer designio de precipitar en un mismo abismo todos los altares con todos los tronos.

Movido de estas consideraciones, he creido no poder honrar mas dignamente mi ministerio, que invitándoos á fijar vuestra vista en Jesucristo, que ha sido el autor y el consumador de nuestra fe por la verdad de su doctrina, por la autoridad de sus ejemplos y por los méritos de su muerte : *Aspicientes in autorem fidei, et consummatorem Jesum.* Voy pues, Señores, á recordaros la sumision y amor que le debemos, y cuán digno es de un cristiano redoblar su zelo por la gloria de su divino Maestro, á proporcion que sus enemigos redoblan su audacia para aniquilar, si les fuese posible, su nombre y su culto sobre la tierra. ¿Y que momento mas favorable para recordaros vuestros deberes para con él, que aquel en que la Iglesia nos pone á la vista los testimonios mas vivos de su ternura para con los hombres, y en el que tengo el honor de hablar delante de aquellos que, por la elevacion de su clase, por sus dignidades y por su ascendiente sobre la multitud, estan destinados á servirle en esto de guias y de modelos? ¿Cuáles son pues nuestros deberes para con Jesucristo por nuestra calidad de cristianos? Esto será todo mi asunto.

Hay cierta clase de novadores atrevidos que buscan en la locura de sus opiniones una cele-

bridad que no podrian prometerse de la mediania de sus ingenios, que quisieran hacer la experiencia de refundir el mundo entero, de reemplazar la moral por el interés, la Religion por las artes y la industria, y de desterrar á Dios de su imperio, arrojándole en cierto modo así de este universo que es obra suya, como de nuestros corazones que deben ser su santuario. Pero afortunadamente para su reposo, la tierra tiene pocos de estos seres depravados, tanto mas insensatos, dice el Apóstol (1), cuanto se creen mas sabios: *dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt;* y que parecen no pertenecer á la especie humana sino para ser su vergüenza y su azote. Un instinto sublime, vencedor del tiempo y de los sofistas, tiene las generaciones y los siglos como encadenados á un pequeño número de verdades sagradas; así es que en tanto que nosotros nos limitamos á hablar en general de los sentimientos religiosos, hay muy pocos que nos contradigan. Aun diré mas; hay un gran número de hombres educados en la Religion cristiana, que acaso sin practicarla se glorian de respetarla, que serian incapaces de abjurar la fe de sus padres, y en quienes el honor causaria á mi parecer en muchas circunstancias el mismo efecto que la conviccion. Pero cuando queremos salir de estas generalidades para in-

(1) *Rom.*, I, 22.

culcar las obligaciones que les impone la profesion del cristianismo; cuando exigimos la sumision del entendimiento á todas las verdades reveladas, la fidelidad á todos los preceptos evangélicos y la observancia de todas las prácticas prescriptas, entónces su corazon murmura, se rebela contra el yugo que se le presenta, y se los ve á punto de exclamar como los incrédulos decididos : « Arrojemos lejos de nosotros « el yugo de esa doctrina y de esas leyes; » *projiciamus à nobis jugum ipsorum* (1). A estos cristianos es á quienes voy á dirigirme en este dia, para hacerles conocer cuan inconsiguientes son y cuan culpables. Si; nuestro deber como cristianos, y este encierra todos los demás, es una plena y perfecta sumision del entendimiento, del corazon y de la conducta, á la religion toda entera de Jesucristo.

En efecto, hermanos mios, si Jesucristo apareció sobre la tierra, fué para disipar las tinieblas y destruir los vicios del paganismo; para fijar la creencia de los entendimientos vacilantes hasta entónces en toda clase de doctrina; para purificar y perfeccionar la moral prestándole una autoridad divina; y para sustituir á unas supersticiones impuras y crueles, igualmente indignas del hombre que de Dios, un culto santo y puro. De todos los puntos pues de su religion,

(1) *Psalm.* II, 3.

de su doctrina, de su moral y de su culto, así como para todos los tiempos, para todos los lugares y todos los hombres, ha dicho hablando de sí mismo: « Yo soy la verdad, » *Ego sum veritas* (1); palabra que no pasará, y cuyas consecuencias forman todos nuestros deberes.

Jesucristo es la verdad misma en su doctrina; por tanto no nos es ya lícito formarnos, á nuestro antojo y consultando solamente nuestra razon, un sistema de religion llamada *natural*, y constituirnos nosotros mismos nuestros maestros y legisladores; ni intentar hacer una mezcla ridícula de cristianismo y de filosofía, como hacian los sofistas paganos en el nacimiento de la iglesia cristiana; ni abismarnos en investigaciones sabias, y consultar á los sabios de la Grecia ó de Roma para saber lo que se debe pensar acerca de Dios, de la providencia, de la vida futura, de la formacion del mundo, del orígen del hombre, y de las causas y remedios de su corrupcion y de sus desgracias. No, Señores, aquí todo es revelado y enseñado por Jesucristo y por los primeros depositarios de su doctrina; él no habla como filósofo que diserta, sino como Señor que decide; los milagros que obra en medio de la Judea, son como las credenciales de su divina mision; y mandando á la naturaleza, prueba que tiene derecho para mandar á los

(1) *Joann.*, XIV, 6.

hombres : ciertamente, cuando Dios habla, es preciso que el hombre se calle.

Por tanto, ya se halle el género humano en una época de luces ó de barbarie, ya esté en paz ó en confusion, ya prosperen ó perezcan las naciones, la fe permanece intacta en medio de estas continuas vicisitudes. « Jesucristo, dice el « Apóstol (1), el mismo que ayer es hoy, y lo « será por todos los siglos. » *Heri, et hodiè, et in sæcula.* Su Evangelio apareció en medio del mundo pagano como un sol de verdad que no ha dejado de alumbrar desde que salió; y tan imposible es á los hombres oscurecerle, como arrancar del firmamento el astro que nos alumbra. Por consiguiente, si no queremos marchar entre tinieblas, es necesario seguir á Jesucristo. *Qui sequitur me non ambulat in tenebris* (2).

Asi pues, que el sabio me pondere los progresos del espíritu humano en los diversos métodos aplicados á las artes y á las ciencias naturales, en el conocimiento de este mundo visible y del globo que habitamos; yo podré bien escucharle, porque sé que todos estos descubrimientos son hijos del tiempo y de la experiencia. Pero, en la Religion, todo lo que hay que saber está descubierto; despues que habló Jesucristo, que es la verdad misma, nada hay

(1) *Hæbr.*, XIII, 8.
(2) *Joann.*, VIII, 12.

ya que buscar, sino tan solamente creer: el simple aldeano que sabe el símbolo, está tan adelantado como el mas docto personaje; para el sabio como para el ignorante, no hay mas que un solo maestro, y este es Jesucristo: *Magister vester unus est Christus* (1). Es necesario que toda inteligencia humana se humille ante la inteligencia divina; que la curiosidad, como dice Tertuliano, ceda á la fe; no saber nada contra ella, es saberlo todo: *cedat curiositas fidei; adversùs regulam nihil scire, omnia scire est* (2).

Pero, ¡ah hermanos mios! ¡quiénes deben conocer mejor que nosotros adonde conduce esta soberbia inquietud de los espiritus! Nosotros vimos traspasar todos los límites puestos por la mano misma de Dios, y Dios nos castigó abandonándonos á los mas asombrosos extravíos. Todas las verdades han sido desconocidas, todas las creencias sustituidas por la duda, y el cristianismo destrozado en todas sus partes; despues de haber arrancado violentamente algunas ramas del árbol, se ha llegado á dirigir la segur hasta á su raiz; nada se respetó ni se miró como sagrado; y de errores en errores, de abismo en abismo, la Francia cayó precipitadamente en el de la indiferencia y del ateismo. ¿Y qué podrian ya temer ni honrar los que no honraban

(1) *Matt.*, XXIII, 10.
(2) De *Præscrip.*, cap. XIV.

ni temian á Dios? Cuando la Religion, esa verdadera conservadora de las costumbres y de las leyes, llegó á debilitarse, vimos debilitarse y relajarse con ella los vínculos que unen las familias y la sociedad; un espíritu de insubordinacion sistemática se apoderó de los pueblos; un filosofismo insensato dislocó el poder, y puso el cetro del mando en manos de los que debian obedecer; la sumision se miró como una cobardía, y la rebelion como un deber. ¿Y cómo, despues de haber atacado á la alta majestad del cielo, era posible no despreciar las humildes majestades de la tierra? Los tronos de los príncipes no pudieron ya mantenerse firmes donde en cierto modo habia perdido el suyo la Divinidad. A la manera de aquellos fuegos subterráneos, que despues de sordos bramidos rebientan con una espantosa explosion, asi las malas doctrinas, despues de haber fermentado por algun tiempo en los espíritus, rompieron con un estallido terrible que agitó todas las naciones, é hizo y hace aun temblar al mundo social sobre sus mismos cimientos conmovidos. De este modo, adorable Maestro nuestro, los errores monstruosos de los que os abandonaron nos han hecho volver á vos como al orígen de toda verdad, y podemos dirigiros aquellas palabras del Príncipe de los Apóstoles: Señor, por mas que busque otro maestro, no le encuentro; fuera de vos no hay mas que error y la nada; vos solo poseeis las palabras de

vida eterna: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes* (1).

Jesucristo, verdad en los dogmas que nos ha revelado, es tambien la verdad en los preceptos que nos ha impuesto. Asi, todas las reglas que deben dirigir nuestra conducta, nos estan ya trazadas; ¡y cuán grande felicidad es que no esten abandonadas ni á las indagaciones de la débil razon, ni á los caprichos de las pasiones enemigas de todo yugo! Pero en vano admiramos la moral evangélica como el presente mas hermoso que el cielo haya hecho á la tierra, si no arreglamos á ella nuestros sentimientos y nuestras acciones; si, aplicándola á los demás, la despreciamos para nosotros mismos; y si pretendemos acomodarla á nuestros deseos é inclinaciones, y conducirnos como filósofos formados en la escuela de Platon, mas bien que como cristianos formados en la de Jesucristo.

Nosotros los ministros de la Religion, no somos mas que los depositarios de estas máximas celestiales, encargados de enseñarlas á los fieles, y no nos es permitido ni exagerarlas ni debilitarlas. Huyamos del rigorismo que, confundiendo el precepto con el consejo, quisiera algunas veces imponer un yugo intolerable á la debilidad humana; pero huyamos tambien de la blanda indulgencia que, para acomodarse á

(1) *Joann.*, VI, 69.

la corrupcion de los hijos de los hombres, rebaja todas las verdades, segun la siguiente expresion del Profeta (1) : *Diminutæ sunt veritates á filiis hominum.* Preguntado el Salvador sobre lo que era necesario hacer para conseguir la vida eterna, responde : «Guardad los mandamientos.» *Serva mandata* (2). Tal es la ley comun é inviolable que el ministro de la Religion debe aplicarse á sí mismo el primero, y de la que á nadie puede dispensar; ya fuese preguntado por el que puede ser mas grande sobre la tierra, debe responder en el nombre de Dios lo mismo que responderia al último de los fieles : «Guardad los mandamientos.» *Serva mandata.*

Guardémonos, Señores, de alucinarnos en este asunto, y de desgarrar en cierto modo la ley para tomar de ella lo que nos agrade, desechar lo que mas nos importune, y tranquilizarnos quizá por la fidelidad en algunos puntos sobre la trasgresion de los demás. Así, no es bastante respetar por temor la autoridad, si no se le obedece por conciencia; ni hacer bien á los que nos le hacen, si hacemos mal á nuestros enemigos; ni dejar de atentar á la vida de nuestros semejantes, si atentamos á sus bienes y á sus derechos legítimos; ni dejar de perjudicarlos en sus bienes, si destrozamos cruelmente su

(1) *Psalm* XII, 2.
(2) *Matt.*, XIX, 17.

reputacion; ni evitar los excesos mas vergonzosos de la disolucion, si hacemos una vida afeminada y sensual; ni libertarnos de los escándalos de la prodigalidad, si no hacemos de lo supérfluo el patrimonio de los pobres; ni por último, observar exteriormente una conducta arreglada, si damos una entera licencia á nuestro corazon. Así como la fe, que abraza todas las verdades reveladas, está hecha para todos los entendimientos, y por consiguiente á todos está mandado creer en la palabra divina, así tambien la caridad, que comprende todas las virtudes, lo está para todos los corazones, y por lo tanto á todos está mandado amar á Dios y amar á los hombres. El Señor mismo es quien ha dicho: «Si me amais, guardad mis mandamientos:» *Si diligitis me, mandata mea servate* (1).

Jesucristo, verdad en el dogma y en la moral, es tambien la verdad en todo lo respectivo al culto; por consiguiente á nosotros nos toca honrar á la Divinidad por medio de los homenajes que él nos prescribió, y que se han perpetuado de edad en edad hasta nosotros. La iglesia cristiana instruida por su divino autor, exenta de las supersticiones paganas, y dando realidad á las sombras de la ley mosáica, tributó á Dios desde su mismo orígen un culto santo y puro, que es

(1) *Joann.*, XIV, 15

la expresion de su fe, de sus sentimientos, de sus esperanzas y de sus temores, y al mismo tiempo el vínculo visible de los miembros de que se compone. El tiempo y las circunstancias habrán podido añadir alguna cosa al aparato exterior, á la riqueza de los altares, á la magnificencia de los templos y á la pompa de las ceremonias; pero en su sustancia jamás ha variado el culto sagrado : y cuando se trata de lo que Jesucristo nos ha prescripto en nombre de Dios, ó de lo que la Iglesia nos prescribe en nombre de Jesucristo, nuestro único derecho es el respeto y la sumision. «El que á vosotros os escucha, á mi me escu-«cha,» dijo Jesucristo al colegio de los Apóstoles (1), y á sus sucesores en su divino ministerio. Así pues, ¿ha recomendado Jesucristo la oracion como el conducto ordinario de los favores celestiales? nuestro deber es orar con humildad y confianza. ¿Ha establecido un sacrificio de adoracion y de amor, cuyo valor infinito le hace digno de la infinita Majestad? á nosotros nos toca asistir á él con una compuncion viva, y un profundo anonadamiento. ¿Ha instituido signos sagrados llenos de fuerza y de eficacia para la santificacion de nuestras almas? á nosotros nos toca apresurarnos á beber con reconocimiento en esa fuente de gracias. ¿Ha fundado un sacerdocio que deba ser el dis-

(1) *Luc.*, X, 16.

pensador de sus misterios? á nosotros nos toca recurrir á él con respeto. ¿Ha dejado en fin al separarse de la tierra una autoridad depositaria de sus verdades santas, encargada de dirigirnos por los caminos de la salvacion, y de velar por la pureza de su culto asi como por la integridad de su doctrina? á nosotros nos toca escucharla con docilidad, teniendo presentes aquellas palabras de san Cipriano (1) : « No puede reconocer « á Dios por padre el que no honra á la Iglesia « como á su madre. » Lejos de nosotros el loco orgullo de censurar la obra de la divina sabiduria, de despreciar los medios de santificacion que le ha agradado establecer, de querer trazarnos caminos nuevos, y de mirar como supersticion lo que ha sido practicado por los grandes santos y sabios personajes que nos han precedido en la carrera.

Yo no ignoro, Señores, que cuando se trata de los deberes y de las prácticas ordinarias de la vida cristiana, y para explicarme en un lenguaje el mas sencillo, cuando se trata de la santificacion del dia del Señor, de la asistencia al oficio divino, de la confesion anual, del precepto pascual, del uso de los sacramentos, de los tiempos de abstinencia y de ayuno, del respeto á la memoria de los Santos, á sus sepulcros y á sus restos venerables, nos sentimos tal vez

(1) *De Unit. Eccles.*

inclinados á mirar todo esto como devociones populares, y á creerlo poco digno de nuestra clase y de nuestras luces; pero tambien sé que todas las distinciones del nacimiento, del ingenio, de las riquezas y de las dignidades, aunque entren en el órden de la Providencia, y se hallen establecidas por ella para el bien general, desaparecen ante el Dios del cielo y de la tierra; que jamás justificarán á los ojos de este la violacion de la ley comun, y que aun tiene derecho de exigir mas de aquellos á quienes haya dado mas. En todo lo perteneciente á los ejercicios religiosos la regla de todo verdadero fiel debe ser condenar lo que la Iglesia condena, aprobar lo que ella aprueba, y practicar lo que ella manda.

Tampoco ignoro que el mundo está lleno de ingenios presumidos y desdeñosos, para quienes aquello mismo que el sabio respeta es objeto de censura y de sátiras amargas; de corazones débiles que hacen traicion á su fe, y que, abandonando exteriormente lo que reverencian en su corazon, se avergüenzan de cumplir con los deberes exteriores y con las prácticas santas de la Religion. Pero á un carácter noble y firme corresponde sobreponerse á las burlas de los hombres vanos y frivolos, que frecuentemente blasfeman de lo que ignoran; es propio de un corazon generoso decir como san Pablo: « ¿Qué me « importan los juicios de los hombres, sus « alabanzas ni su censura? Mi verdadero juez

« es Dios : *qui judicat me, Dominus est* (1). »

No ignoro, por último, que existe en medio de nosotros una secta, impía porque es perversa, y perversa porque es impía, que hace la guerra á Dios para hacérsela mejor á los hombres; que siembra doctrinas funestas para que produzcan crímenes; que desnaturaliza por medio de sofismas ó de delitos todo lo grande y elevado que puede haber en las instituciones humanas; una secta que funda la libertad en una independencia salvaje, la igualdad en la confusion de todas las clases, la tolerancia en el odio y en la opresion de la verdadera Religion : secta que parece no alimentarse mas que de errores y de destruccion, que quiere justificar la rebelion y la impiedad, y que inunda todos los dias la Francia entera, así los campos como las ciudades, de libelos furiosos contra la religion, el sacerdocio y sus ministros. Pero esta misma apostasía es la que realza mas y mas la fidelidad. Cuando mil bocas se abren para blasfemar de Jesucristo, entónces mas que nunca es cuando el verdadero cristiano debe santificar sus labios con el nombre adorable de su divino Maestro. Cuando el arca santa está á punto de caer en manos de los Filisteos, entónces es cuando los verdaderos Israelitas deben reunirse al rededor de ella; y cuando la impiedad ruge y amenaza al rededor

(1) I *Cor.*, IV, 4.

de la ciudad santa, la piedad debe velar sobre sus murallas. Se ha dicho alguna vez que, cuando la patria está en peligro, todo ciudadano es soldado : pues bien, Señores, nosotros tambien diremos que, cuando la Religion se halla tan abiertamente combatida, todo cristiano debe ser un Apóstol, por sus ejemplos á lo menos, si no por sus discursos, y entónces debe exclamar con el Profeta : « Señor, ellos se han armado contra « vuestra ley; la han hollado con sus piés, han « querido destruirla y abolirla sobre la tierra: « pero segun el aborrecimiento de sus enemigos « así será mi amor; y por lo mismo que ellos « quieren aniquilarla, ella me será mas que- « rida. » *Dissipaverunt legem tuam; ideo dilexi mandata tua* (1).

Ahora lo conoceréis ya bien, vosotros, ó cristianos reunidos en este templo; de vosotros es de quienes la Religion espera con justicia los mayores esfuerzos y la mayor adhesion; á vosotros pertenece principalmente auxiliarla con el brillo de vuestros ejemplos, y compensar los ultrajes que recibe, con la solemnidad de vuestros homenajes. Solo la Religion puede reparar los daños de la impiedad, fortalecer la autoridad doméstica y civil haciéndola derivar de la autoridad del mismo Dios, contener la licencia de los espiritus con el freno de sus creencias, resta-

(1) *Psal.* CXVIII, 126, 127.

blecer las nociones debilitadas de lo justo y de lo injusto, señalar á todos sus respectivos deberes con la autoridad divina de sus preceptos, y volver así á sentar el edificio social sobre su verdadera base: pero para que ella ejerza todo su grande imperio para la felicidad general, es preciso que sea solemnemente honrada por aquellos cuyo primer deber, por su cualidad de hombres públicos, es el de respetarla. El desprecio de la Religion por parte de aquellos á quienes sus dignidades, sus riquezas ó sus conocimientos, elevan sobre el pueblo, ha sido y será siempre un presagio tan cierto como espantoso de la ruina de las costumbres, de las leyes y de la sociedad.

Yo os doy gracias, ó Dios mio, en nombre de toda la Francia, por haber animado de este zelo y de estos sentimientos á los hijos de san Luis. Oid los ruegos fervorosos de nuestros corazones, salvad todo lo que nos ha quedado de tan hermoso tronco, y haced que reflorezca con nuevo vigor y nueva lozanía; cubrid con el escudo de vuestro poder al príncipe tan religioso y tan francés que preside esta tierna ceremonia, y cuyo corazon real y magnánimo se descubre en todas sus palabras y en todas sus acciones. Velad sobre ese Monarca heredero de la piedad no menos que del trono de sus padres, y derramad sobre su cabeza augusta toda la abundancia de vuestros favores; acabad por su medio lo que ya

habeis comenzado, y cerrad para siempre por medio de sus reales manos el abismo de nuestras desgracias; conceded, ó Padre de las misericordias, á las luces de su espíritu un triunfo completo sobre las tinieblas de la falsa sabiduría, á la pureza de sus virtudes sobre la corrupcion del siglo, y á la sinceridad de su fe sobre los esfuerzos de la impiedad. Coronad por último todos vuestros dones haciéndole dichoso sobre la tierra por la felicidad de sus pueblos, y bienaventurado en el cielo por la participacion de vuestra misma felicidad. Así sea.

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO TOMO.

INDICE

DEL TOMO CUARTO.

LOS HOMBRES ILUSTRES DEL CRISTIANISMO 1

I°. ¿Será cierto que la Iglesia en su nacimiento solo tuvo partidarios entre las clases mas pobres y mas oscuras de la sociedad? 6

II°. ¿Será cierto que los Doctores y los Padres de la Iglesia no tienen en favor de la Religion autoridad alguna? 9

III°. ¿Será cierto que en nada debe tenerse el sufragio de los grandes hombres que de tres siglos á esta parte han sido cristianos en Europa? 18

LOS INCRÉDULOS REPUTADOS DE SABIOS 32

¿Podrá alegar la incredulidad á su favor:

1°. El gran número de sus partidarios; 33

2°. Los conocimientos de estos; 39

3°. Su filosofía? 44

SOBRE LA NECESIDAD DE LA RELIGION PARA LA FELICIDAD PUBLICA 62

I°. Sin la Religion no puede haber órden público 65

II°. Sin la Religion no puede haber libertad pública ... 74

SOBRE LOS LIBROS IRRELIGIOSOS 90

I°. ¿Qué se debe pensar de sus autores? 93

II°. ¿Qué de sus propagadores? 101

III°. ¿Qué de sus lectores? 108

TEMORES Y ESPERANZAS DE LA RELIGION..... 120

I°. ¿Deberemos recelarse pierda la Religion en Francia? 122

Los motivos de temor son :

1°. La antigüedad misma de la fe entre nosotros:... 123
2°. El estado actual del sacerdocio;..... 127
3°. El espíritu de impiedad y de indiferencia de nuestros dias..... 131

II°. ¿Deberemos esperar se conserve en ella la Religion? 135

Los motivos de esperanza son :

1°. La conducta del episcopado francés;..... 137
2°. La vuelta de la familia real;..... 140
3°. La actual disposicion de los ánimos..... 146

SOBRE LA UNION Y EL APOYO RECÍPROCO DE LA RELIGION Y DE LA SOCIEDAD..... 152

I°. ¿Qué hace la Religion á favor de la sociedad?..... 153

La Religion afirma para el bien general :

1°. la autoridad;..... 154
2°. las leyes;..... 163
3°. las obligaciones..... 165

II°. ¿Qué ha hecho siempre y qué debe hacer aun la sociedad en favor de la Religion?—Siendo esta el mayor bien para los pueblos y para los gobiernos, ha sido siempre y debe continuar siendo para estos el objeto de su primera atencion..... 167

SOBRE LA EDUCACION..... 180

I°. La prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños..... 182
II°. Para que esta sea buena debe ser religiosa..... 190
III°. Para ser religiosa debe confiarse á hombres religiosos. 201

SOBRE EL SACERDOCIO CRISTIANO..... 213

I°. Exámen de las ventajas que ofrece á la humanidad.. 216
II°. Exámen de las acusaciones que contra él se hacen.. 231

DE LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA..... 251

I°. ¿Ha fundado Jesucristo una sociedad religiosa que deba perpetuarse sin interrupcion hasta el fin de los tiempos?..... 255

IIº. ¿Ha establecido Jesucristo en esta sociedad una autoridad conservadora é intérprete de su doctrina? 260
IIIº. ¿En que manos reside esta autoridad?..... 270
IVº. ¿Es infalible esta autoridad en sus decisiones sobre la doctrina?..... 276

Deberes para con Jesucristo..... 282

Iº. Siendo Jesucristo la *verdad* en su doctrina, debemos creer en su palabra..... 287
IIº. Siendo la *verdad* en su moral, debemos observar sus preceptos..... 291
IIIº. Siendo la *verdad* en el culto, debemos honrar á la Divinidad por medio de los homenajes que él mismo nos ha prescripto..... 293

239
B16 Vol. 4
Barbagero, Justo
AUTHOR
Defensa Del Cristianismo
TITLE